

El encuentro fortuito con una mujer desconocida  
en una noche brumosa tendrá consecuencias  
nefastas.



# La Chica del Pogromo

Una novela de terror posmoderna

MANUEL R. LAVADO

**D.J.57**

# **La Chica del Pogromo**

Manuel R. Lavado

© Manuel Rodríguez Lavado. Noviembre 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

*«Cuando se teme a alguien es porque a ese alguien le hemos concedido poder sobre nosotros.»*

Herman Hesse

## Índice

[Tratado sobre las Arañas del Atacama.](#)

[Meditaciones Sórdidas para los Días de Lluvia](#)

[Mi Extraña Relación con las Mujeres](#)

[La Mujer Errante.](#)

[Cuando Pierdes El Control, Ya No Hay Vuelta Atrás, Vas Al Infierno.](#)

[El Pogromo](#)

[La Última Oportunidad Para Salvarme](#)

[El Indio](#)

[Las barbas del vecino](#)

[Marfindo el Loco](#)

[Al Acecho](#)

[«Eso que se movía»](#)

[Paradiso](#)

[De Cómo Fui Despedido](#)

[Tras la Puerta.](#)

[Mis Raras Alucinaciones](#)

[Problemas En El Vecindario.](#)

[Carapizza.](#)

[«Aquello»](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1. Tratado sobre las Arañas del Atacama.

La araña pollito es un artrópodo velludo cuyas dimensiones descomunales resultan intimidantes a primera vista. Su cuerpo casi podría ocupar toda la palma de tu mano, si te atrevieras a agarrarla. Aparte de su tamaño, otra de sus características más preocupantes es su falta de respeto al ser humano, como si le sobraran medios con los que defenderse; y si tenemos en cuenta que es un animal muy abundante en áreas rurales como esta del Atacama, donde ahora vivo, no te van a faltar ocasiones en las que su presencia perturbadora y silenciosa te cause algún sobresalto.

La primera vez que encontré a uno de estos bichos fue en el área de descanso de nuestro campamento en el desierto. Algunos estaban jugando al pin-pon, o al billar, mientras otros tan solo descansaban en los tresillos del salón, refrescándose con una cerveza helada después de una jornada dura de trabajo instalando paneles solares. Yo, en cambio, estaba sentado en un sofá aparte, con mi recién adquirido portátil, tratando de buscar en la red alguna información sobre insectos colosales y leyendas relacionadas, que arrojara alguna luz sobre lo que me había ocurrido meses atrás. Tal vez no fuera el único que hubiera sufrido algo similar, pese a lo extraordinario del suceso. Sin embargo, los vídeos y artículos que aparecían ante mi no eran más que cuentos sin fundamento subidos a la red para que las personas aburridas y solitarias pasaran el rato. En cualquier caso, para mi era una necesidad dar una explicación a todos aquellos hechos ilógicos. Hasta he llegado a pensar que pudieran haber sido fruto de mi mente delirante, o de una ensoñación propia de una persona enferma.

Sobre estas ideas devaneaba cuando, de repente, uno de estos insectos de ocho patas atravesó, a unos tres metros de mi, por el suelo de terrazo del salón hacia el exterior. Nadie parecía haberse percatado de la terrible estampa de aquella araña mayúscula, que sin ningún pudor, se paseaba delante de nuestras narices. Decidí seguirla más por curiosidad que por intuición de que aquel animalucho fuera a revelarme algo insólito.

La araña cruzó por la puerta del salón, y yo iba a cierta distancia de confianza detrás de ella, como por saber dónde se guarecía. Me imaginaba un nido entero

de aquellos bichos garrafales, y que habría que dar nota de aviso a la dirección para que se controlara la plaga. Cuando la araña salió al exterior se metió por entre los resquicios de los bidones de basura que se hallaban agolpados allí, y ya no quise saber más, por miedo a lo que podría encontrarme detrás.

Aquella misma tarde fui a hablar con el supervisor, y le advertí sobre lo que había visto: que era una araña inmensa, y que podría ser una plaga que pusiera en riesgo la salud de los trabajadores; que habría que controlar de alguna manera la proliferación de aquellos insectos. El supervisor hizo ademanes de no tomarse muy en serio mis advertencias, y repuso de manera sarcástica: «¿No sabes que vives en el desierto? Aquí hay arañas y serpientes». Me tomé aquella respuesta como un «ni loco voy a tomar medida alguna al respecto».

En cualquier caso, me volví efectivamente algo paranoico desde aquel día. Las noches eran inquietantes. Imaginaba que alguno de esos temibles animales se había colado en mi departamento, y podría encontrármelo en el lugar más insospechado. Si notaba la menor presión o siquiera una leve caricia sobre mi antebrazo, prontamente me desvelaba pensando que era una de estas arañas dispuesta a inyectarme su veneno. En una ocasión soñé que estaba tumbado en mi cama y que estaba paralizado completamente, mientras uno de estos artrópodos peludos y asquerosos ascendía por mi abdomen y se dirigía a mi cara. Poco antes que el primer pelo de sus extremidades acariciara mi rostro me levante sobresaltado y empapado en sudores.

Días más tarde cesaron estos terrores nocturnos, pero una noticia publicada en el Diario de Antofagasta me turbó aun más. El titular hablaba de la muerte de una niña en una localidad rural remota, que había sido mordida por una «araña del rincón». Al parecer la cría había estado jugando en el taller de carpintería de su padre, y se quejó de un fuerte picor en la rodilla. Los padres le aplicaron un analgésico de uso tópico para calmarle el dolor, pero unas horas después decidieron llevarla, alarmados, al centro de salud al ver que la niña vomitaba y andaba mareada con convulsiones y fiebre alta. Para cuando los padres llegaron, poco pudieron hacer los médicos para salvarla. El profesional que la atendió supo al momento que se trataba de una araña del rincón. La zona cutánea donde se encontraba la mordida ya estaba en un avanzado estado de necrosis. Presentaba un ennegrecimiento generalizado y calloso, y brotaba algo de pus macilenta y pestilente por sus bordes. Pese a que le facilitaron el antídoto nada más conocer la causa de su malestar, fue demasiado tarde, la niña falleció ese mismo día.

Algo intranquilo por la noticia, fui a ver al médico de la compañía y le

pregunté si contaba con antídotos para las arañas del rincón. «Claro, y hasta para las serpientes y avispa. Pero, bueno, no te preocupes. Hasta la fecha no he tenido que usarlos. Quédate tranquilo, hombre, antes te mueres de una insolación, que del veneno de algún bicho». Su comentario y su tono de broma subestimaban la posibilidad tan real de que algo nos amenazara a todos subrepticamente. Aquel hombre no conocía como yo, ni el verdadero miedo, ni la sensación de arrinconamiento y parálisis que este produce.

En fin, ni que decir tiene que cada vez que me picaba por la noche un mosquito yo andaba barruntando que podría haber sido uno de esos arácnidos enanos, y me controlaba por si sufría alguno de los síntomas que se describían. Hasta llegue a comprarme un termómetro con el que me controlaba la temperatura por si me daba fiebre. Si notaba algo de calenturas, estaba al tanto para observar si vomitaba o la piel se enrojecía más de la cuenta. Nada de eso ocurrió, con lo que atribuí todos esos picazones a los pertinaces mosquitos.

La araña del rincón, por si no lo sabes, es marroncita y del tamaño de una uña del pulgar. A simple vista no posee ninguna de esas cualidades perturbadoras de la araña pollito: su abdomen está pelado y es menudo. Si no fuera por las alargadas patas, aun sería más diminuta. Para mi no cuenta con ningún rasgo más amenazante que aquellas inofensivas que proliferaban por el antiguo jardín de mi casa en España, las cuales nunca me alarmaron lo más mínimo. Por esta razón, es más que probable que me hubiera topado con la araña del rincón en alguna ocasión desde que llegué al campamento, pero que debido a mi desconocimiento acerca de los artrópodos del Atacama, pasara desapercibida por mi parte; es más, hasta podría haberla visto con simpatía ignorando la fatalidad de su veneno; o incluso, parecerme mal que la mataran o molestaran. Y es que la apariencia de fragilidad es el mejor disfraz para conseguir una presa. Ni que decir tiene que a partir de aquel día revisaba con sumo cuidado cada mañana mis zapatos de faena, cada vez que salía para la obra; no introducía la mano en ninguna alacena o cajón sin antes cerciorarme de que no hubiera nada allí dentro; y andaba con una escoba repasando los rincones de mi dormitorio por si colgaran hilos.

No obstante, toda esta intranquilidad sobre las arañas del Atacama llegaría a su fin el día en el que me fui con mis compañeros de trabajo a pasar el fin de semana a la ciudad de Antofagasta. Nos habíamos quedado en un hotel de mala muerte, de esos que regenta una familia de generación a generación por más tradición que entusiasmo. Llegamos a la tarde desde nuestro campamento en el desierto, y soltamos nuestras mochilas sin deshacerlas siquiera para salir a comer por ahí algo y disfrutar de lo que la noche nos ofreciera.



Fuimos a cenar a uno de esos lugares abiertos adornados con bombillas de colores que cuelgan, y con música en directo, donde la gente baila cumbias, y otros comen sentados en derredor de mesas alargadas, sentados en taburetes algo renegridos, pero prácticos para apiñarse cuando haya que acomodar a otro comensal de última hora. Con tanta música jovial, todo aquello nos parecía una de esas veladas de barrios populares. El recinto estaba abarrotado, por lo que decidimos sentarnos allí cuanto antes y pedir del menú.

La camarera, una jovencita venezolana algo pechugona, supo al momento por nuestro acento que éramos de «la madre patria». Nos comimos unas salchipapas, y pedimos varias jarras de cerveza. Tras la cena deambulamos por la ciudad dejándonos los cuartos de antro en antro. Al final más de uno llegó al hotel con una cogorza tremenda, y habiéndose dejado un buen pellizco de la paga del mes por varias tascas. Un grupo de cuatro japoneses también regresaban tan tocados por el alcohol como nosotros y entonando canciones de borracho que jamás habíamos oído antes. Uno de ellos se paró frente a la fachada del edificio y se inclinó apoyando la palma de su mano para soltar una vomitona de golpe y por sorpresa. Mientras sus compañeros trataban de reponerlo, este escupía y parecía tranquilizarlos. Uno de los nuestros también se acercó para echar una mano, pero como estaba todo en orden cada uno se fue a dormir la mona. Sin embargo, nada más entrar en mi habitación, me encontraría con un inquilino inesperado que lograría que de golpe se me bajara toda la ebriedad provocada por el alcohol ingerido.

Mi mochila reposaba sobre el colchón de la cama, justo en el mismo lugar donde lo dejé al llegar, pero encima de él, vivo y latente, la coronaba una araña bestial. Esta no era como la que viera días atrás atravesar con descaro por el salón del campamento, sino que presentaba un ligero color azul cobalto y rayas blancas sobre su grueso abdomen, que me aterraba más si cabe, porque su extravagante aspecto parecía una advertencia sibilina. La primera reacción que tuve fue la de tomar el periódico de la repisa y sacudirle con fuerza para pisotearla en el suelo después. Sin embargo, pese a la excitación previa a mi ataque —hasta sentía mi sien bombear sangre—, lo pensé mejor. En mi mente veía a la araña saltar antes de recibir el impacto del rollo de periódico y morderme la mano con fiereza con aquellas tenazas afiladas que le servirían de mandíbula. ¡Qué dolor tan agudo deberían provocar! ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto el veneno? ¿Dónde habría un centro de salud de urgencia en aquella noche para que me pudieran suministrar el antídoto? Estaba en un lugar alejado de mi país, tal vez habría una manera mejor de enfrentarme a la amenaza. A mi

mente asaltaron los recuerdos de la noticia leída sobre la niña que falleció por efecto de una mordida de araña, entonces decidí cambiar de actitud hacia el insecto.

Permanecí por unos instante observándola por si hacía el menor movimiento, luego miré alrededor por si hubiera alguna más. Finalmente, creí conveniente avisar al conserje. Bajé por las escaleras y me tope con un hombre famélico y algo indolente, que hacía crucigramas tras el mostrador de la conserjería. Al verme llegar sobresaltado, me preguntó:

—Dígame, señor, ¿qué se le ofrece?

—Hay una araña gigante en mi dormitorio.

—¿Cómo de grande?

—Pues, lo menos así —mostré con mis dedos el tamaño del animal exagerando un poco para apremiar a aquel hombre abúlico a que resolviera el problema cuanto antes. El conserje puso cara de incredulidad, tomó una jaulita que colgaba de la pared, y añadió con sorna:

—Pues, ¡vaya por Dios!, tal vez usted descubrió algún animal antediluviano.

Cuando abrió la puerta de mi habitación aun permanecía la araña en el mismo lugar. Con unos apéndices delanteros palpaba mi mochila de una manera sobrecogedora pero pausada.

—Ah, pues es una bendición que tenga usted una araña pollito en su cuarto. No hacen nada, ¿ve? —el conserje la empujaba por el trasero con las yemas de sus dedos hacia el interior de la jaula para encerrarla—. Estas se comen a las arañas del rincón, que si son peligrosas. No tenga cuidado con estas, hombre, que son inofensivas.

Al final salió con ella de allí y yo pude dormir tranquilo toda la noche. Después de todo, me había pasado varias semanas obsesionado con la posible picadura mortal de una araña horripilante cuando en realidad me estaba salvando de la otra más pequeña —y por eso, ninguneada —del daño que podría haberme acarreado. Quizá esa sea una constante entre los seres humanos: el atribuir facultades extraordinariamente dañinas a los seres que nos causan repulsión en su forma, mientras imputamos características livianas o incluso benevolentes a los que nos resultan agradables a la vista, o parecen débiles o víctimas. ¡Ay, si hubiera sabido esto antes!

A la mañana siguiente de la farra, sin embargo, algo nos turbaría más que la presencia de los arácnidos del Atacama. Uno de los compañeros no se había levantado a desayunar. Cuando tras el desayuno subimos para avisarle que íbamos a salir, este no nos abrió la puerta. Así que sospechamos que algo no

andaba bien. El conserje subió con la llave maestra, y fue tranquilizándonos porque no le apetecía nada irrumpir de esa manera en la habitación. Tal vez estuviera en la ducha o en el baño y por eso no nos había sentido. Sin embargo, las razones eran bien distintas. Aquel compañero había fallecido aquella misma noche.

La muerte suele ser una acompañante inesperada. Después de tanto divagar sobre lo que podría pasarme si alguno de esas arañas del Atacama me mordía, hasta me había imaginado víctima de ellos en varias ocasiones. Casi había sentido la necrosis en mis manos, y como la piel se tornaba de un rosado a un marrón oscuro purulento; cómo, en definitiva, la carne se me pudría sin poderlo evitar de ningún modo. Presentí como sería eso de estar rodeado de moscas que me inyectaban sus larvas en la carne para devorarme las entrañas. Pese a que la muerte se había acercado tomando la forma onírica de un arácnido, no me había llevado consigo realmente, sino que había arrastrado el alma de aquel compañero, que de tanto beber en la noche, se había ahogado en su propio vómito mientras dormía despreocupadamente.

La policía se acercó al hotel y nos interrogó sobre lo que habíamos hecho la noche anterior. Vimos sacar en una bolsa negra al cadáver tras el levantamiento del juez, y al hombre de los crucigramas declarar:

—Estos huevones españoles me han arruinado el día porque no saben beber.

Ya ves lo que son las cosas, puedes vivir despreocupado, pero la muerte está ahí, agazapada, aguardando el mejor momento para sorprenderte de la forma más anodina. Aunque mi historia es de todo menos común, no por ello he descartado la posibilidad de que me vuelva a ocurrir. Aun me aterran los recuerdos de lo que vi cada vez que cierro los ojos y dormito en mi camastro.

## Capítulo 2. Meditaciones Sórdidas para los Días de Lluvia

Hoy llueve en el Atacama. Hacía más de quinientos años que no lo hacía. ¿Será eso una casualidad? Al ver caer las gotas y levantar polvo al golpear el suelo, me ha venido a la memoria mi viejo hogar. La primera noche que dormí en mi casa, ya una vez acabada, cayó un chaparrón. Al atardecer el horizonte se arrumaba por el oeste y una fuerte ventisca arrastraba las aguas del Atlántico en forma de turbios nubarrones. Justo antes de anochecer cayeron unas pesadas gotas dispersas que levantaron por efecto de la ventisca aroma a tierra húmeda. La arcilla rojiza por momentos se había vuelto de un color achocolatado, y el cielo tornaba a convertirse en una terrible amenaza. No era consciente, de las consecuencias de vivir en pleno campo cuando la naturaleza desata toda su furia.

A la noche ya se había desencadenado todo un temporal. Yo me encontraba sentado frente al televisor viendo un programa de debates insulso casi por inercia de no saber qué hacer, cubriéndome con una manta de franela, y tomando un chocolate caliente tan espeso, que casi lo podía sacar a cucharadas. Mientras veía la tele relajado empecé a escuchar el ruido de un rasguño. Era como si algo estuviera arañando con afán alguna superficie. Tomé la linterna y me dispuse a averiguar qué podía ser aquello; después de todo, el programa no era de mi interés. Me dirigí a la cocina, ya que supuse que de ahí provenían los arañazos. Me asomé por la ventana. Todo estaba oscuro ahí fuera. Ni que decir tiene que en estas zonas no urbanizadas el alumbrado público es inexistente. Con la linterna hice un batida hacia el exterior por ver qué había ahí fuera que provocara tales ruidos. Aparte de ver la sombrilla del jardín agitarse de lado a lado por efecto del viento, y escuchar a uno de los faroles chirriar al bambolearlo las ráfagas de viento, no había nada que pudiera producir ese ruido. De hecho, en cuanto me acerqué a la puerta del jardín, las roeduras cesaron. No le presté mucha más atención, pese a que la sincronía de este, difería en gran medida de las producidas por efecto de la ventisca de ahí fuera.

Como a una hora después de la anécdota, me fui a la cama. Estaba algo cansado, lo que unido al aburrimiento del programa y al efecto del chocolate, me

servieron como empujón para moverme del sofá al dormitorio. Aparte, no hay nada como reposar en una cama mullida cuando cae un buen aguacero. Me quedé dormido en seguida, y comencé a soñar que conmigo vivía un perro. Era como si fuera consciente de que estaba soñando, pero escuchara los pasos reales del perro por toda la casa. Se movía con gran agitación. Subía y bajaba las escaleras de madera. Podía oír las uñas arañando el suelo, y el crujir de la tarima por su peso. «Mi perro se llama Káiser», pensé. Entonces, fue como si este hubiera entendido mi pensamiento, y fuera a buscarme. Noté su cuerpo, sus patas sobre mi hombro, su aliento, y cómo me olisqueaba, y regresaba al pasillo de la planta alta. Entonces, regresé a la hipótesis inicial sobre la que había recreado el sueño: «Pero, yo no tengo perro». ¿Qué me había olisqueado, entonces?

Me levanté sobresaltado. Todo estaba más oscuro que antes, porque aunque había cesado de llover, las nubes cubrían por completo el reflejo de la luna. Aquel ruido de algo que se movía arañando el suelo no se había desvanecido. Deduje que provenía del cuarto de baño de la planta alta donde quedaba mi dormitorio. Ni siquiera encendí las luces. La presencia de algo, que se movía con rapidez y se había colado en mi casa, me dejaba intranquilo y levantaba mi curiosidad a la vez. Me puse las alpargatas y caminé hacia el cuarto de baño. Entonces, lo vi salir brincando, espantado, y a toda prisa. ¿Qué era aquello? ¿Un conejo? Por el tamaño que se advertía en la oscuridad es lo que supuse. La sombra aquella había pasado por mi vera a toda velocidad por el pasillo sin que me diese tiempo a reaccionar de ninguna manera, y bajó con presteza las escaleras hacia el salón. ¿Estaba huyendo? Casi me resultó divertido que pudiera ser un conejo. Más por lo anecdótico y divertido de la estampa, que por enojo, lo seguí. Una vez bajé, encendí la luz del salón para ver por dónde se había escondido el animalillo asustado.

Aquello, para mi asombro, no era un conejo. Era una rata muy gorda, como nunca antes había visto en mi vida. Cuando se percató de que la observaba, se huyó a toda velocidad hacia el sótano bajando por las escaleras a trompicones meneando su pesado lomo y arrastrando un largo y pelado rabo. Allí era donde guardaba todos mis materiales de carpintería, así que podría encontrar algo con lo que matarla. La perseguí algo nervioso y asombrado ante su tamaño, y una vez allí, tomé una estaca bien gruesa que había reservado para la pata de una de las mesas del jardín. La rata no estaba por ninguna parte. ¿Adónde habría ido? ¿Y si me sorprendía y me mordía? Aquellos seres son muy traicioneros. No les queda otra, al saberse que todos queremos eliminarlos. De repente, vi su rabo

asomar detrás de un mueble. Entonces cerré la puerta para que no escapara. Cuando aparté el mueble con sumo cuidado, la rata de un salto se puso en guardia. Chillaba endemoniadamente y sacaba sus dientes y sus uñas. Me alteré. Iba a atacarme, pero antes de que lo hiciera, presa del pánico, le aticé un golpe terrible con todas mis fuerzas y le reventé la cabeza contra la pared. La sangre me salpicó los pies y dejó estampada una mancha como la que queda cuando se revienta un huevo.

Al día siguiente, la borrasca ya se había alejado. Si la noche fue lúgubre, la mañana estaba despejada y clara. Los rayos de sol se reflejaban en los límpidos charcos que se habían formado en el suelo arcilloso, y un fango glutinoso se había formado por el camino. Todo olía a frescor.

Estaba saliendo de la cancela de la casa para sacar la basura cuando apareció Gonzalo en su motocicleta por la vereda de mi calle. Gonzalo era el corredor inmobiliario que me había conseguido el terreno. Siempre andaba para arriba y para abajo en su moto, enterándose de quién compraba o vendía su propiedad. Cuando me vio salir por la puerta, me saludó:

—Buenos días, Mauri. ¡Vaya chubasco el de anoche!

—Eso es lo de menos, mira la rata que se coló ayer en mi casa—. Abrí el bidón para mostrársela. No había visto ninguna así de grande en mi vida.

—Mauri, estamos en el campo. Aquí los animales a veces toman tamaños extraordinarios.

—No sé qué hacer. Me había roído la puerta y se me coló. Estoy por comprarme un gato.

—¿Un gato? —se echó a reír —Tiene gracia. ¿Tú crees que un gato intimida a estos bichos? Aquí son las ratas las que se comen a los gatos para desayunar. Comprate mejor un perro. Uno bien grande: un mastín, un pastor alemán. Es lo que hacen todos. Te da compañía y las ratas ni se acercan.

Desde ese día decidí criar un perro. Nunca había tenido uno, así que no sabía cómo iba a resultar aquello. Cuando le conté el episodio de la rata a mi amigo Lavi, y que quería comprarme un perro, este me ofreció un consejo. No hacía falta que gastara un duro en comprar animales. Él conocía a bastantes policías con perros de estas características, e iba a estar al tanto por si alguno tuviera alguna cría que decidiese donar.

A la semana me llamó para que fuera a recoger uno a casa de un policía amigo suyo, un tal Rafa, cuya perrita habían cruzado con otro mastín de pura raza, y desgraciadamente, no podían hacerse cargo de los cachorros. Los estaban donando a quienes se comprometieran a cuidarlos de verdad, y no de manera

caprichosa. El tal Rafa tenía el aspecto de ser un hombre bonachón. Puede que el ser calvo y tener gafas le confiriera ese aura. Sin embargo, era de esos hombres que no sabes si son fuertes porque son policías, o son policías porque les gusta estar fuertes. Cuando me vio llegar, me advirtió que si no le daba una razón de peso para tener uno de los cachorrillos que había parido su perra, que no me lo iba a dar. «Mi perra es como mi hija. No quiero pensar que encomiendo sus crías a alguien que se ha encaprichado, pero que los va a abandonar a las primeras de cambio». Entonces le detallé lo ocurrido con la rata, y como necesitaba aquel perro más que él. Cuando llegué a su casa ya se habían llevado a casi todas las crías. Tan solo quedaba un macho que parecía adormilado, por eso quizá lo habían descartado todos los padrinos que llegaron antes que yo. Pese a su aspecto algo torpe, me conmovió el perrito, y decidí llevármelo de todas formas. Era un animal muy hermoso, de pelo ralo color canela, con el morro negro. Sus patitas y su abdomen, en cambio, mostraban unas vetas blancas. Le llamé Káiser, ya que es así como le puse el día que lo confundí con una rata en sueños. ¡Qué buenos momentos me haría pasar aquel animal! ¡Cuánto lo he echado de menos hasta el día de hoy!

En ocasiones paseando por los pueblos cercanos a las minas de cobre del Atacama, me he encontrado con otros perros, y me ha seducido la idea de volver a criar uno. Una vez fui a acercarme a uno callejero que roía un hueso y gruñía, pero un lugareño me desalentó: «Tenga usted cuidado, buen hombre. No se acerque demasiado. Aquí cuentan que los perros callejeros se comen a los niños que se pierden de casa». Después de todo, tampoco tengo un hogar para guardarlo.

Tiempo antes, cuando aun vivía de alquiler, le conté a mi amigo Richi que quería hacerme mi propia casa, que había ahorrado algo con el fruto de mi esfuerzo y la austeridad de mis gastos, y que lo que deseaba era encontrar un buen terreno no muy lejos de mi trabajo. Richi no lo dudó: me recomendó hablar con Gonzalo Zambruno. Gonzalo, el corredor de fincas rústicas del que os he hablado, era el típico personaje de pueblo que todos conocen. Cubría su greña con una gorra a cuadros de las que usan los que van de montería por el campo, y calzaba botas de cuero como todos aquellos que andan por terrenos rústicos casi a diario. Todo el mundo confiaba en él. Esa fue la razón por la que al final seguí sus consejos.

Nada más llamarlo, me citó en un bar para tomar un café. «Mauri, pásate por aquí. Yo suelo andar por las tardes. Me avisas con media hora de antelación y te atiende». Lo primero que me inspiró su manera de hablar es que era un hombre

honrado y sencillo, como aquellos hombres de campo para los que un intercambio de palabras y buenas intenciones supone tanto o más que un contrato bien redactado por un abogado. Toda la gente del pueblo lo saludaba de muy buenas maneras. A cada saludo, Gonzalo siempre añadía comentarios del tipo: «Fermín, ¿se puso mejor tu hijo del catarro?» «Mari, ¿probaste a preparar las croquetas como te dije?» Algunos también se acercaban a él para agradecerle tal o cual gestión: «Gonzalo, ya entrevisté al muchacho que me recomendaste como peón. Comienza a trabajar mañana.» Como podéis imaginar, mucha gente que andaba alrededor suyo lo apreciaban bastante. Es por eso que el día en el que desapareciera de la faz de la tierra de manera tan repentina, se levantara un gran revuelo en el municipio, y más aun si cabe por el hecho de que no existieran personas que le guardaran la menor inquina. Se extendió a raíz de su desaparición la idea de que habría sido víctima de un asesino desordenado que deambulaba por el campo, tal vez medio tarado, y que circulaba sin derrotero ni paradero conocido por los caminos solitarios sin planear los crímenes, como si la espontaneidad fuera la mejor de sus bazas para quedar impune de sus actos retorcidos. Ojalá pudiera revelar a todos los que lo querían qué suerte corrió realmente Gonzalo. ¡Cómo me acuerdo de él!

Desde un principio Gonzalo fue muy claro conmigo cuando le revelé cuál era mi presupuesto real, lo cual aprecié sobremanera. «Mira, Mauri, si quieres hacerte tu propia casa y no andar con mezquindades, tienes dos opciones: o te olvidas del asunto y te buscas una vivienda de segunda mano en un barrio decente, y luego la remodelas con lo que te ahorres; o buscas un suelo rústico en alguna de las urbanizaciones que están por construir en el término municipal, que es más barato. Está claro que la primera es la más cómoda, porque vas a disfrutar de servicios; la segunda, es para gente que le guste la tranquilidad y la naturaleza, y también la soledad. Si no estás acostumbrado a eso, te va a resultar un problema adaptarte. Piénsatelo bien, y cuando lo tengas claro, seguro que te encuentro algo interesante que se ajuste a tu presupuesto.»

¡Cuánta razón tenía! Para vivir en el campo hay que saber lo que eso conlleva. No sé muy bien porqué tomé la segunda de las opciones propuestas. Quizá por mi bisoñez, o tal vez por mera terquedad. Tenía tantas ganas de construir mi propia vivienda a mi gusto... Claro, había ahorrado, pero aun así, mi salario no era como para tirar cohetes. Me lo dejó muy claro Gonzalo. Es increíble como una decisión así, de las que se toman tras varias vueltas y más vueltas entre las sábanas de tu cama, te puede afectar tan insidiosamente. Muchas veces pienso, ¿cómo habría sido mi vida de no haberme comprado aquel terreno rústico en esa



endemoniada urbanización? De seguro, no habría acabado aquí, en el desierto del Atacama, lamentándome por todo lo ocurrido, y por el derrotero tan doloroso que tomó mi vida desde ese momento.

Cuando le hice saber a Gonzalo mi postura con respecto a la vivienda, tardó unos cuantos días en volverme a llamar. Fue una verdadera suerte que acertara con la primera propuesta. Había encontrado una parcela a muy buen precio. Existían hasta planes en el Ayuntamiento de urbanizar todos los alrededores, por lo que el terreno se podría revalorizar en un futuro y hasta gozaría de unos servicios, como el del alumbrado, de los que hasta la fecha carecía. De hecho, si aun no habían acometido tales obras era porque los problemas de poca solvencia del consistorio lo habían impedido. El asfaltado y el alumbrado no llegaba hasta la calle donde se ubicaba el suelo en cuestión; solo hasta una salida de la carretera, donde una señal indicaba la dirección hacia las urbanizaciones Las Higueras y La Monjía. Esta segunda era a la que pertenecía mi parcela, y se llamaba así por un convento antiguo que se erigió en el siglo XVII y que fue clausurado y abandonado en tiempos de la República.

Según supe más adelante, pesaba sobre él una leyenda muy oscura. Decía la gente que si pasabas por allí a la noche, se oían llantos de recién nacidos, porque el lugar estaba maldito a causa de los infanticidios que allí se perpetraron tiempo atrás. Al parecer, décadas antes de que se abandonara el convento, era de dominio común los devaneos amorosos entre religiosos de distinto sexo. Esas andanzas provocaban habladurías que trataban de acallarse. Como solución se optaba siempre por ocultar los embarazos. Luego, por arrancar a los neonatos de los brazos de las madres y ofrecerlos en adopción, lo que con el tiempo, volvió a levantar sospechas entre las clases más ociosas cuando determinadas monjas mostraban más afecto del que se esperaba hacia ciertos niños. Por último, se tomó la decisión, más extrema y desalmada, de emparedar a los recién nacidos en algún lugar del convento. De manera tan siniestra eliminaban ferozmente las sospechas. Más de una monja enloqueció allí, sumida en una profunda histeria, pues afirmaba oír los llantos de los bebés que la atormentaban en la noche, cuando todo estaba en calma. Otras acabarían suicidándose.

Muchos, sin embargo, aseguraban que toda esa leyenda era una farsa anticlerical fabricada por los más radicales republicanos. Durante la guerra civil un grupo de milicianos se encargó de prender fuego al edificio y derribarlo. Cuando sus compañeros le preguntaron al instigador del acto el porqué de tanta saña en un edificio donde ya no quedaba nadie, este justificó la acción contándoles que a su madre la asesinaron en aquel réprobo convento; que era

una monja a la que no dejaban ver para que nadie supiera lo que allí ocurría por las noches; y que cuando esta se reveló, apareció muerta y a él lo dieron en adopción a unos labradores.

Por el tiempo que viví en la urbanización, visité innumerables veces las ruinas del convento junto a mi perro Káiser, y lo único que encontré fueron restos de una capilla, cancelas herrumbrosas y chirriantes, agujeros en los pocos techos que aun quedaban, vigas desplomadas y podridas de comején, pintadas obscenas en la paredes, y nidos de cigüeñas en la parte mejor conservada: el campanario. A Káiser le gustaba orinarse por allí y husmear mientras descansaba sentado bajo la sombra de alguna de las higueras que habían crecido desde su abandono. Por la noche también anduve por las ruinas del convento, y se ve que no era el único. Por el suelo siempre se encontraban restos de hogueras que podrían haber dejado jóvenes atraídos por lo tenebroso de la leyenda, delincuentes por lo apartado y desolado de las ruinas, o mendigos por guarecerse de los elementos. Lo único que me sobrecogió del lugar fue el crotorar de las cigüeñas, cuyos ruidos al sorprenderme en la noche me resultaban espeluznantes, porque parecían provenientes de una herramienta misteriosa de algún ser humano que andara por allí, oculto tras los gruesos muros derruidos.

No empecé a creer en la posibilidad de que esa leyenda de la monjía fuera cierta, hasta el día en el que yo mismo comencé a oír ruidos de cigüeñas mezclados con llantos de bebés en mi propia casa. Entonces, caí en la convicción de que me estaba convirtiendo en un auténtico demente, que algo no iba bien conmigo. También empezaron todas aquellas visiones extrañas que alteraban mi percepción de la realidad. ¡Ojalá todo hubiera sido una mera locura transitoria! Pero, yo sé que no estoy loco. Yo lo vi. Estoy seguro de lo que vi.

La parcela que me enseñó Gonzalo me gustó. Estaba ubicada en la esquina de una manzana donde solo se construyó mi vivienda en todo el tiempo que residí allí. El único vecino más cercano era Marfindo, un anciano divorciado y solitario que vivía dos manzanas más abajo, casi colindante con la urbanización Las Higueras, que sí contaba con servicios de alumbrado público y saneamiento por completo. Las luces no alumbraban la puerta de su casa, aunque sí parte de la calle. Las cuadrículas donde se seccionaban las parcelas estaban jalonadas por tierras de labranza rojiza, que siempre estaban en barbecho pese a que contaran con sus acequias, pozos e hileras de hayas. Nunca encontré a nadie trabajando por allí. Tan solo en alguna ocasión me crucé con algún tractor y vehículos agrarios. Así de solitaria era la vida en la urbanización La Monjía. Por toda la calle, crecían higueras, chumberas, pitas y rastrojos. Tuve que emplearme a

fondo para arrancarlas de mi parcela. No obstante, me encantó que mi propiedad contara con un venero. «Esto te ahorrará agua. Está todo legalizado. No te preocupes. Esta parcela la compraron unos prejubilados para convertirla en su casa de ensueño, como tú. Lo que ocurrió fue que ambos fallecieron en un accidente de tráfico, y sus hijos se quieren desentender del suelo. Es una oportunidad. Toda una ganga. Más abajo, lo habrás visto, está la antigua discoteca Tecnotrón, que ahora llaman Paradiso y tiene otro dueño. Te lo digo por si algún día quieres tomarte algo sin ir muy lejos. Desde aquí llegas andando en un rato. Saliendo a la carretera a dos kilómetros tienes el centro comercial y la estación de servicio. No está mal ubicado, como ves. Por ahí abajo conectas con la general y llegas a trabajo en veinte minutos, no más, y por el otro lado te encuentras el apeadero del tren de cercanías, por si deseas ir a la capital sin coche. Pasan trenes cada hora o hora y media, según la época del año. De todas formas, nunca vas a encontrar atascos hasta la capital, si prefieres ir a tu aire en coche. Es un lugar muy tranquilo.»

Me puse a trabajar en la construcción nada más firmar en notaría. Mi ilusión era vivir en una casa de piedra y de madera. Ese olor a resina de la tarima de nogal del suelo de la segunda planta me inspiraba tranquilidad y sosiego; el crujir de la madera y el sonido hueco de mis pasos, en cambio, calidez. Decidí hacer un sótano, para aprovechar al máximo el terreno. Allí colocaría todas mis herramientas de bricolaje. Iba a disponer de mucho tiempo libre. El venero, por el contrario, no lo exploté pese a que había terreno para hacer una pequeña huerta de tomates. Lo dejé de momento tapado con la pesada tapa de hormigón que sus anteriores propietarios le colocaron. Más adelante, vi una oferta de bombas en una de esas *killer shops*; entonces, adquirí una para regar el jardín, y la instalé yo mismo. Me llamó la atención la gran longitud del diámetro del agujero. Parecía un pozo al que hubieran olvidado colocar el brocal. Tal vez esa esa la intención de sus antiguos propietarios después de todo: construir una especie de pozo de los deseos. Cuando abrí la tapa por primera vez, saltó a mi mente un pensamiento escalofriante. Aquel agujero era tétrico y oscuro. Desde que se arrojaba un chino hasta que se sentía chocar con la superficie del agua pasaban unos instantes que helaban la sangre. Era uno de esos huecos por donde alguna vez algún niño cae jugando y nunca más se vuelve a saber de él.

En la planta alta hice tres habitaciones y dos cuartos de baño. Una con un ventanal orientada hacia el este, para que entrara la luz, y otras dos más oscuras, orientadas hacia el Atlántico por donde vería llegar muchos nubarrones grises como los que contemplo hoy. Una de ellas se convirtió en mi dormitorio. Las

otras dos las dejé vacías pensando en el futuro: cuarto de invitados y sala de veté tú a saber. En esta última, terminé acomodando mi sala de bricolaje, cuando me enteré de lo sucedido a dos viejos vecinos de Marfindo.

El día que conocí a Marfindo amaneció escampado. La lluvia de la noche anterior había sido parca. Nada de aguaceros como aquel que experimenté en mi primera noche y desencadenó el episodio de la rata gigante. Cuando las tormentas soltaban agua sin piedad, la poco porosa arcilla de la tierra dificultaba el drenaje y se formaban amplios charcos, algunos profundos y hasta plagados con cimbreados renacuajos. Por los charcos estos con los que no contaba al principio, vendí mi turismo, y me compré un vehículo con tracción a las cuatro ruedas. Tuve la oportunidad de adquirir uno a buen precio de un cortijero hastiado, que deseaba desentenderse de uno que usaba solo para ir de romerías. Las malas lenguas difundían que le faltaba liquidez, por lo que pude negociarlo bien.

Discurría con mi vehículo por delante de la casa de Marfindo, mientras este hablaba con una pareja de jóvenes. Al verme pasar por delante de su propiedad, hizo un ademán para que me detuviera, y bajara la ventanilla.

—Usted, es el que vive allí abajo, ¿no? Aparque aquí que tengo que comentarle algo, si no va con mucha prisa.

La pareja de jóvenes se despidió y prosiguió con su paseo mientras Marfindo se dirigía a mí, que salía del coche que había aparcado junto a una hilera de chopos.

—Buenos días.

—¿No se ha enterado de lo ocurrido? —le devolví una mueca de duda—. Han encontrado a dos ancianos muertos en una vivienda de La Higuera. Si sigues por esta calle, cruzando el paso a nivel del tren de cercanías, te topará con la casa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido horrible. Se piensa que llevaban más de una semana muertos cuando los encontró un familiar. Ambos estaban amarrados con alambres de espinos, y brutalmente torturados. Los mataron a palos. Había señales de robo, pero también de un acto satánico. Encontraron velas negras medio consumidas, parece que fue una especie de ritual. Ándate con ojo, que tú vives en la zona más oscura y desolada. Estamos los vecinos consternados por lo sucedido, porque creemos que el crimen se ha cometido allí porque la calle no contaba con alumbrado suficiente, como la mía, y como la tuya. Los vecinos nos vamos a manifestar mañana para pedirle cuentas al Ayuntamiento y que de una vez ponga alumbrado en la urbanización, que nos van a matar a todos.

Aunque me sugirió que me uniera a la manifestación que estaba organizando, no lo hice. Él prosiguió con su cháchara sobre los crímenes. Sobre lo peligroso que era vivir allí, y demás detalles a los que no presté mayor atención. Marfindo era un auténtico charlatán, y algo cansino: una de esas personas que son muy extremas y exacerbadas a la hora de dar sus opiniones sobre cualquier tema.

En cualquier caso, la posibilidad de ser asaltado me infundió cierto respeto, así que acabé construyendo una habitación del pánico en el sótano. Estuve pidiendo presupuesto a varias empresas, pero se me descomponía la tripa cada vez que me revelaban las cantidades astronómicas por las que estaban dispuestos a trabajar. Al final opté por comprar tan solo una puerta blindada, colocar un baño, un par de cámaras que controlaran entrada y cocina, y habilitar la sala como un dormitorio. Después aproveché mejor el espacio colocando allí un congelador industrial que usaba de despensa para la casa. Los utillajes de bricolaje acabaron en la sala de arriba, la del ventanal, y otros trastos en el cuartillo al lado del jardín.

Desde el día de nuestro primer encuentro, Marfindo se hizo muy amigo mío. Me hacía visitas de vez en cuando. Creo que estaba muy solo, porque desvariaba en sus razonamientos. Así se vuelve la gente que no acostumbra mucho a alternar con otros seres humanos. Hablaba perrerías de su exmujer, y de una antigua novia moldava que se echó tiempo atrás, y quería quedarse con la mitad de su casa. Era de los vecinos más antiguos en la zona, y por eso conocía todas las historias; sobre todo las truculentas, que eran las que le apetecía contar. Marfindo aseguraba que un día iba a morir de un asalto a su casa, que lo había visto en sueños muchas veces, por lo que tomó el crimen de aquellos pobres ancianos como una amenaza premonitrice. «Todavía no los han cogido. Así que el siguiente en la lista puedo ser yo.»

Un buen día, anunciaron por televisión que la policía había desentrañado lo sucedido con los ancianos. Los asesinos habían sido unos hermanos que vivían en la barriada Las Covachas, que era una de esas zonas de las afueras de los pueblos con viviendas de protección oficial, que se edifican en tiempos de bonanza, pero que se deprimen tras una voraz reconversión industrial. Allí se movía lo peor del pueblo. Estos dos hermanos pertenecían a la más baja calaña, en palabras de Marfindo. El mayor era un toxicómano. Se le veía vagar por los alrededores de la Tecnotrón, y estaba fichado por la policía por pegar algún tirón a alguna vieja y hasta agredirla con una porra. El hermano, en cambio, era esquizofrénico. Afirmaba comunicarse con el Diablo. El día que la policía fue a por ellos para interrogarlos, ambos se parapetaron en sus dormitorios mientras su

madre trataba de entorpecer y retrasar a la policía. El mayor, un tal Roberto el Negro, desapareció por la ventana. No se sabe por donde escapó ni cómo pudo descolgarse desde el cuarto piso. El menor, Cristian el Loco, gritaba de espanto porque sostenía que un demonio se había llevado a su hermano por la ventana. Entonces, viéndose apresado por la policía que estaban acabando de echar la puerta de su dormitorio abajo, se precipitó por la ventana esperando ser salvado por el demonio al encomendarse a él: «¡Sálvame, Lucifer! Sálvame como a mi hermano.» Murió dos días más tarde en el hospital por el traumatismo craneal profundo que le ocasionó la caída. Sin embargo, nunca llegaron a detener al Negro, al menos que yo sepa. Según Marfindo, porque acabaría siendo su verdugo.

Una noche Káiser no paraba de ladrar, fue poco después del suceso de los hermanos. Reparé en que fuera sonaba un ruido metálico, como si alguien diera puntapiés a una lata o la arrastrara. En estos lugares cualquier chasquido se hace perceptible, hasta el trasiego de los roedores en la maleza. Bajé por las escaleras y calmé a Káiser, que seguía alterado y ladrando sin parar. El estar en su compañía me envalentonó para abrir la puerta. Era una noche fría, muy oscura y sin luna. Cuando abrí la puerta cesó el sonido de la lata, y me di cuenta de que una tupida bruma se había adueñado de la calle, por lo que no era capaz de vislumbrar qué había tras la cancela de mi parcela que tanto molestaba a Káiser. Una lechuza que ululaba salió volando. Percibí el sonido de su aleteo que provenía seguramente de la higuera frente a mi casa. Encendí una linterna y apunté con ella a la cancela de la parcela. No había nadie. Entonces me acerqué un poco más. Si no había nada ni nadie ya, ¿por qué Káiser seguía tan irritado? Al colocar mi cabeza entre los barrotes de la cancela, lo vi. Era una sombra que se acercaba demasiado deprisa hacia mi como para darme tiempo a reaccionar y separarme por precaución.

—¿No tendría nada para darme de comer?

Frente a mi había aparecido un individuo de rostro mugriento y piel barrilosa. Encuadrada en un cráneo grande, una nariz descomunal y porrona era el rasgo más llamativo de aquel mendigo. Casi me pareció repulsiva por su tamaño. Luego supe que por el apeadero del tren de cercanías a veces vagaban y concurrían pobres que pedían limosnas a los transeúntes. Solo en raras ocasiones llegaban hasta mi urbanización. Debido a este sobresalto en la noche, yo mismo achacaría las desapariciones que ocurrieron más tarde o a un vagabundo como aquel o al Negro, quien andaría escondido por alguna parte acechando a sus víctimas solitarias con alevosía, que quedarían a su merced, lo mismo que los

ancianos que acabaron muertos a palos. Tal vez las ruinas del antiguo convento le darían cobijo.

En días de lluvia como este, en un páramo tan solo habitado por el soplo del viento que estremece a los abrojos, doy gracias por haber sobrevivido a la vulnerable soledad en aquella sórdida urbanización rural.

## Capítulo 3. Mi Extraña Relación con las Mujeres

Si tuviera que definirme a mi mismo, la mejor manera de hacerlo sería contando mi particular relación con las mujeres, y no me refiero con esto a las relaciones que mantengo hoy en día, sino a las que he ido manteniendo a lo largo de toda mi vida.

Desde que vivo en Chile tengo una consigna muy clara: mantente lejos de las mujeres por tu propio bien. Con esto no quiero decir que no les dirija la palabra o que trate de evitarlas. No es así. De hecho, guardo muy buena relación con la chica del departamento de relaciones laborales. Eugenia se llama. En alguna ocasión hemos coincidido en la cafetería y me ha preguntado cómo me siento en mi puesto tan alejado de mi país y de mi familia, y yo le respondo que muy bien, que me he planteado esto como una nueva etapa, y que me siento muy cómodo. Mis conversaciones con Eugenia no pasan ni de la banalidad ni de la corrección. Lo que es más, nunca las preguntas han sido lo suficientemente íntimas como para que progrese nuestra relación, y de algún modo, esta se convierta en una relación personal. Si sé de ella que está casada y que tiene un hijo, es por los mentideros de la empresa, y no por mi interés por saberlo, o el suyo por revelarlo. Aparte, creo que es su responsabilidad estar al tanto de cómo se sienten los empleados expatriados. Si habla conmigo no es porque en realidad le apetezca.

De la misma manera que soy capaz de mantener conversaciones con mujeres, también me puedo acostar con alguna. Hasta hace bien poco es lo que he venido haciendo, aunque solo con prostitutas. No me he sentido motivado a entablar otro tipo de relación con otro tipo de mujeres. Ni siquiera de amistad.

La primera mujer con la que me acosté aquí fue en la capital. Uno de mis compañeros se acercó a mi, y me propuso que fuéramos a Santiago a tener una «noche roja». Digamos que me apunté un poco llevado por el sonrojo que supondría rechazar su invitación, más que por el entusiasmo que me provocaba la propuesta. Yo nunca me había «ido de putas» de manera oficial, aunque en una ocasión me acosté con una prostituta rumana llevado por la curiosidad y el espanto de la realidad que me circundaba. Hasta que llegué aquí era un autentico



bisoño en la materia, y creo que mi experiencia, después de lo visto y lo vivido, no va a salir nunca de la categoría *amateur*.

A la expedición a Santiago nos apuntamos tres. Este compañero conocía de oídas un local con cierta reputación por su «accesibilidad». No entendí a qué se refería mi amigo con el término «accesibilidad», hasta que puse mis pies en Santiago. Aquella ciudad estaba muy lejos del alcance de nuestros bolsillos. Llevaba poco tiempo en Chile por aquellos días, y aunque el dinero o la capacidad de ahorro no fueron en principio mis razones para venir a trabajar aquí, sino el haberlo perdido todo en mi país, me empezaba a preocupar no salir nunca del atolladero económico en el que yo mismo me había sumergido por andar en amores con la persona equivocada.

En cualquier caso, allí estaba, en un local muy distinto a la Sala Tecnotrón, el antro donde conocí a la chica que me arrojó a esos momentos tan aciagos. Por estos lares llaman boliches a estos bares. Suelen tener la música ni muy alta ni muy baja, con una barra al fondo donde sirven chicas con el pelo rubio a base de agua oxigenada. En el bar alternan hombres y mujeres. Ambos entran por separado, y allí se conocen. No todos los hombres que paran por allí van por sus deseos carnales. Muchos se entretienen en la mesa de billar, y a estos las mujeres los dejan en paz. Sin embargo, si te ven en la barra y pareces mirar al personal, siempre hay alguna que se te acerca y te presenta a sus amigas. Eso fue lo que hicimos esa noche. No habíamos más que empezado a tomar la primera copa cuando vinieron unas chicas a las que invitamos a unas cervezas, y en el momento de pagar, fue cuando entendí lo de «accesible».

Al rato decidimos irnos con ellas. Yo salí con una que era argentina, y me sugirió una pensión de por ahí cerca, que daban un precio especial por pasar solo la noche. Cuando se cerró la puerta del dormitorio con nosotros dentro, me asaltó un pensamiento bastante macabro. Estábamos en un lugar solos, en un país donde yo era el vulnerable por ser el extranjero. Cada uno de nosotros había tomado un camino diferente con cada una de las chicas. ¿Quién me aseguraba que cuando me quedara dormido nunca llegara a despertarme? La chica me había tumbado sobre la cama y me había desabrochado el pantalón. De pronto, cayó en la cuenta de algo que habría dificultado que consumiéramos el acto: «Relajate». No podía avanzar. «¿No querés coger?» Me zafé de ella con delicadeza, arguyendo que por lo general me gustaba que la situación no fuera tan directa; y así, fui desviando la atención sobre lo que realmente me turbaba: el miedo a encontrarme solo con una mujer. «Ah, vos sos un picarón.» Entonces fue a por su bolso. De allí sacó una petaca y me ofreció un poquito de güisqui

para que me relajara. Ni loco, no lo probé, ya me sabía esa estratagema. No sé si se daría cuenta de que me latía el corazón con más fuerza. Hice como el que ingería el licor, y después me sacudí la petaca. Entonces, cuando ella entendió que ese tampoco era el camino, volvió meter la petaca en el bolso, y cuando revolvía el contenido del mismo me percaté de que entre sus enseres no solo había preservativos, perfumes y pinturas, sino un espray. ¿Sería uno de esos que las prostitutas usan en su defensa? Claramente, aquella mujer disponía de armas para reducirme si esa fuera su intención. La chica percibió lo que sucedía en mi interior. «¿No te gusto o es que sos maricón? Si es así, lo sabremos muy pronto». Empezó a desnudarse, y me colocó sus pechos flácidos y mórbidos sobre la cara. «¡Qué bárbaro! Solo sos un poco pendejo».

Esto ocurrió un viernes noche, y entre el trajín con la prostituta y el cansancio acumulado por la dura semana, caí rendido en una profunda ensoñación tras el coito. De pronto, noté que me apretaban el cuello. Abrí los ojos y la vi encima de mí. ¡Ella seguía con vida! ¿Cómo dio conmigo? Llevaba su ignominioso cuchillo cebollero y me acercaba su punta por la cara, como si quisiera rajármela, mientras me agarraba por el cuello; luego me acarició con el filo y lo fue dirigiendo hacia mi ojo izquierdo. Casi podía entrever sus intenciones por un extraño ademán que provocó que le temblara la muñeca. Deseaba en lo más profundo sacarme los ojos aun estando con vida. «Hijo de puta, te creías que te ibas a escapar de mí por venirte a Chile. No acabaste conmigo, cabrón». Sonó mi móvil, y ella torció la mirada hacia el dispositivo que descansaba sobre la mesita de noche. «Tus amigos te llaman, pero no te van a poder ayudar. Este es tu final». Cuando se disponía a clavarme el cuchillo, me desperté sobresaltado, sudando y con palpitaciones. Tragué algo de saliva y, algo indispuerto, fui a atender la llamada. ¿Acaso era otra de mis alucinaciones del pasado? He leído que van y vienen, y brotan cuando uno menos se lo espera.

Era por la mañana y mis amigos me esperaban para volvernos al campamento. Uno de los encargados en la recepción golpeó la puerta y vociferó: «¿Anda todo en orden ahí dentro?» Creo que estuve gritando en sueños. Es muy duro eso de vivir bajo una amenaza constante, sobretodo cuando lo que te provoca desasosiego es sobrenatural o desconocido.

Nunca fui de esas personas que tuvieran éxito con las mujeres. De hecho, en la pubertad era algo gordito, y no soy muy alto, por lo que era descartado por la mayoría de las chavalas. No me empecé a interesar por el deporte hasta que me hice mayor de edad. Un verano me propuse correr por la playa para bajar algo de peso, y me gustó tanto la actividad, que me hice un asiduo a la misma. El día que

compré la parcela, Gonzalo Zambruno me preguntó si iba al gimnasio regularmente, porque aquel lugar tan apartado volvía a la gente algo perezosa.

—A mi lo que me gusta es correr.

—Ah, bueno, aquí entonces tendrás todo el campo del mundo para practicar.

Así fue, sin duda. Tiempo después, Káiser se uniría a mis carreras, y sería un fiel acompañante. De vez en cuando se salía del recorrido para perseguir a un conejo o espantar a una perdiz. Otras veces simplemente para orinar o hallar un rastro interesante, pero luego, prontamente me alcanzaba sin mucho esfuerzo por su parte. Era un animal muy sano y vivaracho.

Como mi carácter difiere mucho del arquetipo rijoso y pendenciero que suele ser el que llama la atención a las chicas, he sido casi siempre más bien el buen amigo de ellas. Me consideraban un chico de buenas notas, no me gustaba el fútbol y sí la lectura, y sobre todo, coleccionar cómics de Betty Boop. En mi casa apilaba cientos de ejemplares. Estoy seguro que de haberlos podido vender a tiempo, me habrían ofrecido por ellos una pingue cantidad de dinero. Aunque a decir verdad, lo que a mi me hubiera gustado es haberlos guardado para siempre. Era celoso con los ejemplares. Me sabía cada una de las historias contenidas en todos ellos, y llevaba desde los siete años coleccionándolos. Cuando algún amigo me los pedía nunca accedía. Solo dí mi brazo a torcer con ella. La primera noche que se quedó en mi casa a dormir, me quedé asombrado cuando me aseguró que le encantaba Betty Boop a ella también, y me pidió si le podía prestar algún ejemplar. Le presté los que más me gustaban, pero los devolvió medio rotos. El resto se perdería más adelante.

Tampoco di muchos sobresaltos a mis padres. De joven tenía muy claro que lo que más me atraía era trabajar en algo que tuviera que ver con manualidades. Así que me gradué como técnico en construcción, y por mi cuenta aprendí muchas cosas más, como carpintería metálica y soldadura. Tal vez esas habilidades técnicas que adquirí me han salvado la vida. Recuerdo cuando, debido a la crisis del ladrillo en España, la gran mayoría de mis compañeros perdieron su trabajo. Yo no encontré ninguna dificultad en recolocarme en una fábrica de embotellados. Era tal la cantidad de operaciones para las que estaba cualificado para trabajar, que supuse un verdadero alivio para mi empresa en esos tiempo difíciles de recesión. Era capaz de ocupar el puesto de tres personas a la vez. Me encantaba el trabajo, fue una lástima que me despidieran tan tontamente.

Mientras una gran cantidad de amigos perdieron sus casas, yo en cambio, pude terminar la mía. Creo que la gente se vuelve imbécil cuando gestiona más dinero del que merecen. En los años buenos de la construcción, muchos de mis

compañeros de trabajo me dedicaban una gran cantidad de burlas porque conducía un coche de segunda mano y desvencijado, cuando ellos habían adquirido otros de alta gama. Uno de ellos incluso cada año lo cambiaba por uno nuevo. Allá cada uno con sus decisiones. A mi las mías me ayudaron a pasar los momentos difíciles y salir incluso reforzado.

En fin, si las mujeres no me prestaron mucha atención ni en la pubertad, ni en los años de bonanza por mi austeridad, si lo hicieron más tarde, cuando era manifiesto que era de los pocos que había resistido los embates de la crisis del ladrillo. Con el tiempo las mujeres desarrollan el instinto de encontrar más que un amante, a alguien que mejore su situación económica, una suerte de compañero de piso con el que no les queda más remedio que acostarse para no perderlo, pero que no desean como al rijoso pendenciero. Creo que este instinto lo tenía una de las últimas chicas con las que estuve saliendo en España. Se llamaba Olga y era rusa. Cuando la conocí mi amigo Mario se acababa de divorciar, y llevaba en el rostro la marca de «hombre sin un duro y el corazón roto». Es algo muy común en los hombres divorciados, sobre todo cuando se han llevado la peor parte en el convenio regulador. No entraré de detalles, pero además de cornudo, acabó apaleado. Por si fuera poco, había perdido su trabajo meses antes de que pillara a su mujer con otro.

Para animarle decidí quedar con él para tomar unas cervezas. Total, el hombre necesitaba desahogarse. Era toda una lástima verlo tan alicaído; de hecho él era uno de estos a los que se le daba bien eso de ligar cuando éramos chavales. Tenía muy buen planta. En el bar en cuestión donde escuchábamos música Olga estaba apoyada en la barra junto a una amiga, y me marcaba con la mirada. Yo, que de natural soy tímido, le devolvía la mirada, pero no me atrevía a acercarme a ella. Buscaba excusas en mi interior para reprimir sus llamadas del tipo «hoy es una noche para mi amigo, no para conocer a tías», o «si ligara contigo, no iba a dejar a mi colega tirado».

Al final fue ella quien lo hizo. Mario fue a comprar tabaco a la máquina, y entonces ella se le acercó. Yo pensé que quizás me había crecido demasiado, que pudiera ser que no me mirara a mi sino a él, después de todo de los dos él era el guapo malogrado, y yo el pasable bien avenido. Me llevé una sorpresa cuando Mario alzó la mano e hizo un gesto para que me acercara. Al rato estábamos los cuatro hablando, o mejor dicho los dos. Su amiga —es curioso, ni me acuerdo de su nombre— no hablaba casi nada español, y tampoco parecía muy interesada en Mario. Ambos estaban mirando a lados opuestos: Mario con los brazos cruzados, la tipa como si buscara a alguien con la mirada para arrimarse. Al final ella le

dijo algo en ruso a Olga. Parecía como si se sintiera mal y ella tratara de reconfortarle con un «quédate tú, que yo me las piro». Yo me metí en su conversación, y le rogué medio en broma que se quedara. Ella sonrió y tomó mi mano, y la colocó sobre la de Olga y dijo: «Tú y Olga... esta noche..» y soltó una palabra en ruso que provocó la risa de ella. Para mí que fue una obscenidad, pero no lo puedo asegurar porque no hablo ni papa de ruso. Mario ante la situación, me llamó a consulta y sentenció: «Al menos que uno de los dos eche un polvo esta noche. Vete con ella. No te preocupes».

Creo que duré con ella cosa de dos meses, en los que estuve practicando sexo casi a diario. Hasta llegué a habituarme a mi ración. Si por algún casual un día no nos podíamos ver, al día siguiente andaba en el trabajo de arriba para abajo, casi sin poder hablar con nadie, con una comezón en la entrepierna y con dificultad para discernir con claridad. Supongo que era el síndrome de abstinencia. Entonces ella me llamaba y me indicaba dónde nos podíamos ver, y después siempre acabábamos en la cama.

Todo, sin embargo, acabó en una tarde que me llamó para tomar café. Me resultó un poco raro, porque por lo general nunca quedábamos a esa hora, y mucho menos en una cafetería de un supermercado. Cuando llegué allí, ella ya estaba sentada. De hecho, parecía como si hubiera estado desde hacía un buen rato. Se había tomado un café, y al lado de su taza había un vaso con los restos de algún líquido oscuro como el chocolate. La noté algo incómoda. Tras saludarla con un beso, me senté a su lado y pedí un café. Al rato llegó un niño rubito con una pelota e intercambiaron unas palabras en ruso.

—¿Es tu sobrino?

—No, es mi hijo Yuri.

Me quedé algo cortado. No me había hablado nunca de que tuviera un hijo, y creo que percibió mi sorpresa. ¿Qué podía esperar? Según me contó su padre estaba en la cárcel. Era un traficante de poca monta. De esos que son delincuentes habituales, y se pasan la vida de penitenciaría en penitenciaría sin corregirse. Hasta llegó a levantarle la mano en alguna ocasión, y a resultas de esto, decidió abandonarle definitivamente, y buscar un trabajo del que malvivía y proveía a su hijo. Intenté fingir delante de ella que lo que me había revelado no había alterado lo más mínimo mi situación con ella. Incluso le regalé alguna carantoña simulada al crío, lo cual creo que ni el mismo niño ni la madre juzgaron como sincera. Ciertamente, no lo era. Más bien estaba salvando una situación que por momentos se había tornado complicada, y que me había sorprendido fuera de juego, y con la guardia baja. Desde ese día en adelante

ambos cambiamos. Ni ella me llamó más para practicar el sexo, sino más bien para casos como «voy de compras con Yuri, ¿te apetece venir con nosotros?»; ni yo propuse alternativas, sino que poco a poco dejé que la cosa se fuera enfriando hasta que la picazón de mi entrepierna dejó de ser una preocupación. Meses más tarde, recibí el siguiente mensaje: «Eres un cerdo. Solo quieres a las mujeres para follar, pero careces de compromiso». Ahí quedó mi relación con Olga.

Tiempo más tarde, quedé con mis amigos Richi, Mario y Lavi para una comida en el campo. Richi era siempre el que proponía ideas dentro del grupo. Conocía a cantidad de peña. Así que nos sugirió visitar este cortijo que pertenecía a un tal Rogelio, hombre que vivía de sus rentas, ajeno a toda preocupación, y que gustaba de celebrar comidas en el campo para hacer nuevos amigos. El tal Rogelio contaba siempre con unas cuantas chicas que se adherían incondicionalmente a todas sus iniciativas culinarias. Nada más llegar, Richi se pegó al fuego, Mario, yo y Lavi tras intercambiar una simple conversación cortés con el anfitrión, que hacía de relaciones públicas, nos dispusimos a ayudar en la distribución de la comida, mientras las chicas cantaban flamenco, bebían y reían.

Entonces Richi me llamó:

—Mauri, este filete es para Verónica, la que está allí sentada, ¿se lo llevas?

Así lo hice. La tal Verónica tenía unos diecinueve años, unos cuantos menos que yo. Era de estas que le gustan sacarse fotos en todo momento, aunque no es que fuera muy guapa. Era más bien ancha de caderas y cara basta pero muy maquillada. El día que la conocí llevaba el pelo castaño recogido en un moño y una gorra de franela lo cubría. Iba vestida con pantalones ajustados, botas camperas, y camisa. Un atuendo muy masculino en contraste con lo pintada que iba. No se fijó mucho en mi, ni yo en ella. Luego, nos quedamos sin vino, y Rogelio pidió voluntarios para traerlo del pueblo. Como mi coche era el mejor adaptado para esos andurriales, me ofrecí voluntario, y Verónica quiso acompañarme. El camino hasta el pueblo duró como media hora entre ida y vuelta, y consistió en una batería de preguntas a modo de interrogatorio, y una exposición muy pormenorizada por parte de Verónica de cuáles eran sus aspiraciones en la vida. Sinceramente, me importó un carajo. Por si fuera poco, tuve que cargar yo con la cajas y ella con una bolsa de palomitas que se fue comiendo por el camino en mi coche mientras proseguía con su monserga. De todo aquello solo saqué en claro dos cosas: la primera, que podría estar interesada en algo, pese a que nos llevásemos diez años. Me ofreció su teléfono, y me sugirió que quedásemos para la semana siguiente. La segunda, que era una pesada pero al menos tenía las tetas gordas. Después de un par de cafés, la invité

a mi casa para cenar y ver una peli. Quería enseñarle la casa, de la cual me sentía muy orgulloso, aunque ella no paraba de encontrarle defectos. Acabamos acostándonos juntos en el sofá. Por un rato, estuvo callada.

Nunca he llegado a congeniar con ninguna de mis parejas, pero con esta casi acabo majara. Que si un subir a la red una foto de lo que estábamos comiendo, que si una respuesta de ultima hora, que hagámonos una *selfie*; que si a esta casa le falta una esquina con detalles; que si no está lo suficientemente ordenada; que si está en medio del campo, y no la ubica bien el móvil; que si cuando nos casemos lo primero que hay que hacer es comprar una casa diferente; que aquellas de allí son las que me gustan; que si no vas a cambiar de coche, ya estoy harta de fotografiar siempre el mismo; que si tu perro no es fotogénico, cómprate un pequinés; y así, aun seguirá hablando. No entiendo porqué algunas mujeres piensan que por el hecho de que obtengas de sus vaginas unas briznas de placer, eso les da derecho a pensar que lo que uno se ha ganado con su esfuerzo, es suyo también. ¿No es ridículo? Además, si de verdad Verónica quería alcanzar un nivel de vida mejor, ¿por qué no trabajaba? Era la tía más vaga que me he echado encima. Un día, ya no recuerdo ni el motivo, aunque sí que me había hinchado las pelotas por completo, le dije que no quería volverla a ver, y no se lo creyó hasta pasadas dos semanas. Lo sé porque solo entonces actualizó su perfil con el mensaje: «Mi *crush* y yo hemos roto». Por supuesto, el mensaje incluía una ristra de *emoticonos* al uso. Te los puedes imaginar.

El mismo día por la mañana que vi su actualización, salía para el trabajo. Tras pasar por la antigua sala Tecnotrón, vi a lo lejos a una chica andando en sandalias a pesar del frío, y su fragilidad hizo que me detuviera a prestarle mi ayuda. ¿Quién me mandaría recogerla de la carretera? Era una autentica desconocida. Pero de ella ya hablaré más adelante.

La última de las mujeres con la que me he involucrado era también una prostituta. La conocí en uno de los bares de alterne, esta vez en Antofagasta. Me invitó a ir a su casa. Era una mujer de unos treinta años, ajada y con el pelo anaranjado, diría que estaba algo quemado y crespo por efecto de algún teñido barato de esos que llevan amoniaco. La casa estaba en un barrio muy humilde, oscuro y solitario, de esos con techos como de microcemento ondulado, que parecen estar prefabricadas si mucho interés ante la posibilidad de que un terremoto las derribe. Entramos por una puerta muy discreta. Encendió la luz. Esperaba encontrarme una casa normal y corriente, pero tan solo había una cama con dos puertas a ambos lados. Sobre la mesilla de noche reposaba una lampara y sobre él un pañuelo rojo. Al encenderla y apagar la luz de la habitación, se creó

un ambiente que seguramente a más de uno le habría parecido propicio, pero a mi me pareció mortecino y vulgar, casi rayando la marginalidad. «Entra en el baño a lavarte, que me voy a desnudar».

Me dirigí a una de las dos puertas, pero estaba cerrada con llave. Traté de forzarla un poco girando el pomo, pero ella se apresuró a desalentarme a susurros de que la abriera: «¿Qué haces, huevón? No es esa. Es aquella otra». Le pregunté por qué estaba cerrada. «A ti qué te importa, ¿viniste a coger o a hacer turismo por mi casa?» Esa terquedad al replicar me resultó familiar. Pero por encima de todo me llamó la atención la puerta. La puerta. Otra puerta cerrada. Empecé a sentir palpitaciones al imaginarme qué podría albergar en su interior. Casi estaba sudando. Me di la vuelta para dirigirme al baño, pero no podía de dejar de mirar a aquella puerta cerrada e imaginar qué ocultaba tras de sí. Todavía por las noches sueño con todo lo que me ocurrió, y tanto el espray de la puta argentina como esa puerta cerrada, me impedían olvidarme. La mujer ya estaba tumbada en la cama boca arriba mostrando su pubis rasurado. Las tetas aplastadas, casi ni se levantaban. Giré el pomo de la puerta del cuarto de baño, pero no me quedé ahí. Me armé de valor. Fui hacia la otra puerta y quise echarla abajo o abrirla por la fuerza. La mujer, entonces, empezó a vociferar llamando a un tal Augusto, mientras en el interior se oía el llanto de espanto de un par de niños al menos, que llamaban a su madre. Todo estaba oscuro, cuando de repente, se abrió aquella puerta, y apareció por el umbral la figura imponente del tal Augusto. Un cuarentón barrigudo de casi dos metros, muy moreno, con bolsas en los ojos, y sin afeitado. Parecía como si lo hubiese sacado de la cama, porque iba descalzo y tan solo vestía un pantalón negro y una camiseta blanca de tirantes algo sudada; en la mano llevaba un tramo de esos cables subterráneos de media tensión a modo de cachiporra. «Así que no viniste a coger, sino a pendejear». Fui andando de espaldas para no perderlo de vista ante el golpe que me podía propinar con el cable, mientras trataba de explicarme que había sido un error. «Claro que fue un error, cabrón. Despertaste a los niños y casi rompiste la puerta». Le ofrecí mi cartera para pagarle por los desperfectos, y la cogió. Pero como no se aplacaba, me di la vuelta para salir corriendo y me endiñó con la vara de goma y cobre en el lomo, lo que me dejó la piel morada por varios días. Al final me arrojó la cartera vacía maldiciendo y vociferando, y después cerró la puerta.

Desde ese infortunio —hará unos meses ya—, no he vuelto a andar con mujeres. Creo que no me compensa el riesgo que conlleva tratar con ellas por las décimas de segundo que dura una eyaculación. Yo tan solo sentía miedo porque



aquella puerta cerrada. Sin embargo, tan solo fue necesario que aquella ramera se asustara y gritara, para que alguien saliera a defenderla y me vilipendiaran sin ni siquiera mediar palabra o cuestionar si el riesgo para aquella puta de pelo anaranjado en verdad existía.

## Capítulo 4. La Mujer Errante.

Salí aquel lunes a trabajar bien temprano, aliviado tras leer el mensaje del perfil de Verónica de cambio de estado a «soltera». Era aun de noche, y el invierno húmedo helaba los huesos sin importar cómo de pertrechado fuera en mi abrigo. Al entrar a la comarcal como a un kilómetro desde la antigua Tecnotrón vislumbré la silueta, difusa por la bruma matutina, de una mujer a mi derecha, como a unos quinientos metros. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí a esas horas sola por aquel arcén? ¿A dónde iba? Entonces recordé con gracia la leyenda urbana de la «mujer errante»: otra de esas historias desquiciantes y siniestras de Marfindo.

Un día le pregunté intrigado si sabía porqué todo el mundo cambiaba el nombre al bar Paradiso por el de Tecnotrón. De hecho, sabía de oídas que esto irritaba mucho a su propietario. Este me reveló todos los motivos: porque era su nombre décadas atrás, porque era otro el propietario por aquel entonces, porque el ambiente era distinto, y porque ocurrieron hechos terribles allí, que quedaron grabados en la retina de todo el municipio. La gente de los pueblos a veces se muestra obstinada a cambiar de nombre a un lugar que por algún motivo horrendo ha quedado grabado en la memoria.

La antigua Sala Tecnotrón fue uno de esos locales de música *tecno* que tan de moda estaban por los ochenta, y donde los más noctámbulos acababan la noche. Era un verdadero *afterhours*. Tan apartado como estaba, se convirtió en un antro de drogas, donde consecuentemente convergían todos los resabiados del pueblo a altas horas de la noche. Pese a la ralea de gente que paraba por allí, nunca se desencadenaba reyerta alguna. Puede que, por consciencia de saberse que cualquiera podría rajarte a navajazos en aquel local sin mediar ni media palabra, los habituales se abstenían de peleas. Hoy en día uno de esos locales no podrían existir en una zona tan apartada. Ni haría falta hacer redadas; con un par de controles de alcoholemia y drogas habría sido suficiente para desalentar a los delincuentes y demás chusma aventurera de pulular por allí. En esos tiempos, sin embargo, se dejaba hacer en lugares apartados si no pasaba nada.

El tugurio, conocido por la morralla e imaginado por el resto, salió en

televisión por la triste desaparición de una chica de dieciocho años, que había sido vista por última vez en el sórdido antro. Según corroboraron dos amigas de la joven, pasada la media noche decidieron ir con unos amigos al bar aquel porque era el único que quedaba abierto. Estuvieron varias horas bailando y bebiendo mientras la desaparecida estuvo casi toda la noche hablando con un intrigante individuo que vestía una cazadora de cuero llena de tachuelas y calzaba zapatos de piel de serpiente. Cuando decidieron regresar a casa, la víctima decidió quedarse allí con aquel hombre extraño que acababa de conocer. Esa fue la última vez que la vieron con vida. A las cuarenta y ocho horas de la desaparición la gente se empezó a movilizar. Al principio a nadie la echó en falta, porque no era la primera vez que aquella chica no aparecía por la casa, que compartía con sus dos amigas, durante todo el fin de semana; aunque cuando el lunes no acudió al trabajo, se temieron lo peor.

Pese a lo extravagante de la indumentaria del sospechoso, nadie supo dar señal alguna de él. No le conocían, ni era un habitual del garito. El propietario no estaba seguro de haberlos visto salir juntos. Las amigas no recordaban su nombre, ni reconocieron su rostro en las innumerables fichas de delincuentes que les mostró la policía. Sin embargo, las diferentes batidas organizadas por la extensa área rural llena de pozos, acequias y canales dieron su fruto días más tarde. En un camino arcilloso, en la cuneta, encontraron un bolso de mujer con la documentación de la joven, y junto a este, un revoltijo de ropa femenina manchada de sangre, así como de otros fluidos corporales, que coincidía con las descripciones que aportaron sus amigas acerca de cómo iba vestida la chica el día en el que desapareció. Por la cantidad de sangre seca que acartonaba las prendas, así como por la violencia que evidenciaban los jirones de las telas, posiblemente efectuados por algún arma blanca de gran tamaño con la que la debieron de apuñalar, la policía dedujo que la aventura de la chica con aquel desconocido tuvo un desenlace fatal, y así se lo hicieron saber a los familiares y a los medios de comunicación. No obstante, nunca darían con el cuerpo ni con el arma homicida, y su muerte ha sido un misterio sin resolver en la comarca.

Muchas veces me he parado a pensar en todas esas personas desaparecidas y olvidadas, como esta chica. Me imagino sus cadáveres que descansan en algún lugar aun sin descubrirse, sin desvelar a los que los echaron en falta y allegados qué suerte en realidad corrieron. Veo sus manos sarmentosas, sus rostros inexpresivos, y ojos cristalinos. Me imagino que la lluvia cae sobre sus cueros sin alterar lo más mínimo su reposo. El agua los limpia del barro rojizo y untuoso, tal vez de la sangre coagulada; y esta moja sus ropas, si por azar las

conservaron tras su muerte; y empapa sus cabellos por mechones. ¿Cuántos cadáveres hay por ahí perdidos sin contar su historia? Yo conozco algunos. ¿En qué acaban sus carnes? Devoradas por las ratas sin ningún respeto. Tal vez porque su destino sea alimentar a otros y cerrar el círculo de la naturaleza. Las carnes alimentan a los gusanos y alimañas, y van desapareciendo permitiendo lucir una blanquecina calavera con el discurrir del tiempo. La vida sigue, y allí nacen margaritas y otras flores silvestres, entre los huesos calcáreos. ¿En qué se ha convertido toda esa violencia, ese terror postrimero? En unas simples margaritas que estarán mustias en verano. ¿Acaso no es su doloroso final a la vez algo inextricable?

Años más tarde, mi vecino Marfindo contaría a la policía que una noche, al salir con su furgoneta de su parcela, encontró por el camino hasta la carretera a una muchacha joven sola. Se paró y se ofreció a llevarla, como es costumbre hacer en estas áreas rurales tan dispersas. La chica iba vestida y maquillada de una manera anticuada, pero no le pareció oportuno comentarle nada sobre su indumentaria. Según le contó, venía de una fiesta e iba a la parada del autobús, por lo que le agradeció que le acercara. Cuando la alargó hasta donde pudo, la chica se bajó, y le señaló con el dedo algo al fondo, a su izquierda: «¿Ve usted esa acequia que está allí? Dígale a la policía que allí encontrarán mi cuerpo.» Al darse la vuelta la chica había desaparecido. El incidente hasta se publicó en los periódicos, e hizo que la policía fuera a buscar en la acequia, por si efectivamente allí se encontraba el cadáver. Pero no hallaron nada.

Semanas más tarde varias personas más de las que vivían por aquellas fincas declararon avistamientos similares, y los periódicos bautizaron el hecho como «la leyenda de la mujer errante.» Era como si una extraña forma de locura se hubiera apoderado de las gentes de aquellas tierras. Con el tiempo y conforme comenzaba a conocer más a Marfindo, empezaba a convencerme de que todos mis vecinos del campo eran una pandilla de dementes alucinados. Si hubiera sabido esto antes, no me habría ido a vivir allí. Lo peor de todo no fue eso, sino que yo comenzaría con el tiempo a sufrir de las mismas desquiciantes visiones que ellos. Todavía creo que me quedan secuelas.

Aquella mañana en la que salía hacia el trabajo, después de que Verónica actualizara su estado de perfil, encontré en mi camino a esa mujer que caminaba por la carretera proveniente de la antigua Tecnotrón. Me sentí tentado de pararme, y ofrecerle acercarla a dónde pudiera, por curiosidad, debido a leyenda que me había contado Marfindo. Conforme me acercaba a su altura iba disminuyendo la marcha de mi vehículo, y finalmente bajé la ventanilla.

—Perdona, chica. ¿Te acerco a alguna parte?

Ni el atuendo ni el aspecto físico coincidían con el de la mujer errante. Parecía borracha. Era poco más alta que yo, rubia y de pómulos salientes y ojos achinados. De una belleza insólita e intrigante. Su pelo lo recogía en un pasador y vestía con unos pantalones vaqueros ajustados con un diseño estrafalario de lentejuelas rosas y plateadas que hacían juego con el bolso. Era obvio que no era de por aquí.

Se volvió hacia mi y me espetó: «¿Te piensas que por parecer extranjera soy una puta?». Me quedé cortado, no sabía qué responder. No me esperaba esa salida. Al ver mi expresión y tal vez mi cara de inocencia añadió: «Era una broma. ¿Me puedes acercar a la parada de autobús?» Al subirse me di cuenta de que andaba con unas zapatillitas abiertas que casi daba frío o lástima verla así. Por otra parte, apestaba a alcohol. No intercambiamos mucha conversación durante el trayecto hasta la parada. Ella recogía los pies descalzos sobre el asiento sin ningún respecto, mientras fijaba la vista en la pantalla de su móvil. Llamó mi atención el color de sus uñas de los pies. Las tenía pintadas de un tono violeta brillante inconfundible. Tan inconfundible que cuando aquella cosa apareció con un pedazo de pantorrilla, cuyas uñas estaban lacadas en ese color, supuse cuál había sido su suerte final.

—Oye, te voy a agregar a mis contactos—. Me pidió el nombre y se lo di. La primera vez que la vi fue en esa carretera, pero nuestros primeros intercambios fueron en la red.

Prosiguiendo con nuestro camino hasta la parada pensó en voz alta al revisar mi perfil:

—Mauri, ¡qué casa más bonita tienes! Vaya tienes novia y todo.

—No, no la tengo. Hace unas semanas cortamos.

—Ella se lo pierde—. Me sonrió buscando mi aquiescencia.

—Claro, se lo pierde.

—Voy a *bichear* su perfil. Quiero saber qué tipo de chicas te gustan. Oh, no, Mauri. Es feísima. Anda, ¡vaya craco marraco! No te pega para nada. Déjame que te lo diga. Upps... estoy hablando más de la cuenta. Todavía te gusta, ¿no?

—No. Me he quitado un grano del culo.

—¡Un grano bien gordo! ¡Que se joda! —Prorrumpió con una sonrisa estentórea que se me contagió.

—Bueno, aquí es, y mira, el autobús está esperando.

—Mauri, dime que me escribirás y me dejarás mensajes en mi perfil

—Hasta luego.

—Adiós, adiós. ¡Qué tengas un buen día!

Nada más regresar a casa, acepté su solicitud de amistad. Así que lo primero que supe de ella fue a través de su muro. Contaba casi con el máximo de amigos permitidos. La gran mayoría de ellos hombres que le dejaban obscenidades escritas de vez en cuando. «¡Mierda!» Estaba saliendo con un tío. Me dispuse a averiguar algo más de él. Tenía mala pinta, y le llamaban el Indio. «Vaya, el Indio». Había oído hablar de él. Era de un pueblo de la comarca. El Lavi, que trabaja de seguridad en varias discotecas, me contó en una ocasión que el Indio ese estaba desterrado de su pueblo. Era un hijo de un empresario de allí que vivía del dinero de sus padres, y que pasaba drogas. Se había metido en jaleo con frecuencia y tenía atemorizado a medio pueblo mediante amenazas. Una vez hasta estrelló su coche contra la pared de una discoteca, porque no le dejaron entrar. Hasta tal punto llegó el miedo que le profesaban, que el Ayuntamiento decretó el destierro permanente para el Indio. No lo conocía en persona. Cuando lo vi en su perfil, entendí por qué le llamaban así. Era alto y de piel cetrina. Con un aspecto varonil y pelo largo azabache como el de los indios del norte de América. Valiente bicho era.

Si todos aquellos hombres solitarios que orbitaban en su perfil se emocionaban demasiado, prontamente la chica colgaba una foto de ella besándose con su novio con mensajes del tipo «lo quiero. Es mi macho.» Y si alguno se ponía pesado, subía una foto de su corpulento novio que mostrara uno de sus tatuajes, y añadía «mi novio pega duro». A primera vista se veía que le gustaba la noche. En cambio, no se podía saber ni dónde trabajaba ni qué hacía cuando no estaba de fiesta. Como la vi en un mundo muy ajeno del mío, no le eché más cuenta. De vez en cuando le regalaba algún «Me Gusta» a sus fotos, nada más.

No coincidí con ella de nuevo hasta meses más tarde. En uno de los bares de marcha del pueblo. Mi amigo Richi conocía a una de sus amigas, y me reveló que se acostaban desde hacía un par de semanas.

—Mauri vente esta noche de fiesta. He quedado con mi *churri*, y va a traer a sus amigas.

Cuando llegaron las chicas, cuatro aparte de la que estaba colgada con Richi, estábamos tomando unos cubatas en la terraza.

—A esa la conozco yo. Esa es la novia del tío ese que desterraron de su pueblo, el Indio.

—Sí, existen varias mujeres que afirman ser la novia del Indio. Yo, de hecho, ya he conocido a tres o cuatro. ¡Venga ya! ¿Tú te crees que esos tíos se echan

novia formal? Eso es para los pringados. Vamos, por eso yo no me echo novia tampoco.

La chica me saludo muy efusivamente cuando me vio:

—Hombre, mi chico de la carretera y la casa bonita. ¿Cómo te va?

Intercambiamos una conversación fútil e insustancial, de esas que son iguales en todas partes del mundo y nadie recuerda al día siguiente; y tras esto, no hablamos más en toda la noche. Ella y otra amiga se pasaron todo el tiempo bailando en medio de la pista como posesas, mientras los pueblerinos les dedicaban piropos inocentes: aquel bar era fundamentalmente frecuentado por albañiles y gente del campo de rostro bermejo y de indumentaria clásica sin muchos alardes.

Llegó la noche y Richi se quería llevar a su ligue a casa; también había pensado en animar al resto a tomar la última en su apartamento. Fuimos Richi, su ligue, yo y dos de las chicas, una de ellas la rubita que recogí en mitad de la carretera en una noche de invierno, y confundí con «la mujer errante». En el piso de Richi nos pusimos cómodos, y preparé unos *gintonic*s.

—Olé. Prepara buenos combinados. Seguro que todo lo haces igual de bien—, me halagaba con estas palabras mientras daba sorbos a la bebida.

Al final nos apelmazamos en el sofá y acabamos besándonos. Ya Richi no estaba allí, desde el salón se escuchaban los chillidos, los bufidos, y el ajetreo de la cama. La otra chica dormitaba de pura ebriedad en un tresillo, y ella y yo nos fuimos a la cama. Cuando acabamos de hacerlo, me hizo prometer que no iba a revelar a nadie lo que allí había ocurrido, que era nuestro secreto.

—El Indio pega duro, no te olvides. No sabes lo que me hace pasar a veces.

—Y, ¿por qué no le dejas?

—Lo he intentado, pero después me viene con cualquier tontería y vuelvo con él.

Eso era cierto, que muchas veces colgaba en su perfil mensajes del tipo «hemos roto», «estoy sola», «triste por mi chico», que prontamente eran replicados por una multitud de sus seguidores que la conminaban a dejar a ese canalla, que una chica como ella no se merecía a un tipo así, que no pensara que todos los hombres éramos iguales; y comentarios similares.

## Capítulo 5. Cuando Pierdes El Control, Ya No Hay Vuelta Atrás, Vas Al Infierno.

En un principio todo parecía haber quedado ahí: en un desfogue. Y no es que me importara mucho, después de todo, nunca había entrado en mis cálculos haberme acostado con ella, así que ya tenía más de lo que en un principio podía esperar de la situación. Nos habíamos intercambiado los teléfonos, pero ni yo llamé, ni ella lo hizo tampoco. Días más tarde ya me había olvidado del asunto, tan solo quedó todo como una anécdota de amigos.

Por lo que pude ver en días sucesivos en su perfil, ella seguía viéndose con el Indio; lo que es más, todavía le llamaba por nombres cariñosos. Una noche, sin embargo, su postura de olvido de aquel desliz cambió. Estaba tomando unas cervezas con Mario y Lavi en un bar, cuando recibí un mensaje de ella. «No me he olvidado de lo de aquella noche.» Francamente, no le eché la menor cuenta. Es más, creí que aquel mensaje no iba conmigo. Había transcurrido poco más de dos meses desde la noche de autos, demasiado tiempo para que efectivamente se tratara de mi. Revisé mi móvil, leí el mensaje de texto, y me metí el dispositivo de nuevo en el bolsillo. Poco después sentí otra vez la vibración en mis pantalones. Era otro mensaje de ella. Esta vez con el siguiente comunicado: «Mauri, hay cosas que nos han quedado por hablar desde aquella noche, ¿no?» Entonces, cavilé un poco sobre el asunto que se me planteaba, mientras mis dos amigos seguían enfrascado en una discusión sobre qué desenlace tendría finalmente la Liga. Me aparté un poco de ellos y le respondí al mensaje: «¿quieres que hablemos en privado?» «Cara a cara, pero tengo un pequeño problema: creo que he bebido más de la cuenta. ¿Me puedo fiar de ti?» ¡La leche! La cosa se estaba poniendo caliente. Me puse algo nervioso ante las expectativas que la noche estaba originando. Seguí dándole vueltas al asunto, casi turbado rememorando la noche que tuve con ella tiempo atrás, pero ahora imaginándola aun más desinhibida por el alcohol. ¿Cómo debía salir de esa situación y entrar en la otra? Cuando Lavi me preguntó que qué pensaba sobre el asunto, me descolocó. Ni idea de lo que ya andaban hablando.

—Tíos, lo siento, he perdido el hilo.



—Pero, ¿qué te pasa hombre? Pareces *acarajotado*.

—Voy al baño —me excusé para proseguir con la conversación en el vestíbulo del baño, donde mis amigos no me vieran qué me traía entre manos.

Entonces escribí: «¿Dónde estás?» Pasaron unos instantes, luego respondió. «¿En media hora en el bar La Noche Loca?????» «¡Ostia! ¿Qué le digo a mis colegas?», pensé antes de responder. Ya se me ocurriría algo. «Vale. Tengo ganas de verte.» Cuando salí del vestíbulo, sentencí que me iba a casa.

—No me extraña, tío. Estás hoy de un aburrido...

—Bueno, Mauri, te llamo mañana.

Nos dimos las manos y salí con el coche directo para La Noche Loca. Fui tan rápido que creí que iba a ser el primero en llegar y tendría que esperarla. No fue así. Nada más aparcar el coche, me asomé al bar por si la veía, y la encontré sentada en un portal con el pelo revuelto y mirando al suelo. Ciertamente, daba la impresión de que estaba muy borracha.

Me besó en los labios cuando la saludé. Me tomó las manos y luego me contó que había vomitado, lo cual me causó algo de repulsión. Entre dos coches se entreveían las salpicaduras de un vómito.

—¿Quieres algo de agua? —me ofrecí a comprársela de una máquina dispensadora de una tienda junto al poyete donde la encontré. Ella asintió sin decir palabra, tan solo agitando su cabeza.

—¿Por qué no me llevas a tu casa? Serás bueno conmigo, ¿no?

—Claro.

Salimos para mi casa con las ventanas abiertas para que se fuera despejando. Casi no intercambiamos conversación alguna durante todo el trayecto. Yo solo había tomado una cerveza hacía más de dos horas, por lo que no temía dar positivo en los controles de alcoholemia. De todas formas, no dimos con ninguno.

Nada más entrar por la puerta de mi casa, la tomé por la mano y la subí a mi dormitorio. Me parecía tan frágil, tan diferente de lo que aparentaba en las redes sociales. Tal vez había encontrado a alguien diferente. Cuando me vio que la llevaba hasta el dormitorio, añadió en un tono suave, como si fuera tan frágil como un pétalo de rosas:

—¿No me dijiste que te comportarías bien conmigo?

—No te he mentado. Solo vamos a hablar. Pero tumbados estaremos más cómodos.

Ella se tumbó boca arriba y yo opuesta a ella apoyándome en los codos para verle la cara. Mientras la contemplaba ensimismado, ella de vez en cuando

volvía el rostro hacia mi y entrecruzábamos las miradas, entonces irrumpía en lamentos:

—No debería estar aquí. Mi novio nos va a matar si se entera.

—¿Por qué? No hemos hecho nada —mientras la calmaba con estas palabras le apartaba su alborotado flequillo rubio de la frente.

—No hagas eso, por favor. No me acaricies.

Entonces le aparté una de las tiras de su camisetas y unos de sus senos menudos asomó por el borde de la copa del sujetador. Nos besamos.

—¿Estás más cómoda así?

Seguimos en esa forma hablando, por medio de susurros, quitándonos poco a poco la ropa como si se tratara de un juego inocente, y sin entablar conversación sobre ningún tema, hasta que ella se quedó en ropa interior y yo con mis pantalones solamente. Entonces sonó la campana de la cancela y escuché la voz de Marfindo que me llamaba por mi nombre a voces. ¡Qué inoportuno! Le rogué que no se fuera, que volvía en un segundo. Cuando el loco de Marfindo con un racimo de latas de cervezas baratas me vio aparecer por la puerta sin camisa, dirigió su mirada hacia la luz tenue del dormitorio, y entendió la situación.

—No podía dormir y como vi que tenías la luz encendida, pensé que podíamos tomarnos unas cervezas juntos—. Era algo muy común que veníamos haciendo, y a mi nunca me importunaba—. Pero ya veo que tienes planes. Bueno, hombre, qué te vaya bien. Ya hablamos mañana.

Cuando subí, ella estaba tapada por el edredón. Creí que se había dormido. Entonces cuando me acerqué para destaparle, me pidió que apagara la luz y durmiera junto a ella, pero que le prometiera que no íbamos a practicar sexo. Quería saber si yo le importaba de verdad. Que sus amigas le habían disuadido de que volviera a hacerlo conmigo por miedo a que no la valorara. Estuve de acuerdo. Aparté el edredón en la penumbra, y descubrí su cuerpo. Estaba desnuda y yo me desnudé también. Al final ella se volvió a mi y replicó: «Me importa un carajo lo que piensen mis amigas.»

La noche trascurrió entre desvelos y sexo desenfrenado. Para cuando salió el sol y los pájaros empezaron a piar, ya nos habíamos dado cuenta de que eso de conciliar el sueño juntos iba a resultar una tarea imposible, por lo que se me ocurrió que lo mejor era proponerle un desayuno fuera.

—En el centro comercial hay un lugar donde sirven desayunos internacionales. ¿Te apetece? Te invito.

Por mucho que se acicalara, era obvio lo que había ocurrido entre nosotros la noche anterior. Antes de salir para la cafetería, quise enseñarle a mi perro Káiser.

«Ay, adoro a los perros.» Sin embargo, hubo algo que me dejó intrigado. Cuando Káiser me vio salir por la puerta de atrás salió a mi encuentro haciéndome mucha fiesta, brincando, hopeando, y lamiéndome la mano mientras ladraba de puro júbilo. Pero, fue verla a ella cruzar el vano de la puerta, y cambiar de talante. Lo primero que hizo fue apartarse de mí a toda prisa. Bajó el rabo, y ladró con todas sus fuerzas. Nunca antes lo había visto así de furioso. Le enseñaba los dientes. Al principio lo achaqué a celos. Había leído que los animales actúan en ocasiones así ante desconocidos cuando sienten que están perdiendo la atención de sus amos. Luego, cuando la chica se mudó conmigo, me di cuenta de que presentía algo. Tal vez era capaz de discernir mejor que yo el tipo de amenaza a la que me estaba exponiendo sin saberlo. Aquellos ladridos eran una advertencia en toda regla para que me apartara de aquella mujer.

Cuando llegamos al restaurante yo vestía algo más cómodo que la noche anterior, mientras ella seguía con la misma indumentaria pero más arrugada. Hablamos de muchas cosas: ella me contó que trabajaba de contable para una empresa de cosméticos; que vivía con una compañera de trabajo que estaba algo loca; que llevaba viviendo en España desde los doce años; que llegó de refugiada y le habían concedido la nacionalidad a su familia. Entonces le pregunté por algo que había notado en la noche anterior. Al pasarle la mano por el vientre a la altura del ovario derecho me percaté de que sobresalía un pequeño bulto.

—Ah, ¿te has dado cuenta? Es un quiste. Me salió hace mucho tiempo cuando tenía doce años. Afortunadamente, tengo el otro ovario aun sano—. Proseguía comiendo los huevos con panceta y alubias con afán. Según ella, el quiste le provocaba unos dolores en ocasiones muy agudos, y hasta mareos y desmayos. ¿Qué era aquello? Ella nunca lo explicó con certeza. Más sospechoso fue aun el hecho de que no lo tratara nunca con medicamentos o incluso llegara a operarse.

La primera vez que arguyó un cambio de humor debido al quiste, fue a la semana de haber reanudado nuestros encuentros. Todavía no me tomaba muy en serio nuestra relación, y yo creo que ella tampoco, porque la veía salir y entrar de fiesta en su perfil, y verse con el Indio, pese a que ya —aseveraba— no estaban juntos. Al final, casi siempre me llamaba o me enviaba un mensaje, y nos acostábamos. Excepto una vez en la que yo había hecho mis planes con Richi, y ya andábamos imaginándonos que íbamos a conocer a nuevas chicas. Como he comentado, no me la tomaba en serio, de igual manera que ella tampoco lo hacía. Tan solo nos acostábamos juntos sin derecho a pedir explicaciones mutuamente de dónde estábamos y dónde íbamos. Entonces me llamó, para que nos viéramos, y yo le respondí que había quedado con Richi.

Tenía mis propios planes.

—¿Cómo?! Eres un hijo de puta—. Me gritó con despecho.

Entonces, creí que era normal, que tarde o temprano, lo nuestro tendría que acabar cuando uno de los dos exigiera más de lo que el otro estuviera preparado para conceder. Supuse que ahí iban a acabar nuestros encuentros. Le colgué, y salí para encontrarme con Richi y sus amigas, sin mucha preocupación o remordimientos de conciencia, tenía una larga y fructífera noche por delante. La verdad es que lo estábamos pasando muy bien, y no es que las chicas fueran especialmente guapas, pero eran simpáticas y se mostraban receptivas. Una de ellas incluso me desabrochó medio en broma el botón de la camisa. Fui al baño y me dio por mirar el móvil. ¡Joder! Me había llamado más de diez veces y tenía cerca de veinte mensajes suyos. Los primeros con insultos y los últimos con disculpas. «Esta tía está como una cabra», pensé, y seguí con lo mío: tonteando con ese posible ligue. Al rato, alguien me tocó el hombro. Era una de sus amigas, una tal Ludmila. Sin apenas saludarme, me sugirió que hablara con ella, que la tenía al teléfono, que sentía mucho haberme insultado.

—Deberías escuchar sus explicaciones por lo menos. Cree que estás enfadado con ella por haberse liado de nuevo con el Indio. Ella dice que fue un desliz, pero que está arrepentida de lo sucedido, que la perdones.

No tenía ni idea de aquello, pero al saberlo pasé de la indiferencia a la rabia. Es algo extraño porque con la libertad de nuestros encuentros siempre sospeché que seguiría acostándose con él, o tal vez con otros, pero el hecho de saberlo de manera tan fehaciente y que ella lo reconociera con culpabilidad, me atravesó el ego. Irritado como estaba, le hice saber algo muy claramente a Ludmila.

—Dile a tu amiga que se vaya a tomar por culo.

Al rato me volvió a interrumpir tanteándome en el hombro con sus dedos como antes. Yo me sentía inexcusablemente dolido, he de confesar, y ya andaba algo ebrio por la noticia que compartió conmigo Ludmila.

—Dice que se lo digas tú a la cara, que viene de camino.

Pese a que Richi propuso que nos fuéramos a su casa con las chicas, no tuve el valor de hacerlo. Sacaba una excusa tonta para que siguiéramos allí un poco más. ¿Quería encontrarme con ella? ¿Deseaba una explicación? Parecía estar enmarañado en algo de lo que no pudiera escapar, con la incertidumbre del que se aleja demasiado de la orilla en una barca hinchable a media noche y pierde todo punto de referencia para regresar.

Tardó una hora en aparecer y yo la esperé. Cuando lo hizo, se puso a bailar delante mía, empujando a cuantas chicas estaban cerca como para espantarlas.

Luego, me preguntó si me quería follar «a esa tía». Señaló a la que me había desabrochado la camisa sin ningún respeto, como para intimidarla. Le respondí medio en broma que ya me había desabrochado la camisa, así que de eso a la cama solo existía un cuarto de hora. Puso cara de asombro y anunció que iba a partirle la cara a esa guarra si seguía atentando contra su chico. Entonces, nos besamos.

Richi me llamó para anunciarme que se iba con una de las chicas, y que no sabía que me había vuelto a liar con ella. Era cierto, hasta la fecha todos nuestros encuentros, dada lo peculiar de nuestra situación, se habían mantenido en secreto hasta para mis amigos más cercanos.

Nada más llegar a casa, empezamos a follar como locos. Caí rendido. Un rato más tarde sonó la música de su móvil. Estaba recibiendo una llamada. Ella salió desnuda de la cama y rebuscó el móvil que relucía desde el fondo del bolsillo de sus vaqueros. Aquella melodía habría de grabarse en mi mente para siempre evocándome celos y hiel. Era una melodía melancólica de una canción tradicional de su país, que para ella había sido el único consuelo en los días del pogromo, pero ya hablaré de lo que le sucedió más adelante. A mi, en cambio, aquel sonido llegaría a ponerme los vellos de punta y me provocaría punzadas y calambres en las tripas cada vez que irrumpía de manera inesperada. ¡Maldita melodía!

La chica fue al baño con su móvil. No quería que me enterara de su conversación, o tal vez no quisiera molestarme. Observé en el reloj despertador de la mesilla de noche que eran las dos de la mañana y seguí durmiendo. Al rato levanté la cabeza y pasé la mano hacía el lado de la cama donde esperaba encontrarla. No estaba. Me sobresalté. Eran las tres menos cuarto. Seguía hablando porque desde el dormitorio me llegaban sus murmullos y hasta algún sollozo, lo cual me intrigó para saber qué le ocurría. ¿Con quién estaría hablando? Me puse los pantalones y fui a buscarla porque pensé que era lo correcto, aunque lo que me embargaba de nuevo era la incertidumbre de no saber a qué me estaba ateniendo en tales circunstancias. ¿Me quería a mi? ¿Pensaba en otro? Allí seguía hablando al teléfono desnuda sobre la tapa del retrete. Me hizo una señal para que la dejara sola, percibí que hablaba con un hombre.

Cuando regresó me abrazó y me reveló entre sollozos y llantos lastimeros que ya había acabado todo con el Indio; que lo echaba de menos, que había sido el amor de su vida. La estampa me infundió unos celos muy profundos, y unos sentimientos encontrados entre mezcla de rabia y compasión al verla destrozada.

«¡Mierda! Acabo de perder el control de la situación por completo», concluí

en mi fuero interno.

## Capítulo 6. El Pogromo

Muchas veces me he preguntado cuál era la verdadera cara de esa chica misteriosa que conocí en el arcén de la carretera aquella, y es que no solo existen muchas lagunas en su vida, sino que además su discurso estaba repleto de incongruencias, lo que me da a entender que todo el tiempo estuve compartiendo mi vida con una total desconocida.

Fuera quien fuera en realidad esa mujer, lo que sé es lo que ella misma me transmitió en nuestros pocos momentos de sosiego, que también los hubieron.

Provenía de una de esas repúblicas que a nosotros nos parece que caen en mitad de ninguna parte: de allí, por Asia central. Ella describía su país como muy montañoso, con dramáticos acantilados y cantos abruptos y afilados como puñales desperdigados por sus laderas, que, sin lugar a duda, si alguien de despeñara por allí, se destrozaría las entrañas.

Los valles eran fértiles y muy verdes en primavera, por donde pastaba el ganado errante y meditabundo. Tanto daban de sí aquellos pastos, que era un primor beber la leche fresca que producían las vacas. Las madres, cuando los corderitos andaban cerca, las ordeñaban y ofrecían a los niños pequeños una leche anaranjada y espesa por igual muy cremosa como saciante. Es por ese alimento, que las gentes crecen recias en su complexión, y en osamenta. Los recuerdos de su más tierna infancia lo completaban un prado muy florido que entremezclaba las fragancias frescas de las flores con la peste de las boñigas del ganado.

Si bien las primaveras y el estío estaban llenos de luz, en cambio las estaciones frías eran lúgubres y amenazadoras. El cielo se tornaba de un gris plomizo. Tan escarpadas eran las cumbres que jalonaban el valle que uno apenas podía prever la llegada de las borrascas. Cuando sentía su rugido ya era demasiado tarde, estaban justo por encima de ti, y arrastraban con violencia cantos de las laderas y una amalgama de fango y despojos, que hasta algún niño desapareció sepultado por los inmisericordes aludes aquellos.

En cambio, a la mañana siguiente por los arroyos circulaba agua muy fresca para beber y hasta se podía uno bañar en los lagos que habían aumentado su

volumen. Si el tiempo acompañaba tras una de estar tormentas, los maestros de las escuelas aprovechaban para organizar un día de excursión con los más pequeños y mayores. Para los adolescentes era una ocasión para perderse e irse conociendo y descubriendo los amores más tiernos e inocentes. De no haber sido por estos momentos no habría conocido a su primer amor, quien gustaba de llevarle hasta el pueblo en su bicicleta y se esforzaba por subir las cuestas empinadas como si su peso no le afectara, lo que a ella le causaba risa.

Cuando las nieves cubrían las cumbres, un frío demoledor descendía por las faldas de la montaña, y todos se recogían y se alimentaban de lo curado. Entonces era el momento en el que los lobos hacían acto de presencia por la carestía de alimentos que sufrían. Aquí tenemos la idea de que los lobos son animales tímidos que se parecen a los perros, y ciertamente, con el paso del tiempo estos animales no se atreven a acercarse a los límites de nuestra civilización por respeto. Sin embargo, no lo es allí. Era común la irrupción de algún vecino alarmado que anunciaba que los lobos habían vuelto a atacar al caer la noche. En todo el tiempo que allí vivió nunca vio a ninguno de cerca, pero sí el efecto devastador de sus desmanes: corderos diseminados con el cuello desgarrado, con su lana ensangrentada, ya marrón por la mañana. Tripas esparcidas por la nieve, y tantos animales a medio devorar que, la matanza indiscriminada y el festín de cálidas vísceras, parecían parte de un mismo ritual sanguinario.

En ocasiones su padre le llevaba en su furgoneta a la capital para comprar provisiones y aperos del campo. No le gustaba mucho. La ciudad estaba compuesta por gente que no se asemejaba en rasgos a los moradores del valle. Eran ciudadanos anónimos y taciturnos, ataviados por toscos tabardos y gorros que solo dejaban ver parte del rostro que casi terminaba por cubrir el vaho que exhalaban. Caminaban entrecruzándose pero si intercambiar saludo alguno, absortos, como si llevaran un discurso interno destinado a descifrar la inconmensurable nada de sus apáticas vidas.

Los edificios eran cuadrados y de hormigón. Poseían una simetría aterradora, que solo la embriagaba la multitud de ventanucos negros abiertos en sus muros. Cuando su padre entraba en alguna tienda era despachado con displicencia. Impacientaba al tendero el hecho de que no hablara con perfección el idioma, que ella, en cambio, sí había aprendido en la escuela. De todas formas, ganaban para vivir con más alegría que en la desapacible capital.

Todo eso cambió con la guerra civil. Ya se habían enterado en el valle de los sucesos, pero todas esas atrocidades de tanques y venganzas eran tan lejanas, que



no turbaban demasiado a los habitantes. Sin embargo, cuando llegaron gentes en camiones a defender el valle, se temieron lo peor. La guerra civil había salpicado a la aldea. Ciertamente, como ella me contó. En su país durante la guerra civil se habían llevado a cabo limpiezas étnicas de minorías. Esto es lo que en su lengua se denomina pogromo. Al llegar los desalmados se produjo, por tanto, una gran matanza. Muchos hombres murieron, mientras las mujeres fueron violadas y pasadas a cuchillo. No era una guerra ideológica, era un exterminio. Su ganado fue requisado y el hogar quemado. Pudieron huir de allí con unos pocos vecinos, pero fueron interceptados en un control de carretera. Allí unos soldados la raptaron separándola de sus padres. Cada vez que rememoraba el hecho de que cuando los soldados la sacaron del vehículo, su padre no solo no hiciera nada para evitarlo, sino que además parecía colaborar, se llenaban sus ojos de ira. Hasta ese momento, no conocía, debido a su niñez, lo que iba a cambiar su vida.

Ella me contó que estuvo por una semana viviendo en una choza abandonada siendo la diversión de aquellos tres soldados, quienes por igual le propinaban una paliza, la encerraban, o la sometían a vejaciones entre ataduras de cuero, como le hacían regalos o le ofrecían la mejor comida de la que disponían y, con suerte, si se mostraba complaciente con ellos, le permitían oír las melodías de la radio. Albergaba tanta pesadumbre en su pecho que decidió quitarse la vida. Con el afilado canto de una piedra se abrasó la piel de la muñeca hasta que brotó la sangre a borbotones. Me confesó que era un dolor muy placentero y liberador. Se sentó en el retrete y dejó que se desencadenara el suceso suavemente.

Uno de los secuestradores sospechó lo que ocurría y evitó su muerte. Por varios días los que la mantenían cautiva la agasajaron mucho y hasta simulaban entre chanzas que la quisieran de verdad como compañera. Uno llegó regalarle un disco con aquella melodía melancólica de amores desafortunados que grabaría en su móvil años después. Incluso llegó a creer que no estaba tan mal allí con esos hombres, que tenían, después de todo, su corazoncito. No obstante, cuando se recuperó un poco su ánimo, volvieron a las andadas.

No aguantó más, y como ya estaban muy confiados de que no escaparía, salió de allí a la noche sin ser vista. Estuvo oculta y sola en una de las innumerables cuevas que proliferan en la zona por varios días, comiendo bayas y otros dones silvestres del campo. Al final fue rescatada por un grupo de insurrectos que la pudieron reunir con su familia, y lograron salir del país como refugiados. Ella siempre guardó tremendo rencor a su padre hasta el día de su muerte por no haber sido capaz de enfrentarse a los soldados, y abandonarla allí con ellos para salvar su vida como un cobarde. Por eso siempre afirmaba que los hombres o

eran violadores o eran sus cómplices.

Todas estas desventuras me las iba contando por capítulos entre momento y momento después de nuestros primeros encuentros amorosos. Era consciente de su obstinada aflicción que se manifestaba en sus ojos verdes unas veces con lágrimas, otras con rabia furibunda. Yo entonces la abrazaba para sosegarla, y le besaba la sien, y olía el aire femenino que rezumaba de su pelo. Le pasaba la mano por la cabeza apartando los mechones de cabellos rubios que le cubrían la cara. «Ya está, mi niña, ya pasó todo.»

Creo que me volví una persona muy compasiva al dolor ajeno desde ese momento. A tanto llegó mi obsesión por salvarla de sus demonios que me olvidé de los que a mi me escrutaban. No era capaz de discernir entre mi pesar o el de ella, como si fuera el mismo: ambos destinos entrecruzados y entrelazados como los afluentes de un río que nos iba a arrastrar por el mismo derrotero hasta la muerte.

Cuando intercalaba el sosiego con el desenfreno de romper vasos o gritar inducida, como ella aseguraba, por el dolor que le provocaba el quiste, no era capaz de enfrentarme al hecho de que nunca iba a salir bien aquello. En cambio, la justificaba con un «pobrecita, ha sufrido tanto en su vida.» Me avergonzaba al principio si ocurría delante de mis amigos, y creo que ella lo presentía, y a propósito me amenazaba con un brote en medio de la gente respirando entrecortadamente y asiendo algo con fuerza. Con miedo al escándalo yo la aplacaba condeándole lo que pedía.

Pocas veces irrumpió en medio de la gente, eso sí. Yo creo que más veces me sucedió a mí cuando mencionaba frases con las que me sentía atacado. Por ejemplo, ridiculizaba delante de la gente costumbres privadas mías o secretillos, que solo mis íntimos sabían; y aunque dichas costumbres no las atribuía a mi directamente, provocaban mi reacción más descontrolada, porque yo sí sabía por qué lo mencionaba: «Vamos, Mauri, solo estamos de broma. Ni que tú fueras así. Cómo te pones por nada.» Toda aquella burla soterrada hacia mi le causaba la risa.

Otras veces, si se quedaba conmigo los fines de semana en casa, podía permanecer horas sin hablar en frente de la televisión en un silencio muy incómodo. Si yo le preguntaba que qué le pasaba, tan solo respondía que cosas tuyas del trabajo, que no era asunto mío. También agregaba que los españoles éramos cotorras todo el día hablando, y que le dolía la cabeza de escucharme. Por último, añadía de nuevo que le dolían los quistes del vientre, y que cómo podía acorrarla así con lo que le dolía, que a ella le cambiaba el humor por este

motivo.

—Podemos ir al médico y que te los quiten.

—Ya hago lo que creo conveniente—. Entonces me mostraba un frasquito de unas pastillas homeopáticas, que le había recomendado una amiga y que prometían mejorar y estabilizar un poco su voluble carácter. Más adelante le prescribirían unos calmantes muy potentes para que pudiera descansar por las noches. Aquellos calmantes del demonio. ¡Qué caros salieron!

Todo ella era una simple presencia de soledad silenciosa.

No me daba cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. La gente fue llamándome menos. La primera vez que mis amigos quedaron con sus respectivas parejas, y no contaron conmigo, me sentí desplazado. Habían organizado un comilona en el campo. Richi había preparado un succulento arroz con liebre, y Mario trajo su guitarra y pasaron una velada muy amena sin avisarme. Yo solo supe de ellos por las redes sociales, y por los comentarios que intercambiaban. Cuando transmití a mi pareja lo de la comida, y cómo me sentía al respecto, está montó en cólera:

—Te avisé. Te avisé con tiempo. Tus amigos solo te quieren por su interés. Todos están en contra tuya. Te acuerdas de la ex de Lavi, ya me precavió. No te preocupes, ya haremos cosas juntos y se arrepentirán.

Desde ese día fui algo más frío con mis amigos aunque seguíamos viéndonos. Llegaba a parecerme todo una confabulación en contra mía, y creo que no entendían mi actitud distante para con ellos. No obstante, no fue hasta los días del embarazo, y que me echaran del trabajo, cuando me encerré en mí mismo, como protegiéndome tras las paredes de mi casa, medio enloquecido; por lo que estos no volvieron a llamarme más, y esa fue mi perdición. ¡Ojalá no hubiésemos llegado hasta tal punto! Nunca supieron cuánto los eché en falta ni qué importante eran todos y cada uno de ellos, pese a sus defectos, en el equilibrio de mi vida. Nunca he vuelto a tener amigos como aquellos que conocía desde mi infancia.

Esos días tormentosos, pese a sus crueles revelaciones, y los escarpados altibajos de nuestra relación, fueron, aunque parezca extraño, los más felices. Solía hacer bromas sobre lo casual de nuestra relación, que la conocí gracias a una leyenda que circulaba por las inmediaciones de las urbanizaciones. Le confesé que me detuve a recogerla porque la confundí con «la mujer errante».

Entonces repuso que esa leyenda era una birria. Que en su pueblo las gentes temían por encontrarse en su camino con la madre del Kruptukrú, nombre derivado de su onomatopeya, pues es eso lo que todos escuchan en las noches de luna llena, pero nadie ve, y por eso no saben qué aspecto guarda. Al parecer

dicho animal ataca a las niñas en su pubertad que andan solas en el campo, y les inyecta en su interior una larva, que crece alimentándose de sus entrañas. Cuando esta se hace grande, las expulsan del interior, y las niñas creen que las larvas son sus hijos, y dejan sus hogares para cuidarlas, y proporcionarles comida. Algunas niñas regresan a sus hogares enloquecidas, convertidas en las madres del Kruptukrú, y lo más aterrador de todo es que proveen al animal de carroña, llegando algunas a matar a sus semejantes para alimentarlo. Con esto trataba de bajarme el ego al insinuarme como su protector, que si ella se las había apañado sola en su país de pequeña, que no la había salvado yo de ningún loco que andara suelto por el campo.

## Capítulo 7. La Última Oportunidad Para Salvarme

He comentado cómo ella estaba velada por continuo vaivén de misterio e inconsistencia que me mantuvo desconcertado hasta el final, y que el periodo que va desde que iniciamos nuestras primeras relaciones hasta que se quedó embarazada, lo recuerdo como la primavera de nuestro amor. Todo eran caricias, besuqueos e intercambio de fluidos corporales. Durante este tiempo fue cuando más historias de su pasado me narraba. A ella le encantaba tumbarse boca arriba en la cama desnuda, y mientras hacía esto, yo le pasaba la palma de mi mano acariciando su piel sedosa que estaba recubierta con una pelusilla blanca como la de los melocotones de temporada, que producía una sensación muy agradable al tacto. Le encantaba que la contemplara así, sin ropa, y que la tocara con tanta dulzura. Sin embargo, cuando la palpaba a la altura de la cadera, volvía a sentir su carne más rígida de lo normal por efecto del infame quiste, que a cada día que pasaba lo notaba más duro. Era como si estuviera creciendo en su interior. Cuando yo le advertía mis sospechas de que estuviera aumentando de tamaño, ella reponía al momento que no me obsesionara; que todo aquello eran fantasías mías; que no había cambiado nada desde que apareció. A veces parecía como una pequeña bola que se movía como si tuviera vida propia: «No digas tonterías, y ¡deja de tocarme ya el bulto!»

—¿Por qué no vas al médico de una vez y acabas con esta tortura? Está afectando a nuestra relación, ¿no te das cuenta?

—No confío mucho en los médicos aquí.

—Pero, ¿qué tontería es esa!

—Bueno, más adelante.

Poco antes de que se mudara a casa tuvimos una discusión terrible. Creí que iba a ser el final de nuestra relación. Yo había quedado con mis amigos a tomar unas cervezas, mientras ella había acudido a ver a su expareja, porque debían discutir unos asuntos que habían quedado sin resolver. Creo que se tenían que devolver algo. Ahora que lo pienso me parece ridículo, ya que a mi nunca se me había pasado por la cabeza discutir nada con ninguna de mis exparejas. Si se acaba algo, pues se acaba y punto. Puede que por aquellos días andara muy

nublado por la suavidad de su piel de melocotón, y con el ego subido al salir con una mujer exótica de la que presumía frente a mis amigos.

Habíamos quedado a las diez en un bar para irnos a casa juntos a pasar el fin de semana, como solíamos hacer antes de que se mudara. A las diez menos cuarto le envié un mensaje de texto para indicarle que iba para allá. No recibí respuesta alguna. Tampoco estaba allí. Empecé a preocuparme un poco, porque sabía del mal carácter del Indio, por lo que ella misma me había contado. En alguna ocasión la había tratado con violencia, y era conocido por sus devaneos con el negocio de las drogas. ¿Podiera ser que eso de lo que tenían que hablar no fuera otra excusa que cobrarse la venganza por haber pasado página? Este pensamiento me inquietó. Bueno, tal vez era exagerado, me figuré que podría esperar algo. La llamé pero no atendió a mi llamada. Tampoco a mi mensaje de «¿estás bien?». A la media hora pensé que lo mejor era ir a buscarla, y descubrir por qué se retrasaba.

Tomé el todoterreno y la busqué por los antros donde conocía que su antiguo novio paraba. No estaba allí. A cada rato miraba el móvil pensando que llegaría ese mensaje de ayuda en el que tendría que vérmelas cara a cara con el Indio, como ocurriría el día en el que supo que estábamos juntos; o tal vez algún otro que aunara, a modo de oxímoron, la paradoja de los hechos con un final feliz y tranquilizador.

En todo este tiempo solo recibí la llamada de Lavi. No la acepté. Tan preocupado iba que no me sentía con fuerzas de tratar con él temas livianos. Cuando ya desistí en la búsqueda. Me fui solo a casa. A lo mejor ella ya estaba allí esperándome y recriminándome por no haber tenido fe, y con una excusa del tipo: «No te pude llamar. Me quedé sin batería». En cualquier caso, tampoco estaba en casa. Me quedé escuchando música sentado en el sofá del salón bastante preocupado de lo que pudiera haberle pasado, pero no había nada que hacer. La situación estaba fuera de mis manos. Entonces, me di cuenta de que tenía un mensaje de voz de Lavi con un barullo de gente y música al fondo. Lo escuché: «Tío, ¿dónde andas? He visto a tu chica aquí con sus amigas, y como me dijiste que habías quedado con ella, supongo que estás por aquí cerca... tómate una cerveza con nosotros.»

No sabría explicar si me sentía más ridículo que un idiota o más engañado que un idiota. Me llené de rabia por haber hecho el tonto de manera tan estrepitosa, y sobre todo, por haber presupuesto inocencia y vulnerabilidad a mi pareja. ¿Era de verdad tan ingenua y víctima como me hacía creer?

Me fui a la nevera y saqué de allí un racimo de cervezas y me las bebí del

tirón y me quedé tan pancho. A eso de la una de la mañana ya iba tan borracho que dejó de importarme lo que había ocurrido aquella noche. Que tal vez ahí acabó la cosa. Fue una aventurilla con una desconocida con la que había disfrutado de buen sexo, pero que había llegado el momento de seguir con mi vida. Estos razonamientos me aliviaron del peso que me embargaba desde que formalizamos nuestra relación; ya había decidido a pasar página.

De pronto, sonó el teléfono. Era ella. «Esta se cree que le voy a responder». Al rato me envió un mensaje: «Hey, ¿qué hay de lo de esta noche? ¿Por qué no vienes a por mi? Te echo de menos, mi amor.» Hasta me hizo gracia lo de «mi amor» en medio de mi embriaguez. Al rato apareció un teléfono desconocido en la pantalla de mi móvil. Intrigado por saber quién sería, respondí a la llamada: «Cariño, soy yo. ¿por qué no me respondes?». Le colgué. No pareció darse por vencida. A los cinco minutos tenía un total de dieciocho llamadas perdidas de tres números distintos. A la que hizo diecinueve, respondí, y le dejé claro que nuestra cita era a las diez no a las una, y que ya se me habían quitado las ganas de volverla a ver jamás. «Pero, ¿por qué me dices eso? Me hacen daño tus palabras», sollozaba entrecortadamente. Entonces, escuché una voz al fondo de otra chica que se puso al teléfono: «Mauri, soy Svetlana, tú no me conoces, pero yo a ti sí. Ella se ha llevado días hablándome de ti. Creo que estás sacando las cosas de lugar. No es para tanto. Ella te quiere.» Le colgué y apagué mi móvil. Sin embargo, permanecí algo inquieto por la marabunta de ideas que me rondaban por la cabeza. Una hora más tarde, no sé cómo, ella estaba allí, en frente de mi casa llamándome por mi nombre. «¿Quién la ha traído hasta aquí?», me preguntaba.

—¿Me vas a dejar aquí afuera? Hace frío.

La dejé pasar, y cuando se percató por el olor que despedía de que estaba borracho, se ofreció para prepararme unos huevos fritos con pan para que no tuviera resaca, y me invitó a que los comiera. Me sentaron bien.

—Haz lo que te de la gana. Yo me voy a dormir.

Subí al dormitorio y ella me acompañó. Después de todo tan solo había sido una travesura. Tal vez Svetlana tuviera razón y estaba sacando las cosas de sitio. Haciendo mucho ruido por nada. Solo se había entretenido un poco con sus amigas. En cualquier caso, no podía evitar sentirme dolido en mi interior y carcomido por la rabia de ser un segundo plato.

Ella se desnudó y me invitó a acceder a su interior. Yo estaba lleno de ira y el acto aquel suponía descargar la rabia acumulada por aquella noche. Ella permanecía inmóvil. De repente, me fijé que lloraba.

—Estás comportándote como los hombres que me violaron en el pogromo.

Me volví a un lado. —Pero, ¿qué te pasa ahora?

Me puse a dormir con la convicción de que a la mañana siguiente la llevaría a su casa y me olvidaría para siempre del asunto de esa chica que alteraba mi percepción de la realidad.

Al despertar, yo seguía frío, sin mucho interés ni convicción por su compañía; en cambio, ella continuaba llamándome «cariño» como si nada. Le advertí que quería pasar el día solo, y que la iba a llevar a su casa. Ella se mostró sumisa. Todo el camino iba contándome medio en broma que un tío le había estado tirando los tejos toda la noche, e incluso se había atrevido a robarle un beso, pero que le dio un bofetón causando la risa de todo el mundo en el bar. Mientras me lo contaba, se reía y cachondeaba de aquel pobre capullo. Yo no estaba seguro si irritarme más porque en cierto modo la anécdota llevaba implícitamente la idea de que a mis espaldas alentaba a otros tíos a tontear con ella; o tan solo dejarlo pasar, porque iba a ser la última vez que la viera. ¡Qué más daba! Aquella chica ya era historia como Olga o Verónica.

—Al final voy y le digo: «¿por qué no me llevas a mi casa?». El tío se puso cachondo, y soltó la copa que bebía por la mitad, porque pensaba que iba a follarme esa noche. Total, que me trae y me pregunta si puede entrar conmigo a casa a tomar la última, que vaya casa en la que vivo para mi sola. Y yo voy y le digo: «Vale. Aquí vivo con mi marido. Te lo voy a presentar. Es traficante de armas», y el tío se pone rojo, carraspea, y me dice: «Bueno, mejor otro día. Hoy es tarde».

Cuando llegamos a su casa, añadió un «te llamo luego» que yo resolví con un «no hace falta, se acabó». Entonces cambió el semblante y se puso serio, como si fuera yo el que perdía con aquella decisión.

—Vale. Si es eso lo que quieres. Espera aquí, que voy a devolverte los cómics de Betty Boop que me prestaste.

No sé porque me quedé esperando. Perder un par de ejemplares habría sido un mal menor con respecto a lo que sucedería más tarde. Después de todo era la primera vez que dejaba alguno y no regresaba a mis anaqueles. Pero, no fue así. Allí me quedé. Esa fue la oportunidad más clara que tuve durante toda mi relación de librarme de todos aquellos sucesos terroríficos, que vendrían seguidos uno tras otro, como los eslabones de una cadena de hierro ennegrecido, y que me ha convertido en la persona agria y desencantada que soy hoy en día.

Bajó con la cara plagada de lágrimas, y con los ejemplares en la mano. En uno de ellos había un cerco marrón canela, como si lo hubiera usado de posavasos



para el café. Cuando bajé la ventanilla para tomarlo, pronunció entre pucheros:

—¿De verdad? ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué acabemos nuestra bonita relación? Tú me habías hecho volver a tener fe en los hombres después de mi pasado con el Indio. Me habías salvado.

Y sí. La invité a subir, y ese fin de semana estuvimos practicando el sexo en mi casa sin parar. Tan extenuado y consumido estaba de tanto eyacular, que hasta sentí lástima por el capullo que la trató besar la noche en la que nos peleamos.

## Capítulo 8. El Indio

Comenté al principio de mi relato que nunca he sido uno de esos valentones, sino más bien algo tímido y retraído. La única ocasión en la que me llené de valor para defender lo mío fue cuando el Indio se interpuso en mi camino al enterarse de todo. Cuando iniciamos nuestra relación sentí que estaba inmerso en un triángulo amoroso desconcertante, en el cual no sabía muy bien qué personaje caracterizaba. Había sido un desliz, luego un amante, luego una pareja clandestina, y acabé como cornudo intercambiando personaje con el que lo había sido antes que yo. ¿No es surrealista?

La primera noche que se quedó en mi casa, ella me pidió que mantuviéramos en secreto nuestra relación. Habían cortado recientemente, y me dejó muy claro que pese a que lo hubiéramos pasado bien aquella noche, no existía nada entre nosotros. Creo que fue la vez que más clara fue conmigo, y entendí a la perfección el mensaje, así que no dejé que pensar en ella me ocupara mucho tiempo. Seguiría con mis carreras por el campo con Káiser, con mis cervezas y conversaciones con mis amigos, mi trabajo, mis colecciones de cómics, y mis manualidades caseras los fines de semana.

Todavía existía la posibilidad de que de vez en cuando me acostara con ella, o con cualquier otra, no habíamos adquirido ningún compromiso, y claramente, en ese momento lo que ella hiciera en sus ratos libres no quitaba el sueño. Casi prefería no saberlo. En este periodo no entré a ver su muro, y no le presté la más mínima atención a sus actualizaciones de perfil. Poco a poco, fui teniendo menos noticias suyas en las redes sociales.

Una noche recibí un mensaje suyo para que nos viésemos en La Noche Loca. Ese sería un punto de inflexión en nuestra relación, por el que pasé de amante a cornudo. No quise aparecer por allí solo. Me pasé por el bar con Lavi, que había quedado con más amigos suyos. Pese a que Lavi trabajaba de seguridad privada, ese fin de semana lo tenía libre, y habíamos decidido irnos de copas. Ya habíamos consumido varias, cuando ella hizo acto de presencia con otras amigas suyas. Parecía intranquila. Quería contarme algo. Me llamó aparte y me reveló que el Indio sabía lo nuestro. Me puso un poco nervioso la noticia porque sabía

por Lavi cómo se las gastaba aquel individuo.

—¿Cómo se ha enterado?

—Se lo dije yo.

Me sorprendió bastante aquello, porque creía que ella era la primera interesada en ocultarlo. Al parecer habían estado hablando por la noche. Aunque ya, oficialmente, no eran pareja, seguían viéndose como amigos, así que no le pareció mal de una vez decirle que había iniciado una relación conmigo. El Indio reaccionó de manera agresiva y la insultó.

—Me pidió que fuera a verle a su casa, pero yo le dije que había quedado contigo aquí. Creo que viene para acá, y está muy cabreado. Por favor, no te acerques demasiado a él, por si acaso.

La situación no podía volverse más incómoda. Si se presentaba ese delincuente, ¿cómo debía reaccionar? ¿Qué se podía esperar de él? Pese a que estaba asustada y alterada, no me propuso que nos fuéramos de allí, y yo, algo avergonzado ante lo que pudiera pensar de mí si le planteaba una retirada deshonrosa, no tuve el valor de sugerírselo. Me quedaría allí soportando las consecuencias. Por más que digan que «el amor hace inteligente al hombre rudo y al miedoso, audaz», en mi caso creo que fue al revés. Si no me fui es por no delatar mi miedo, después de todo no estaba tampoco solo. Lavi era un amigo bastante imponente, tal vez estar cerca de él pudiera ser una medida disuasoria para el Indio, en caso de que sus intenciones fueran reventar en un ataque de violencia desmesurada contra mi.

A eso de las una de la mañana, se dejó caer por el bar. Ludmila se lo hizo saber cuando ella estaba junto a mi hablando. Yo tragué saliva, y se me descompuso la cara por unos instantes. Parpadeaba deprisa, seguro que lo estaban notando. Ella, se excusó y me dijo que iba a saludarlo. Yo me quedé allí, inmóvil, esperando una cadena de sucesos desconcertantes. La cara me ardía.

Vi que se saludaron como amigos y que intercambiaban varias palabras en tono alegre y desenfadado. Entonces, ella lo tomó de la mano y lo trajo hacia donde yo estaba. Al ver el clima de cordialidad entre ambos, algo diametralmente opuesto a lo que ella me había hecho pensar en un principio, supuse que la sangre no iba a llegar al río, así que me relajé algo, aunque mis miembros seguían algo rígidos y mi rostro algo hierático.

No había alternado nunca con el Indio, por lo que no me hacía la idea de cómo era en realidad, pero conforme se fue acercando hacia mi, quedó de manifiesto la diferencia física entre ambos: me superaba más da una cuarta en altura, y era bastante más corpulento que yo. Aprecié que tras la oreja se dejaba ver un

tatuaje de un idiograma chino.

—Así que tú eres el que ha robado el corazón de esta chica—, pronunció en tono jovial.

Yo sonreí torpemente, dando la señal de que mi respiración era entrecortada por los nervios y la tensión contenida en aquella estampa del triángulo amoroso. Entonces, busqué algo de benevolencia de su parte y lo saludé más efusivamente de la cuenta, forzando mis gestos y mi sonrisa.

Prosiguió:

—Nosotros ahora tan solo somos muy buenos amigos, ¿verdad? —añadió en un tono sarcástico, mientras la chica se cogía a su brazo y le apretaba con sus dedos el biceps.

Me sentí aliviado al deducir que a partir de esa noche nuestra relación se había hecho oficial y que el tema con el Indio había quedado de una vez zanjado, aunque no fue así.

El Indio fue un tema recurrente en nuestros encuentros. De alguna manera u otra parecía que él estaba presente. La chica me reveló ciertos secretos oscuros de sus relaciones sexuales con él. Estas sobrepasaban lo obsceno, y casi rayaban lo ilegal. Yo no es que me quejara del sexo que practicara con ella, pero visto lo visto, nuestros encuentros no pasaban de lo común que una pareja practica mientras que él incluso llegó a obligarla a acostarse con clientes suyos con los que trataba por temas de drogas para sacar algún beneficio. Cuando describía aquellas prácticas aberrantes con detalles lo hacía con una mezcla de espanto y lujuria que me desconcertaba. ¿Lo odiaba o le gustaba todo aquello? No importaba cómo me esforzara en hacerle el amor, siempre había algo que faltaba y que la dejaba insatisfecha. Se mostraba menos abierta que antes, y a mi me daba a entender todo aquello, como que yo era un segundón, un plan B a falta de su protomacho de falo ingente. El sexo entre nosotros pasó de ser algo placentero que ambos de mutuo acuerdo practicábamos, a una dosis que ella me distribuía a su antojo para mantenerme contento o atento a sus necesidades. No obstante, a mi me eran vetadas hasta las prácticas más factibles que sí le había dispensado al Indio.

Un día, tras acostarnos juntos, empezó a llorar. Me resultó incomprendible. Traté de consolarla y le pregunté qué le pasaba. Tal vez la había herido sin darme cuenta. Entonces manifestó una verdad que ya barruntaba yo desde hacía días:

—Todavía no me hago a la idea de que lo mío con el Indio ha acabado del todo. No lo entiendes, él ha significado mucho para mi.

Me resigné. Aquella mañana cuando regresó a su apartamento, lo vi claro:

tenía que pasar página, no podía apostar por una relación con una mujer que seguía enamorada de su anterior pareja, o al menos no podía tomármela en serio.

Por los siguientes días no la llamé. Ella tampoco. Entonces ocurrió aquel episodio en el que su amiga Ludmila me hizo saber que, efectivamente, de amante había pasado a cornudo consentido.

No acabaron estas tensiones amorosas entre los tres, hasta el día en el que Lavi me anunció que el Indio había sido detenido por la policía, y puesto a disposición judicial, por habersele incautado una cantidad ingente de cocaína en su coche. Respiré tranquilo. Ya gozaba de vía libre.

Sin embargo, no por eso hallaría la paz. Aunque aquel suceso indicaba que iba a afianzar la relación, en realidad tan solo apretó un poco más la soga que me rodeaba al cuello sin que me diese cuenta. Un mes más tarde, se mudó a vivir conmigo. Esa fue mi perdición. Entonces empezaron todas mis alucinaciones, y me volví completamente loco, hasta el punto de verme arrojado de mi propia casa, para salvarme de una muerte segura.

## Capítulo 9. Las barbas del vecino.

Era evidente que solo conocía a aquella chica desde un punto de vista muy superficial, de lo contrario no me habría impresionado tanto contemplar el aspecto del apartamento que compartía con una compañera de trabajo. En varias ocasiones pasé la noche con ella allí. La primera vez llegamos de madrugada. Todo estaba oscuro y fuimos deslizándonos entre besos y risas por todo el piso hasta su dormitorio sin encender las luces. Junto al suyo permanecía cerrado el de su compañera. Me llamó la atención que pese que llegamos a altas horas de la noche, ella seguía despierta. Se escuchaba la televisión susurrante, y resplandecían los rayos catódicos por entre la rejilla entre el suelo y la puerta. El ambiente estaba cargado, era como si las ventanas hubieran permanecido cerradas durante todo el día y la casa no se hubiese ventilado. Olía a una mezcla algo desagradable de cáscara de plátano, y raspadura de pescado frito rebozado. Su dormitorio estaba completamente desordenado. Sobre la cama descansaban innumerables prendas de vestir arrugadas. Ella las apartó de la cama barriéndolas con la mano, y allí pasamos aquella noche de verano follando.

A la mañana siguiente, ella aun estaba dormida cuando percibí que su compañera se había despertado. La puerta de su dormitorio se abrió. Escuché el chasquido de encender un cigarrillo y cómo se dirigía al baño. Desde mi cama podía oír sus gases y deyecciones y aspavientos de puro alivio. No parecía importarle mucho. Era la primera vez que conocía a una mujer tan despreocupada de su imagen. Creo que después se fue al salón. Yo empezaba a tener hambre así que desperté a mi pareja para que nos fuéramos a desayunar algo por ahí. Me incomodaba desayunar en su casa con su compañera de piso después del episodio del baño aquella misma mañana. El olor a tabaco, que no había percibido la noche anterior, ahora se filtraba en nuestro dormitorio.

—Vamos, despiértate—. La empujaba suavemente por el hombro.

Fue incorporándose poco a poco y estuvimos un ratito hablando en la cama hasta que nos vestimos y salimos del dormitorio. Entonces la vi allí sentada en el sofá del salón viendo la tele. Vestía un camisón traslúcido que dejaba entrever su ropa interior. Ya llevaba varios cigarrillos fumados a juzgar por las colillas

dobladas en el cenicero. Sobre la mesa descansaba una taza alta de café de estilo americano con el lema «I love Benidorm», y contenía una sustancia líquida oscura que supuse era café. La chica estaba desaliñada y daba mordiscos a un bocata con pan de molde, queso en lochas de esas recubiertas de plástico, y mayonesa de tarro. Me pareció repugnante. Intercambiamos algunos saludos. Mi pareja le preguntó:

—¿Vas a estar en casa? Nosotros vamos a salir a desayunar.

—Muy bien —respondió sin apenas desviar la vista de la pantalla del televisor.

No sé. Aquella chica me sondeó de arriba a abajo por unos momentos, y su mirada me irradió de unas ondas muy extrañas, como si se compadeciera de mí. Llevaba unas gafas muy grandes y anticuadas con marcas de dedos en los cristales, que disimulaban algo sus ojeras. Algo me decía en mi interior que aquella compañera no siempre fue tan desaliñada. Estoy seguro que de haberse preocupado algo por su aspecto, no infundiría tanta repulsión. Sobre uno de los muebles del salón reposaba un retrato suyo. Sería de como mucho un par de años antes. La mujer que aparecía retratada no guardaba la menor relación con la que era ahora. Me costó bastante reconocerla. Tal vez logré identificarla porque aun se percibía algo de brillo tenue en sus ojos. Eran obvios los contrastes. Su figura estaba bien proporcionada; y su cara, aseada, sin maquillar, y risueña, le confería un aire de muchachita fresca y pizpireta, que de seguro habría traído loco a más de uno. ¿Cómo pudo haber cambiado tanto en tan poco tiempo? No era simplemente el cambio repentino que ella había experimentado, sino que la casa mostraba que era descuidada —no solo ella, mi pareja también era responsable, claro—. Por las repisas de los muebles se veían tampones desperdigados, olvidados sin ningún decoro. Nada parecía importarle lo más mínimo. Cuando me acerqué a la cocina, los fogones estaban llenos de mugre aceitosa y virutas de pan rallado como el que recubren los empanados y rebozados de las croquetas. Daba asco estar allí. Era una mezcla de olores y visiones nauseabundas.

—¿Cómo se llama tu compañera?

—Consuelo. Ya te dije que estaba loca.

Aquel rostro de desgana y apatía de su compañera lo volvería a ver tiempo después reflejado en mi propia cara al mirarme al espejo de mi cuarto de baño. No advertí las señales que revelaban lo que vendría nada más mudarse a vivir conmigo.

—Estoy harta de esta tía. Es una guarra, no habla, no sale...

—¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? —No sé muy bien porqué pronuncié

estas palabras. No era lo que en realidad quería. Siempre había sido muy celoso con mi intimidad y mi espacio. Es más, ya Verónica hizo en diversas ocasiones el ademán de venirse a vivir conmigo, y sorteé airosamente el compromiso. Tal vez juzgaba que no fuese a aceptar. Mi casa estaba muy apartada de su trabajo, y aunque dispusiera de vehículo propio, no era la mejor localización para ella. El caso es que nada más insinuarle que se viniera, ella se aferró a mis palabras.

—Eso sería genial. No sabes las ganas que tengo de perder de vista a Consuelo. Es una pringada.

Aunque acabó mudándose a mi casa. El cambio de vivienda se hizo de manera progresiva. Todavía tenía por adelantado varios meses pagados a su compañera y esta había rechazado tajantemente devolvérselo arguyendo con toda razón que debía de buscar una nueva compañera y esto le tomaría algún tiempo. Eso la fue llenando de ánimos. Las sucesivas veces que pernocté en su apartamento lo fui viendo poco a poco más limpio. El mío, en cambio, fue llenándose de cochambre.

Resultó anecdótico, y refleja claramente quién mandaba en la relación, el hecho de que a la fiesta de bienvenida tan solo acudieran Ludmila y Svetlana. Eran las únicas invitadas. Nada de Richi, ni Mario, ni Lavi. Aunque lo propusiera, ella cambió mi parecer. «¿Cómo? Hace unas semanas ellos estaban celebrando una comida, y no te invitaron, y ahora vas tú como un gilipollas y les invitas. ¿Dónde está tu amor propio? ¡Espabila, tío! Más que amigos, lo que tienes es una pandilla de pringaos que solo se acercan a ti cuando les conviene.» Solté el teléfono y no nos llamé. En ese momento me convencieron sus palabras. Sí, quizá debiera dejarles claro que lo de haber celebrado una comida campestre y no llamarme iba en su contra. Subiría a las redes sociales todo un reportaje fotográfico enseñando lo bien que nos lo estábamos pasando sin ellos. Iba a comprar bebidas de importación, y las sacaría sin ningún reparo. Grabaría un vídeo con los chuletones chispeando a la brasa y rebosantes de jugos. Varias cubetas repletas de hielo con cerveza para un regimiento. Hasta iba a sacar a Ludmila y Svetlana bien de cerca, para que vieran lo buenas que estaban. «¡Anda y que se jodan!» Me llevé, sin embargo, un verdadero chasco cuando apenas nadie dio un «Me Gusta» a ninguna foto, y los que los hicieron eran completos desconocidos. Tal vez, sin darme cuenta, estaba más desconectado de mis amigos de lo que creía. Pese a ello, más adelante les pediría favores, y no me los negaron. Me arrepentí por haber sido tan mal pensado.

No obstante, cuando quedaba menos de una semana para que se mudara definitivamente, me hizo saber algo. Había dejado su trabajo. Me quedé helado



no solo por lo que supondría de merma en nuestra calidad de vida, sino porque después de los últimos sobresaltos, sus salidas y sus entradas, su desliz con el Indio, me estaba echando para atrás en mi propuesta de vida en común, y llevaba en mi trabajo varios días ensayando el discurso que le iba a soltar para justificar mi decisión sin que ello desencadenara su rabia.

—¿Por qué lo has dejado?

—Porque es una mierda. Estoy segura de que me pagan muy por debajo de lo que valgo. En una semana, con mi experiencia, encuentro otro trabajo mejor.

Aquella noche mientras estaba sentada frente al televisor en un silencio sepulcral me envalentoné para elaborar mi discurso tal y como lo había repasado varias veces antes en mi cabeza.

—¿Estás segura de que quieres venirte a vivir conmigo?

Apenas apartó unos instantes la mirada del televisor. No me respondió de seguido. Esperó unos instantes y luego añadió.

—No me preguntes a mí. Pregúntatelo a ti.

—Bueno... yo ya he hecho eso, y... no me parece buena idea.

Empezó a respirar más deprisa, y de manera entrecortada, pero sin desviar la mirada, como haciéndome creer que le importaba un bledo lo que acababa de anunciarle. Entonces, como tenía ensayado, empecé a justificarme sacando todos los hechos que a mi parecer indicaban que estábamos cometiendo una estupidez (¡Qué estaba yo cometiendo una estupidez!): que si su desliz, que si su postura negativa con mis amigos; que si no se llevaba bien con el perro; que si le gustaba tanto entrar y salir con sus amigas, se estaba equivocando. Tuve que omitir por razones obvias la lejanía de su trabajo, porque ya no lo conservaba.

Miró hacia arriba. Cerro los ojos y sacudiendo su cabeza hacia abajo en señal de ira, gritó:

—¡Cállate de una puta vez! ¡Ya me he enterado! ¡Déjame ver el programa, coño!

Bien, había sido más fácil de lo que en un principio creí. Había diseñado toda una suerte de contra argumentos que no me hicieron falta.

—Vale. Me voy a dormir. Mañana recogemos tus cosas y te llevo a tu apartamento.

—Vale, adiós. Déjame ahora en paz de una puta vez.

Al rato de estar en la cama la sentí subir las escaleras. Iba descalza. Se metió en el cuarto de baño. Llevaría unos minutos solo cuando la oí llorar. No iba a caer. No iba a caer en sus manipulaciones esta vez, ya me conocía el truco de la llantina, tan solo me tenía que mantener firme. En cualquier caso salí de la cama.

«Hablo con ella. La consuelo. Y mañana a su casa con sus cosas. Yo a esta tía no la aguanto aquí dentro.» Así lo había hecho con mis anteriores parejas, y me había ido muy bien, pero en ocasiones para tratar con determinadas personas uno debe de estar certificado en la categoría «Puto Amo» de cómo tratar con mujeres desquiciadas para sortearlas, y yo —me di cuenta en ese preciso instante — militaba en la categoría de «Novato». Nada más acercarme al baño y llamar con mis nudillos, sonó como si ella se hubiese desplomado al suelo, y me puse nervioso. La llamé por su nombre mientras trataba de abrir la puerta. Estaba cerrada por dentro. Le gritaba que me abriera. Pero no parecía reaccionar. Entonces recordé que introduciendo un objeto punzante por el orificio del pomo, el pestillo se inutilizaba. Tenía que pensar algo rápido. Fui al ropero empotrado de mi cuarto y saqué una percha de alambre que guardaba de una vez que llevé un traje al tinte. Modifiqué el gancho de la percha para introducirla en el orificio. La puerta cedió y allí, efectivamente, en el suelo, permanecía ella con espuma en la boca.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

La fui incorporando agarrándola por el brazo y apoyándola en mi hombro. Ella permanecía lánguida. No se mantenía en pie. Sobre el lavabo reposaba un paquete entero de panadol, arrugado con sus dos tiras de grajeas vacías, y una lata de cerveza a medio beber.

—¡Qué has hecho!

—Me dolía el quiste—. Pronunció con una voz como si estuviera perdiendo la consciencia.

La saqué del baño y fui con ella al hombro en dirección a la escalera. Debía de llevarla lo antes posible al hospital a que le hicieran un lavado de estómago. Al llegar a las escaleras la tomé en mis brazos, y la bajé con mucho cuidado de no caerme. No sé de dónde saqué todas esas fuerzas, porque aunque era muy delgada, por ser más alta que yo, me resultaba difícil manejarla.

La introduje en el coche y nos dirigimos al hospital a toda velocidad. El coche de meneaba a ambos lados por efecto de la irregularidad del terreno, y entonces ella vomitó más espuma blanca por la boca y manchó la tapicería del asiento. Volvió en sí y gritó:

—¡No veo nada! ¡No puedo ver!

Estaba completamente sobrepasado por la situación, y lleno de nervios. Cuando se volvió a desmayar y casi se desparrama por el suelo del asiento, fui a levantarla y casi estrellé el coche en plena autovía. Suerte que era de madrugada. Por aquella carretera hacia el hospital discurrían camiones y furgonetas de

reparto a toda velocidad en las mañanas. Ya estaba cerca. A lo lejos vislumbré las luces del hospital que señalaban la entrada a emergencias. Paré el vehículo en la puerta y prontamente acudió un celador con una silla de ruedas a asistirme:

—¿Qué ha pasado?

—Se ha tragado un paquete entero de panadol.

—¿Hace mucho?

—No estoy seguro. Como mucho, hace media hora.

El celador sacó lo que parecía un bolígrafo y en realidad era una linterna, y apuntó con ella a sus pupilas.

—A ver, chica. ¿Ves bien? —se dirigió a ella

—No veo nada. Me quiero ir a casa—, mientras hacía saber su determinación de volver tambaleaba la cabeza de lado a lado. Un hilo de baba se le desprendió de la boca y manchó su camiseta interior.

El médico trató de calmarme: —Esto no es tan grave—. Y le dijo a la enfermera que acudió que había que administrarle no sé qué vomitivo para que las expulsara.

—Usted, quédese aquí que le vamos a tomar los datos.

Mientras esperaba, trataba de encontrar una respuesta a las razones que le habían llevado a tomarse todo un paquete de panadol de golpe con media lata de cerveza. Había dicho que le dolía el quiste. Ya en alguna ocasión se había quejado de lo mismo, pero de verdad, ¿era para tanto? Y si le dolía tanto, ¿por qué no se operaba de una puta vez por todas, y hacía vida normal como cualquier otra mujer? Ciertamente, desplegaba unas actitudes del todo contradictorias. Llevaba pocos meses con ella y me preguntaba si ella siempre había sido así. Si todas sus anteriores parejas habían experimentado situaciones similares y sobresaltos como los que ya figuraban en mi haber en tan poco tiempo, y me mantenían constantemente en vilo. El día que conocí al tal Indio, no pude advertir en modo alguno ni rastro en su mirada que indicara que él la hubiese sufrido. Era como si la hubiera conocido de una manera muy superficial. Era obvio que le importaba un carajo que estuviera follando conmigo o con quien sea. Él la gozaba, nada más, y yo pagaba las facturas derivadas de su mal carácter. Ahora comenzaba a entender que estaba haciendo el canelo, y que me estaba enredando los pies y las manos en una relación pegajosa, y que cuanto más trataba de zafarme, más me hundía, como el que quiere salir de unas arenas movedizas. Había que pensar algo.

Por supuesto, lo ocurrido aquella noche lo tenía que ocultar a mis amigos. ¿Qué dirían de la desgracia en la que me había sumido yo solo? Ellos me

ofreecerían sus consejos de buena fe, pero estarían al otro lado de las decisiones que estaba tomando. Me figuraba si aun podría llevarla a su casa. No. No habíamos recogido sus cosas. ¿Debía de posponer su salida? ¿Debía acaso seguir sin dejarme avasallar por el espectáculo de aquella madrugada? Era la primera vez que me encontraba en una disyuntiva como esa. Estaba hecho un lío. De pronto, unas horas después, apareció ella andando por su propio pie toda manchada en su camiseta de interior de vómito y cojeando algo, creo que se torció el tobillo al desparramarse en el coche. Junto iba una doctora mirando al suelo algo seria. ¿Qué habría pasado? A los problemas existentes habría que añadir una nueva variable con la que no contaba, con lo que la ecuación que estaba resultando mi vida se volvió desbordante e insalvable. No sabría qué hacer.

## Capítulo 10. Marfindo el Loco

Marfindo Calatrava caminaba siempre cabizbajo y era muy común sorprenderle discutiendo consigo mismo, como si tratara de aplacar a voces sus demonios internos. Su interjección favorita era «¡Leñe!», y cuando la pronunciaba agitaba los brazos enérgicamente. Casi resultaba gracioso observarle desde lejos sin llamarle la atención para que no se percatara de tu presencia y poder reírte de sus aspavientos a su costa. Creo que se volvió así por el tiempo que pasaba solo en su casa, aunque él aseguraba que la razón era el viento de levante que se colaban por sus oídos y le habían provocado algo de locura.

La primera vez que se tomó una cerveza en mi casa yo acababa de regresar con Káiser de dar una carrera por ahí. Habíamos estado por la vereda del canal, y se había embarrado sus patitas blancas metiéndose por entre los cañaverales. Cuando Marfindo pasó por delante de la cancela yo me disponía a lavar al perro con la manguera, lo cual divertía mucho a Káiser que daba saltos tratando de agarrar con su boca los chorros de agua y me apremiaba a ladridos entrecortados para que continuara. Luego, le pasaba una manopla con jabón y quedaba todo nevado de espuma espesa, y vuelta a empezar, le lanzaba chorreones que le divertían más si cabe que antes, y se ponía a realizar cabriolas girando en círculo lleno de júbilo.

—Buenas tardes, vecino. ¿Cómo va todo?

—Aquí acabamos de volver de correr y lo estoy lavando porque se ha puesto perdido de barro.

—¿Te has enterado que han descubierto a quiénes mataron a los vecinos de allá arriba en La Higuera?

Marfindo estuvo un buen rato detallando toda aquella estrambótica historia del demonio que había hecho desaparecer al Negro, y sus miedos de que a él le iba pasar alguna desgracia pronto. Con tanta certidumbre lo presagiaba, que empecé desde ese preciso instante a sospechar que, cuanto menos, era algo neurótico. Al final, un poco por cortesía y porque ya llevábamos un buen rato hablando con la cancela de por medio, y me apetecía una cerveza fría, le invité a pasar. Él lo

agradeció mucho. Estuvo contándome bastante de su vida. Al parecer vivió en Mataró cuando joven. Allí trabajó para la Compañía Telefónica durante bastante tiempo. Se llegó a casar con una mujer de allí, y tuvo dos hijos y una hija. Al divorciarse de la mujer, sus dos hijos dejaron de hablarle, tan solo mantenía el contacto con su hija, pero como mucho se intercambiaban llamadas por Navidad y por los cumpleaños. Afirmaba que todavía era propietario de un piso en Mataró que deseaba vender, pero como su nieta, a la que apenas conocía, se había quedado embarazada y vivía en el piso con su pareja y su biznieto, se olvidó del asunto de disolver los bienes gananciales, por lo que aun no había logrado pasar página del todo de su malogrado matrimonio. «No sabes lo harto que quedé de ella. Se ha estado malmetiendo en mi relación con mis hijos, y cuando me vine a vivir aquí, nunca me dejaba hablar con ellos por teléfono, y ahora todos me guardan rencor, y me llaman mal padre.» Prosiguió hablando de su hija, que era funcionaria de prisiones y que se acababa de divorciar y no había tenido hijos. «Este año ha prometido venir a verme, ahora que se ha librado del tonto que tenía por marido.»

Marfindo y yo congeniamos muy bien al principio. A los dos nos gustaba hablar. Sin embargo, nos separaba el hecho de que él era un fumador empedernido. Cada vez que nos sentábamos empalmaba un cigarrillo con otro encendiéndolo con la colilla que estaba apunto de aplastar en el cenicero hasta que desapareciera el hilillo de humo ascendente por completo. Eran unas colillas blancas de unos cigarrillos mentolados. Esas colillas me llenarían de zozobra tiempo después, cuando tuve la certeza de cuál había sido el desenlace del emabrazo.

Como él sabía que en mi casa no se podía fumar, casi siempre preferíamos encontrarnos en la suya. Su casa era desastrosa. No encuentro un calificativo más exacto para describirla. Aunque solía presumir con frecuencia de la misma, a mi se me descomponía la cara cada vez que la elogiaba con vehemencia. Según él los cimientos era muy sólidos. Al decir esto golpeaba con su mano en uno de los muros maestros de la casa como queriendo indicar su robustez, pero la verdad es que la casa era del todo de mal gusto. Mezclaba el violeta aguado de las paredes con un amarillo huevo de las barandillas de yeso. La solería era rojiza, y me recordaba a la del patio de mi colegio de la infancia. Como la casa era mucho más grande de lo que él necesitaba (de dos plantas, seis dormitorios, dos cocinas y tres cuartos de baños) siempre alquilaba por periodos cortos las habitaciones a turistas desorientados, temporeros del campo, o al funcionario interino de turno. Apenas les cobraba nada, porque él afirmaba que encontrar la

casa repleta de gente le servía de entretenimiento. Aquel viejo había construido semejante mazacote justo después de su divorcio, ante la hipótesis de que cuando sus hijos reconocieran la clase de madre que les estaba criando, regresarían con él, y todos vivirían juntos. Por eso colocó tantos baños y dormitorios. Suponía que allí querrían vivir todos hasta con sus parejas. Nada más alejado de lo que ocurrió en realidad.

El tiempo que estuve por allí tomándome cervezas me topé con varios de sus inquilinos: una pareja de italianos turistas que se pasaban el día en bicicleta por el campo, y que se alargaban a la ciudad muy de vez en cuando tomando el cercanía desde el apeadero de La Higuera. Un par de chicas habían alquilado la parte superior de la casa por completo. A dicha parte no se accedía desde el interior, como era de esperar en cualquier casa normal, sino desde una escalera de ladrillos no muy bien acondicionada, que proveía a las chicas de algo de intimidad y libertad de salir y entrar a su antojo sin depender del viejo. A veces yo le preguntaba que por qué no vendía la casa y se buscaba un pisito más apañado y con menos jaleo para adecentarlo, pues era manifiesta la dejadez por parte del propietario por mantenerla. En el suelo algunas losas estaban levantadas por efecto de la dilatación del verano. Las paredes necesitaban una mano de pintura y presentaban desconchones. El jardín era agreste, los setos, hacía tiempo, habían tomado control de la situación y se habían retorcido a su antojo sin que Marfindo tomara cartas en el asunto. Deshacerse de aquellas ramas no sería una tarea sencilla para un viejo solitario. A todo esto él miraba al suelo como si quisiera evitar la pregunta por vergüenza, y me revelaba que ya la puso en venta alguna vez con Gonzalo, pero que no le daban como para comprarse un pisito sin muchas pretensiones en la playa, que es donde a él le gustaría acabar sus días, tras convencerse definitivamente de que sus hijos nunca regresarían con él. «Si me deshiciera del piso de Mataró, puede que me diera. Ese Gonzalo me aseguró que lo único que poseía algo de valor de mi propiedad era el suelo, que nadie iba a comprar una casa tan personalizada, y que el hecho de ser una mole de hormigón subía los costes del derribo. Estoy atrapado aquí hasta que me muera. O ¡leñe! Que el ayuntamiento provea de una vez de servicios para que se revalorice el terreno.»

Varios meses después, cuando estaba en el campo dando un paseo lamentándome por la desaparición súbita de Káiser y con la inane esperanza de hallarlo en algún rincón o jugando con algún niño en la calle, pasé por la vera de la casa de Marfindo, y observé a una chica de unos treinta años vociferando: «Papá. Soy Violeta, ábreme.» Tenía un coche en marcha parado frente al portón

de la cochera. Cuando me vio, se dirigió a mi: «Disculpe, ¿conoce usted a mi padre? Vive aquí. Llevo días tratándole de localizar en su móvil, pero no doy con él.»

—¿Se refiere usted a Marfindo?

—Sí, es mi padre.

—Pues, no lo sé. Yo solía quedar con él, pero desde hace unas semanas no he vuelto a saber de él—. Había mentido, sí lo había hecho, pero algo en mi interior me persuadía para que no le contase cuál había sido mi último contacto con él.

—¿No le abren las chicas de la parte de arriba?

—Que yo sepa, no hay nadie en la casa, y me parece que las inquilinas dejaron el apartamento de arriba hace poco.

Tiempo después, la policía, sin mucho ánimo, investigaría la extraña desaparición de aquel viejo, que yo sabía que estaba desequilibrado hasta la médula. Lo curioso es que nunca me inquirieron ni sospecharon de mi lo más mínimo, pese a que sabían por los vecinos que yo era de los pocos de ambas urbanizaciones que lo toleraban. Marfindo no caía bien a muchos. Tal vez por eso nadie, ni siquiera la policía, se preocupó de su ausencia.

Según me reveló, lo que peor llevaba era la falta de sexo. Marfindo era un viejo voluptuoso. Cuando las chicas se ausentaban, subía por las escaleras y con su llave allanaba la vivienda de arriba. Le había sustraído en una ocasión unas bragas usadas a una de las muchachas, y se jactaba de la hazaña como si debiera parecerme normal todo aquello. Así de distorsionada era su visión del mundo. Después me confesó casi lo pillan *in fraganti*, porque una de las chicas regresó antes de la cuenta y no contaba con ello, y que esas bragas eran su trofeo de haber salido indemne de la aventura. Le alertaron sus pasos por la escalera y sus jadeos al subir, los cuales atribuyó a la morenita, la que le ponía «más brutote». Entonces, muy excitado por la novedosa situación, se escondió en el armario empotrado de su dormitorio a toda velocidad improvisando ante la inminencia de la apertura de la puerta, y empezó a rogar para que no lo descubriera o se marchara pronto. La chica entró en el dormitorio. Canturreaba una canción de moda, ajena a los ojos que la vigilaban por entre las rendijas metálicas de color hueso del armario empotrado. La chica iba a ducharse, así que había entrado en su dormitorio y comenzaba a desnudarse creyéndose sola. Marfindo se relamía. No podía creer que la iba a contemplar desnuda en directo, con la de veces que se la había imaginado cuando había escuchado menearse el colchón de su dormitorio a la noche, tan solo unos metros por encima del suyo. Dejó el sujetador sobre la cama, y levantó su pierna derecha para sacarse las bragas,



estas se deslizaron por la izquierda hasta caer al suelo, y allí las dejó. Estaba despalda a él, así que solo le podía ver el culo. Se figuraba lo apretado que estaba. «No veas lo que está de buena. La de pajas que me he hecho al recordarla.» Al darse la vuelta, creyó que lo iba a descubrir. Iba desnuda y pensativa, moviéndose de manera automática hacia el armario. Seguramente a coger algo. Casi podía sentir su respiración. ¿Qué debía hacer si lo descubría? En solo unos breves instantes le brotaron todas las alternativas, incluso la más macabras que podría barajar, pero ninguna le satisfacía en su resultado. Afortunadamente tan solo tomó una toalla que estaba colgada de una de las puertas del armario contiguo al suyo, y se fue a la ducha. No salió de allí hasta que sintió caer el agua, y a ella cantando. Entonces recogió las bragas del suelo y salió de allí raudamente, pero con sigilo, guardándose la prenda íntima en el bolsillo del pantalón.

—¿Quieres que te enseñe sus bragas? Todavía las conservo. Así demuestro que te digo la verdad. Se las robé a la morenita de pelo rizado, que se llama Laura. La otra, la que apenas tiene tetas, se llama Aroa. Son lesbianas, que sé que se acuestan juntas en la misma cama.

Marfindo se justificaba en el hecho de que un viejo solitario necesitaba de vez en cuando algo de acción. De hecho, iba a tomar copas al Paradiso. Yo, no sé por qué, en los más de dos años que llevaba viviendo allí nunca había sentido deseos de parar por aquel local.

—Mira, Mauri, ¿has visto la casa detrás del Paradiso? Pues, el edificio que hay detrás es una casa de muñecas. Allí acuden los catetos del pueblo. Los que no ligan, y algún viejo verde como yo. Te vas para allá te tomas una copa, y siempre se te acerca alguna. El bar no es un puticlub en toda regla, pero muchas de la tías que paran allí son putas. ¿No has visto los coches parados en el descampado oscuro de al lado? Allí se las llevan. Otros, en cambio, si tienen algo de más pasta, alquilan por un rato una habitación de la casa de muñecas de al lado.

Entonces empecé a atar cabos. Recordé aquella frase que me soltó ella el mismo día que la recogí en la carretera, y que en su día me pareció incongruente: «¿Te piensas que por ser extranjera soy una puta?». Esto dejó el campo abierto a mi mente para divagar a su gusto sobre cuáles habían sido las actividades de ella allí, del porqué del desdén con el que el Indio la trataba, y de su accesibilidad a cumplir todo lo que le requería que hiciera. Sentí repulsión. ¿Era una puta? Creo que mi pareja y todas las informaciones contradictorias que recibía de ella, me obsesionaban. Por ese momento, ya había cometido el error de proponerle que se

viniese a vivir conmigo, y ya había traído parte de su vestuario, que había acomodado en mi ropero sacando parte de mi atuendo, que acabé dejando en otro que albergaba el dormitorio para invitados. Fue por esa intrigante duda por lo que acabé de echarme para atrás en lo de vivir juntos.

Marfindo la conoció. Se pasó en una ocasión por mi casa, y ambos se miraron de arriba abajo, como si entre los dos mantuvieran un secreto. No intercambiaron palabras. Tan solo permanecieron callados sin acercarse, ni siquiera para pronunciar un «hola». No quería ni por asomo imaginar que se hubiera acostado con aquel viejo si efectivamente lo hubiera conocido antes que a mi. ¿Dónde quedaba mi orgullo de haberme ligado a una tía tan buena cuando hasta un septuagenario se la podía tirar si contaba con dinero en el bolsillo? Y, ¿quién me aseguraba que no pudieran volverlo hacer? Había dejado el trabajo y no contaba con fuente de ingresos. Si bien es cierto que yo costeara todo, no le pagaba el coche (si por azar le quedaran letras pendientes), ni mucho menos la gasolina; pero me hubiera tranquilizado haberlo hecho. ¿Seguía manteniendo ahorros o ganaba algo sin mi conocimiento? Me llené de suspicacias, y llegué a espiarla cada vez que salía a hurtadillas por la noche de la casa. Cuando empezó dormir en otra habitación distinta a la mía, supuse que la razón era el poderse escapar para hacer lo que quisiera sin tener que inventarse explicaciones. El colmo fue cuando sonó de improviso la melancólica melodía de su móvil, mientras ella estaba tomando una ducha arriba. No se solía separar de él, porque sospechaba que yo porfiaba por leer sus mensajes o indagar en sus llamadas, aunque en esta ocasión, lo había olvidado sobre la encimera. El número no era reconocible, así que me sentí tentado a responder, pero no articulé palabra, porque quería saber quién era el que llamaba ante la esperanza de que se delatara sin necesidad de que yo le requiriera que se identificara.

—¿Hola?!

¡Era la voz de Marfindo! Colgué el teléfono. Tomé mi móvil para corroborar que los números coincidían, pero al cotejarlos resultó que eran números diferentes. Habría jurado que era su voz. Conocía muy bien su voz. Decidí llamar a ese número desde mi móvil, pero nadie respondió al otro lado, ni me devolvieron la llamada nunca. Si era él ¿por qué la había llamado? Si no, ¿quién era aquel hombre extraño? Ya por aquella época estaba bastante aleccionado para no sacar esos temas a la chica, porque sabía que tales discusiones no me iban a llevar a ninguna parte, e incluso iba a quedar como un obseso. Así que me hice el despistado. Creo que ella no reparó tampoco en que había respondido a su teléfono en su ausencia.

La última vez que me tomé unas cervezas con Marfindo en su casa fue pocos meses antes del encuentro con su hija. La noche anterior había tenido un desencuentro con ella del que casi acabo en la cárcel, y para evitar males mayores, Marfindo me había dejado que me quedara en una de las habitaciones de abajo.

—Mauri, tu eres un muchacho joven. ¿Qué necesidad tienes de complicarte la vida con una mujer que además no la conoces bien todavía?

—Si sale mal, se rompe la relación y punto.

Entonces soltó una carcajada estentórea y añadió:

—¡Qué te crees tu eso!

—Tu metes a una mujer en tu casa, y después no hay Dios que la saque de ahí, y si es de otro país, peor. Vienen más aleccionadas de cuáles son sus derechos como parejas de hecho, y se las saben todas para dejarte con el culo al aire.

—Pues, tu estuviste saliendo con un moldava. ¿Cómo fue que te libraste de ella? Yo no la veo por ninguna parte.

Estuvo un momento callado. Dio un par de caladas a su cigarrillo mentolado, y luego me contó lo siguiente:

—Irina... Sí. Me costó librarme de ella—, miraba al cielo como evocando los recuerdos —me harté de ella. Era una verdadera sanguijuela. Un parásito. Se dedicaba a usar mi casa de hotel para invitar a su familia de Moldavia, a sus sobrinos, a sus nietos, y luego me ordenaba que los llevara a la piscina municipal, y los invitara a comer allí. Ya estaba hasta los cojones, y ya ni follábamos ni nada. La quise echar y me salió con que su abogada le había contado que ya llevábamos seis meses de convivencia, que no me podía echar ya que no contaba con recursos. Que vendiera la casa, y le diera la mitad y se iba. Entonces, un día agarré la pala y me la cargué. Está enterrada junto a ese manzano por donde rastrea tu perro. Habrá percibido su apestoso perfume barato.

Al verme pálido tras esa confesión, soltó una carcajada aun mayor que la anterior y añadió:

—¿Te lo has creído? No, hombre, no. Se fue con otro viejo con más dinero. Le cerré el grifo del dinero, y se buscó a otro.

Marfindo estaba loco de verdad, y ya desde ese día, se me quitaron las ganas de verme con él. Todavía me alertaría más de que algo no funcionaba en mi alrededor cuando hallé unas colillas suyas frente a la cancela de mi parcela.

## Capítulo 11. Al Acecho

Cuando llegamos a casa del hospital después del sobresalto de las pastillas, tomamos unos minutos en hablar. En mi cabeza resonaban las palabras del enfermero que la despidió: «cuídela». Esa frase junto al silencio de todo el trayecto y las razones de que le hubiesen recetado y proporcionado un bote de tranquilizantes muy potentes para paliar los dolores que le producía su quiste, me henchían el pecho de incertidumbre. Finalmente, algo sería por la revelación, pronunció una frase lapidaria que darían al traste con mis intenciones de acabar la relación:

—Estoy embarazada

Tardé unos instantes en reaccionar, y finamente repuse:

—Es una gran noticia, ¿no?—. No sé por qué le respondí algo que en el fondo no sentía. Tal vez para consolarla viendo que ella no parecía muy entusiasmada con la idea de dar a luz a un retoño.

Al fin y al cabo, nuestra relación estaba llena de altibajos, con picos y valles, en los que los valles los conformaban momentos de lujuria y embestidas de placer; y los picos, idas y venidas, defeciones, insultos y degradaciones con arremetidas de mal carácter. Cuando me paré a pensar por un momento, tal vez el bebé sería el «bálsamo de Fierabrás» que estabilizara nuestra relación. Así de tontos somos a veces los seres humanos: pensamos que si nos llevamos mal con alguien, una tercera persona vendrá a rescatar lo que no hemos sido nosotros mismos capaces de resolver. Más bien aquel bálsamo fue el del «Fiero Blas».

Las primeras semanas del embarazo pasaron sin muchos sobresaltos. Como condición para tener el niño puso que la habitación que usaba como mi taller de manualidades se habilitara como dormitorio del bebé. Era la habitación más espaciosa y luminosa de la casa, con un amplio ventanal por donde entraba la luz de la mañana, y en ocasiones, hasta el reflejo de la luna llena. Me distraje bastante bajando mesas y herramientas que acomodé lo mejor que pude dentro del cuartillo del jardín, y además, a sabiendas que no debería alterar el orden por una buena temporada, los cubrí con unas sábanas viejas con la esperanza de volverlos a usar lo antes posible. ¡Cuánto eché de menos mis momentos de

esparcimiento en ese cuarto! El día que abandoné la casa para venir a Chile, quedé desolado al contemplar cómo aquella habitación estaba repleta de heces fecales esparcidas por el suelo. El aspecto era repugnante.

Estuvimos de visitas por todas las tiendas de niños y muebles. La madre propuso comprar una cama, para que ella estuviera cerca del bebé; un biombo; una cuna y un tresillo donde darle el pecho. Nada más. A mí me parecía algo raro porque compré uno de esos libros de autoayuda para padres primerizos y el equipamiento incluía muchas más cosas: como una bañerita, un cangurito para sacarlo a pasear, el carrito, la sillita del vehículo... Si no la contradije fue por que no quería que estallara de nuevo. Ya andaba bien aleccionado al respecto, y no podía esperar llegar a ningún común acuerdo. De todas formas, al final acabaría dándome la razón, ¿Para qué discutir? Parecía que ella no quisiera que la criatura saliera de su habitación nunca más, como si esperara algo horrible o sintiera vergüenza de parir. De hecho, ella comentó en alguna ocasión algo como que no iba a necesitar nada más. De todos mis amigos Mario, ya todo un divorciado con hijos, era el único con experiencia en eso de ser padres; y cuando se enteró de los enseres que faltaban me propuso prestarme los suyos, que los guardaba por algún lado. Al comentárselo a mi pareja, no le faltó tiempo para emberrenchinarse.

—¡La madre soy yo! No quiero que ninguno de esos fracasados que tienes como amigos metan las narices en este asunto.

Fue demasiado tarde, un fin de semana llegaron Mario, Richi y Lavi con su nueva novia con gran cantidad de agasajos para el que tendría que llegar. Su barriga ya era prominente y le sorprendió encontrárselos ahí fuera con todos esos regalitos. Se quedaron en casa un buen rato y tomaron varias cervezas. Ella ni siquiera dio las gracias. Los ignoró completamente y siguió haciendo sus cosas como si nada. Mis amigos palparon el mal ambiente, pero me respetaban demasiado como para sacar el tema o incluso dirigirle la palabra. Yo sentía vergüenza ajena por su comportamiento. Cuando se marcharon, Richi me preguntó de extranjis —no hemos hecho nada mal, ¿no?

—No, hombre, no te preocupes. Está un poco preocupada con el embarazo. Nada más.

A mí siempre me pareció una persona de mente ininteligible y conducta extrema. Era como si yo viviera a dos horas de retraso. Todo giraba en torno a un plan preestablecido en el que yo tan solo era un peón arrastrado por la jugada maestra que ella hilvanaba en sus adentros. Mientras ella disfrutaba de una vista de pájaro, yo abarcaba el mismo campo de visión que una rana.

Fue regresar de acompañar a la visita hasta la cancela de la finca, y encontrarme el cangurito, la bañera y el carrito de segunda mano en el bidón metálico del jardín, pero lo saqué todo de allí y lo guardé en el cuartillo para más adelante. No intercambié ninguna palabra al respecto conmigo. Siguió allí inmóvil sobre el sofá viendo la tele, y estuvo cerca de tres días así sin intercambiar palabra alguna, como si fuera invisible. Tan solo rompió su silencio para pedirme que quería colocar una llave en la puerta del nuevo dormitorio, que no quería que nadie se metiera a cuidar del niño, ni que lo arrullara, ni que lo tomara en brazos o le diesen de comer; que ese era su cometido, y que deseaba hacerlo de manera exclusiva.

Confieso que tanto secretismo alrededor de un simple embarazo, algo que viene ocurriendo comúnmente en la humanidad desde hace cientos de miles de años, sembró muchas dudas en mi mente. No creía que fuera para tanto. Sin embargo, cuando lo comenté con Lavi este trató de apaciguarme con un «es la madre, seguro que te ha dicho eso porque así es como funcionan las cosas en su país. Piensa en ella. Está sola sin apoyo familiar. Déjala que ejerza de madre.» Al final acabé instalando el dichoso pestillo, y no le advertí que me había guardado una copia de la llave por seguridad. Imagínate que pasaba algo. No sé, un incendio, por ejemplo, y la madre no encontraba la llave. Nunca supe hasta el último día el porqué de tales actitudes desmedidas y frenéticas.

A veces ella salía sola a pasear. Desde que empezó todo el tema no solo no nos tocábamos nunca sino que apenas intercambiábamos palabras. Más bien actuaba como una compañera de piso que una pareja. Hasta dejó de dormir conmigo arguyendo que quería acostumbrarse al nuevo colchón. ¿Cómo debía de reaccionar ante semejante actitud? ¿Romper la relación? ¿Echarla de casa con un niño en el vientre? Después de todo, no podía obligarla a dormir conmigo si ella no quería. No sabía muy bien a qué atenerme ante esas circunstancias tan incongruentes como abrumadoras.

Llegó incluso a volver a salir por las noches sola. Paseaba cavilosa por las veredas de arcilla roja vistiendo una ligera cazadora. Muchas veces yo estaba durmiendo, y no me daba cuenta de sus salidas si no era por los furiosos ladridos de Káiser que me alertaban. Si bien, como he mencionado anteriormente, mi perro nunca gozó de su presencia, desde que empezó a crecerle la barriga a la susodicha hasta le sacaba los dientes en firme desafío, como si deseara arrancarle a mordiscos las entrañas. Ella en una ocasión le arrojó piedras, y la entendí desde mi cama cuando le dirigió insultos en su idioma, que de todo el tiempo que duró nuestra relación las únicas palabras que aprendí de su lengua

por su intermediación fue palabrería soez y rastrera.

Una tarde, casi al anochecer, llegó corriendo dando voces por todo el campo para que saliera en su auxilio. Parecía muy alterada. Bajé con suma presteza creyendo que se encontraba en serios aprietos en un estado tan delicado como el suyo. Portaba en mi mano una linterna y una estaca, porque me temía que pudiera haber alguien acosándola a esas horas. No había nadie allí. Pero me aseguré que había visto a un hombre raro en un coche negro y que la miraba de manera amenazante. Que tuvo miedo, y que salió espantada. A mi no me cuadraba lo más mínimo aquella historia, porque si de verdad la hubiera querido asaltar lo habría logrado sin lugar a dudas. Por otra parte, ¿a qué distancia se había topado con él? En varios cientos de metros no había nadie, ni en la vereda ni en el cruce con la finca. No me cuadraba dicha historia. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Tenía alucinaciones como las que yo sufrí más adelante?

Me lo tomé a guasa cuando días más tarde me rogó que le comprara un arma de fuego para defenderse de un posible ataque: —Ja, ja, ja. Pero, ¿tú te crees que esto es el lejano Oeste? Aquí no se pueden tener pistolas así como así.

—Pues, entonces voy a salir con un cuchillo.

—Eso, ahora serás la «loca del cuchillo». ¿Estás buscando que te metan en un psiquiátrico? Tal vez puede ser una opción salir de día en vez de noche, o acompañada, no sé si es que tienes algo en contra mía.

Me dedicó una de sus miradas iracundas por unos instantes, luego prosiguió cambiando de tema: —Me parece increíble tu falta de compromiso en esta relación. Desde que empezó mi embarazo he sido yo la que lo ha tenido que hacer todo. Si salgo por las noches no es más que para respirar aire puro que necesita el bebé.

—¿Y quién te ha dicho eso? No has ido ni una sola vez al ginecólogo en todo este tiempo.

—Mira, Mauri, no me hace falta ir porque de sobra sé lo que tengo que hacer. En mi país se hace así, y nadie va a ginecólogos y no nos hemos extinguido. Digo yo que si las madres allí tienen tres o cuatro hijos es porque sabrán algo, ¿no?

No siguió hablando más, subió las escaleras, y se encerró en su cuarto. No la oí más en varios días. Durante este tiempo yo me mantuve en mis trece, aunque al final tuve que ceder ante los indicios de que tal vez ella estaba en lo cierto. Una mañana después de desayunar saqué al perro a dar una vuelta. Como albergaba algo de culpabilidad por dejarle amarrado la mayor parte del día por miedo a que pudiera atacar a la futura mamá, trataba de compensarle yendo a dar

vueltas por el campo que duraban horas. Káiser las disfrutaba como siempre. Le arrojaba palos lo más lejos que alcanzaba, y este se apresuraba por traérmelo con premura ondeando su lengua carmesí al viento. Ese mastín de pura raza era sin duda un animal muy especial, y no parecía guardarme ningún rencor pese que lo había desplazado a un segundo lugar desde que ella se mudara a casa. Cuando caminábamos por los canales y las acequias trotaba con sigilo aguzando sus sentidos hacia donde suponía se agazapaba una perdiz, una abubilla, un mirlo o un espulgabueyes. Siguiendo su instinto depredador los perseguía cuando las aves se sentían acosadas y revoloteaban de pavor. Casi sentía envidia de verlo así manifestando libremente su naturaleza salvaje, acosando a todo tipo de pajarillos del campo pese a ser un animal doméstico.

Me indicaban esos momentos de solaz con el vivaracho Káiser que, ciertamente, estaba solo. Algo que, paradójicamente, nunca había sentido hasta entonces en aquella remota urbanización rural. Puede que la soledad no consista en vivir apartado de los demás, como llevaba años haciendo yo, sino en estar rodeado de gente con la que no te puedes entender, como eran mis circunstancias entonces.

Esa mañana, como dije arriba, antes de salir con mi amado perro, llamó mi atención algo que hallé en el suelo. Unas huellas de neumáticos se paraban justo ante la verja de nuestro hogar. En el suelo se contaban varias colillas desperdigadas, y parecía como el que allí se las fumó, dio media vuelta y regresó por donde vino. Hacía muy poco que había dejado de verme con Marfindo, y reconocí que efectivamente, aquellas colillas coincidían con las que dejaban sus cigarrillos mentolados que fumaba insistentemente. Si él había estado en mi puerta, ¿qué lo motivó a venir? ¿Por qué no había sentido el motor del coche? Tal vez fuera muy de madrugada y dormía profundamente, lo cual me dejó más intrigado aun, después de tantas cosas retorcidas que sabía de él. Había estado allí y no me había dado ni cuenta, ¿porqué? ¿Y si hubiese circulado con las luces apagadas? El coche debió de estar parado por varias horas. No conozco a nadie que fume tanto en tan poco tiempo a excepción de él, y mucho menos esa marca de tabaco tan poco corriente. El hecho de que Marfindo el Loco hubiera estado toda la noche apostado fuera frente a la verja de la finca me preocupaba sobremanera. Particularmente por la destreza que demostraba al no haber sido notado, y por la iniquidad que se le supone a cualquier persona que acecha en la noche. Recordé el triste final de aquellos dos ancianos muertos a palos, y que no fueron hallados sus cadáveres putrefactos hasta meses después y medio roídos por las ratas.



Ante esta amenaza, guardé algunas provisiones en el congelador de la habitación del pánico que había construido en el sótano por los tiempos en los que asaltaron la casa de los ancianos, y le di las únicas llaves que tenía a la futura madre, ante la esperanza que haría un uso responsable del mismo si yo no estuviera en casa. También quedé con Lavi y compartí con él el problema.

—Mira, aquí en España eso de guardar armas no es tan fácil. Lo que te recomiendo es que uses esto que te voy a dar.

Lavi entró en su coche y rebuscó en su guantera. Me mostró un pequeño cilindro que resultó ser un spray antivioladores.

—Cuando trabajamos en la noche, sabiendo de la gentuza que anda ahí suelta, no nos andamos con tonterías. Yo tengo uno de estos bajo llave en el mostrador de la puerta, y si me sale un *hippie* muy vacilón, con esto se acaba la pelea en un segundo. Anda que no conozco yo *seguratas* que han acabado rajados a navajazos por cualquier imbécil. Este, ten cuidado, no está homologado. Te pueden meter un puro si te lo encuentra la policía. A nosotros no nos echan cuenta si nos lo ven, porque ya saben con los niños que lidiamos a diario, pero a ti es otra cosa. Y, por supuesto, yo no te lo he dado.

Con esto pensaba que estaríamos a salvo.

## Capítulo 12. «Eso que se movía»

Las primeras dudas que asaltaron mi mente acerca de que tal vez yo no fuera el padre de la criatura que estaba por venir fue cuando le pregunté a la futura madre que de cuánto tiempo le había dicho el ginecólogo que estaba.

—Llevó ocho semanas de gestación.

Soy una persona muy meticulosa y mientras revisaba en mi calendario qué había estado haciendo en los últimos meses, me fijé que hacía ocho semanas fue cuando quedé con mis amigos por última vez; y aun más inquietante, estuve con ellos tratando de entender el porqué se había ido a ver a su expareja, el tal Indio. De pronto, una ardentina repentina y fugaz surgió en mis entrañas. «El niño podría no ser mío». Ciertamente, unas semanas más tarde estuvimos varias noches practicando sexo como animales y recordaba que no habíamos sido muy precavidos, pero entonces, ¿no debería estar de siete semanas y no de ocho? Me puse a escudriñar en mis recuerdos para ver si hubo algún riesgo de embarazo en nuestras relaciones antes de las ocho semanas, y no la hubo, de eso estaba seguro. Siempre había usado protección. La semana siguiente si podría haber ocurrido, pero la anterior no. Casi con vergüenza no sabía si compartir estas dudas con mis amigos, por ver si ellos sabían de algún caso en el que hombres hubieran cuidado a los hijos de otros. Entonces me acordé de la historia que nos contó Mario una vez con unas cervezas.

«Tengo un amigo, el Canijo, que se ha buscado una ruina el solo. Ya le dijimos en su momento que se había echado una novia absorbente. Lavi, tú lo conoces bien, que ha trabajado contigo de portero de discotecas. Pues, lo que le pasó fue cuando curraba en la discoteca Giro. Mira que el Canijo allí era el puto amo. Que se puso las botas. Dile tú, Lavi, paraban o no paraban por allí las tías más buenorras. Pues, va este tío, y no se le ocurre otra cosa que liarse con una niña de dieciséis años. Vale, él no lo sabía, pero la cagó. Hasta lo pillaron beneficiándosela en el almacén. Lo echaron del curro, y después resulta que le llegó un día con que se había quedado preñada. ¡Vaya marrón! El Canijo no sabía qué hacer. De un lado, lo podían denunciar por acostarse con una menor, por otro debía hacer frente a la situación del embarazo. Pues, nada. Acabó

casándose y cuando ha nacido el niño, a la suegra se le escapa un comentario que insinuaba que el verdadero padre se iba a perder criar a ese niño tan guapo. Bueno, al Canijo lo habían cogido por los huevos. Se ha divorciado de la tipa que tras el embarazo se ha puesto como una foca de gorda. La novia no hace más que hacerle la vida imposible, y se ha negado a hacerle las pruebas de paternidad al niño. Todo un despropósito.»

Un día tras la cena, la abordé con el tema de que pudiera ser que no fuera una buena idea tener un niño en ese momento. Estábamos callados viendo la televisión en el salón. Me miró y sentenció: «¿Tú te crees que yo quiero tenerlo? ¿Que lo he ido buscando? ¿Qué soy una cazafortunas? ¿Con el salario de mierda que tienes? Entonces, ¿por qué me dijiste en un principio que era una excelente noticia.»

— No lo sé.

—¿No lo sabes?! Esto no es algo de quita y pon. O quieres tener un niño o no lo quieres, pero no me dices que es una buena noticia, y ahora me sales con que mejor que no lo tengamos, porque vas a conseguir que me vuelva loca. Siempre andas igual: cambiando los esquemas a última hora. Tío, Mauri, contigo no sé a qué atenerme. Aclárate.

—Y tú, ¿qué quieres?

—Yo desde un primer momento no quería tenerlo, porque estoy sola en esta casa, porque tenía pensado buscar un trabajo, porque todavía me veo muy joven... La que está preñada soy yo, no sé si te has dado cuenta. Había pensado que tal vez, después de todas las miserias de esta vida, pudiera ser que tener un niño fuera algo positivo. Claro, pero para eso necesito un padre de verdad que me apoye, no un cobarde como tú.

Esas palabras parecían cerciorar mis sospechas. ¿Era de verdad tan obvia mi cobardía? ¿Mi incapacidad para arrojarme al destino? Pero, ¿por qué debía cuidar los hijos de otra persona?

—Ese hijo, no es mío.

—¿Ahora sales con esas...? Sabía que ibas a sacar semejante idea. ¿Tú te crees que eres lo mejor que puedo conseguir? Mira, Mauri, yo me he podido acostar con otras personas antes de estar contigo; con ninguno de ellos me he ido a vivir, vine aquí, y dejé mi apartamento porque tú me lo pediste. Ya no puedo volver, porque Consuelo, lógicamente, se ha buscado una nueva compañera de piso. En mi trabajo no me sentía valorada, porque llevo varios años trabajando y no me han promocionado, y me dije, tal vez es hora de darles a entender, ahora que tengo alguien que me apoya, que no pueden seguir tratándome así, e iré

buscando un empleo mejor, al cual tengo derecho por mi experiencia. Y ahora, ¿qué me dice el nene? Pues, que el niño no es suyo. ¿No te das cuenta todas las cosas que he hecho porque creía en nosotros? Dejé a mi novio por ti; que sí, era un cabrón, pero al menos tenía los cojones de decirme las cosas a la cara, no como tú. Es contigo con quien he querido estar, y mira cómo me tratas.

Empezó a llorar y se fue de mi lado dejándome con un abrumador sentimiento de culpa. Sin embargo, no quería dar mi brazo a torcer. Era una verdad diáfana que aquel niño no era mío, y no estaba dispuesto a criarlo. De pronto, sentí un portazo proveniente del cuarto de baño de arriba, y dicho estruendo evocó en mi los recuerdos amargos, aun frescos, del episodio de las pastillas. «Esta loca la va a liar de nuevo.» Subí los escalones de madera de dos en dos, pero no hizo falta que forzara la puerta esta vez para abrirla, ella salió de allí al notar que iba tras ella. Se había rajado la muñeca abriéndosela con una hoja de afeitar por la misma cicatriz que ganó en tiempos del pogromo. Me mostraba la herida como si se sintiera orgullosa de ella alzando los brazos hacia el frente mientras la sangre goteaba en el suelo. En la otra mano aun sujetaba la hoja ensangrentada. Entonces pronunció esta frase lapidaria que habría de recordar días después:

—No quiero tener este niño. Tengo al demonio dentro de mi.

Impresionado por la imagen y lleno de tensión, corrí hacia ella para sustraerle por la fuerza la cuchilla. Me quiso herir, y me corté la yema de al menos tres dedos al forcejear. También me manché con su sangre. Ella se defendía con todas sus fuerzas y me mordió el brazo haciéndome saltar la sangre. Con los nervios y fuera de control, la agarré por el cuello, casi quería extrangularla por momentos para que acabara de una vez todo, y empecé a notar que le estaba dificultando la respiración. Sacaba la lengua y de su garganta brotaban unos ruidos de muerte por asfixia. «Voy a matarla de una puta vez. No aguanto más.» Estos eran mis pensamientos. Pero al final, cuando estaba a punto de desfallecer, tan solo la tiré al suelo, y ella se quedó mirando al techo, jadeando como para que regresara su respiración. Aun no se había quedado quieta.

—Hijo de puta, te vas a enterar de lo que me has hecho. Voy a llamar a la policía para que te encierren por loco. Has tratado de asesinarme. En mi cuello están las pruebas—. Efectivamente, en el cuello se apreciaban las marcas enrojecidas.

Me acababa de meter en serios aprietos. Solo se me ocurrió bajar y estar con el perro para sosegarme. Me latía el corazón a una velocidad que no era normal. Había sentido una emoción inextricable por matarla. Casi me dolía el corazón por ello, y trataba de recuperar mi respiración que no discurría acorde con la

velocidad y golpes de mis latidos que retumbaban por todo mi cuerpo. Mientras bajaba caviloso acerca de cómo actuar con la policía, la oí hablar y trataba de componer una historia verosímil para no acabar en el calabozo. A los diez minutos un coche de la policía se paraba frente a la cancela de mi casa. Era de noche, así que en un principio solo vi sus uniformes oscuros y que ambos era muy altos. Encendí la luz de la entrada.

Se identificaron nada más pararse en la cancela, que previamente había dejado entornada. Les di permiso para pasar.

Entonces Káiser saltó de júbilo y corrió ladrando hacia uno de los dos agentes como si le resultara familiar. Uno de aquellos policías era Rafa, el hombre que me regaló mi perro. Káiser había identificado el olor de su madre aun permanente en su memoria, así que le hizo una gran fiesta nada más verlo, y él lo recibió de buen grado como amante de los animales.

—Tú eres Mauri, y este debe de ser Torpón.

—Yo le llamo Káiser

—Pero ¡Qué grande y qué hermoso está! —mientras decía esto le acariciaba el cuello, y este se dejaba hacer lleno de alegría.

El otro agente bajó la guardia y me inquirió: —¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Se estaba cortando las venas y yo le he arrebatado la cuchilla y la he apartado de mí. Mira, —mostré su dentadura en mi brazo marcada —hasta me ha mordido. Tan solo me la he quitado de encima. No le he hecho absolutamente nada, y está diciendo que me iba a denunciar por haberla tocado.

Por la puerta apareció ella tapándose la herida con uno paño de cocina gritando mientras me señalaba con el dedo:

—¡Llévároslo a la cárcel! Me ha intentado estrangular. Es un criminal.

—Señora, ¿cómo se ha hecho esa herida?

Ella empezó a llorar. Entonces Rafa me llevó a la parte de atrás de la casa mientras el otro policía se quedaba junto a ella.

—Mauri, sabes que deberíamos arrestarte, ¿no? Anda, dime de nuevo lo que ha pasado.

—Ha ocurrido tal y como te he dicho. Estoy harto de ella. No es la primera vez que intenta matarse.

—Mauri, te hablo desde la experiencia: nadie que de verdad quiera suicidarse lo hace en frente de otra persona. Te lo aseguro.

—¿Qué hago?

—Tú sabrás. Nosotros no podemos ayudarte en tus problemas domésticos.

Ella nos ha llamado, y como te digo, en teoría tendrías que venir con nosotros al calabozo hasta que se aclare lo que ha ocurrido aquí. Por otra parte, ella está completamente alterada. Si te dejamos aquí, y nos vamos, os vais a meter mano otra vez. Date una vuelta, o vete a pasar la noche a casa de alguien. Pero, aquí no te quedes, porque si no te arresto y pasa algo entre vosotros, me vas a crear un problema. Tío, yo te creo, y sé que no eres un criminal, pero así no funcionan las cosas en el mundo real. ¿Puedes llamar a alguien?

Cuando volvimos a la parte delantera, el otro policía estaba frente a ella hablando. Rafa se dirigió a él:

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Está embarazada, ha perdido su empleo, no tiene a su madre. Vive lejos. No ha sido capaz de asimilarlo todo en tan poco tiempo.

Ella gritó alterada y me volvió a señalar: —¡Él me está haciendo la vida imposible!

—Señora, si a usted la va mal con alguien, lo deja y punto. Puede pedir una ayuda familiar por su embarazo, y falta de recursos. No hace falta estar atada a ningún hombre si no quiere. Si nos quiere acompañar, la podemos acercar a un centro de ayuda. Estoy seguro que va a tener un hijo muy guapo.

Cuando salieron los dos agentes, yo me fui con ellos. Káiser me siguió. Ese animal me hubiera seguido hasta el infierno. El único lugar que se me ocurría que sería adecuado para guarecerme por una noche, era la casa de Marfindo. No cogí el coche. Estaba aun algo alterado por lo visto e incluso manchado de sangre en mi pantalones. Llamé a Marfindo y este pareció muy contento por verme llegar con el perro. A él también le gustaba mucho Káiser.

—¿Qué te ha pasado? Estás manchado de sangre.

—Nada. No le des importancia. Solo ha sido un accidente. Ya te lo contaré mañana. ¿Podemos quedarnos a dormir aquí por una noche?

—Claro, hombre. Será por dormitorios. El de abajo está vacío. Ya sabes que arriba viven las chicas.

A la mañana siguiente, le detallé todo lo sucedido, hasta lo de que la agarré por el cuello y que deseaba estrangularla.

Él me hizo unas confesiones sobre su novia moldava, que pese que declarara ser una broma, yo me la tomé por cierta. No volvería por allí. Marfindo era una de esos vecinos de los que es mejor mantenerlos a cierta distancia. Aun más pensé de esta manera cuando encontré las colillas de sus cigarrillos mentolados frente a la verja de mi casa.

Al día siguiente, al mediodía regresé. Todo estaba en calma. Varios cacharros

se apilaban por fregar en la cocina y olía a sobras de plato precocinado reseco y cartón. Casi empezaba a oler a su anterior apartamento. Pero en cuanto al resto de la vivienda no había nada extraño. Entonces caí en la cuenta de que ella estaba durmiendo profundamente sobre el sofá. Aquel sofá era tan amplio que podía sustituirse por una cama. Más de una vez me quedé a dormir allí en el verano. Dormía en ropa interior, y caí en la cuenta de algo espeluznante. El vientre estaba abotagado. No parecía como el de una embarazada de dos meses, aunque algo se movía en su interior. Yo sabía que los niños se mueven dentro de la matriz cuando llevan más de seis meses de gestación, pero no con dos meses. ¿Qué era aquello que punzaba y aguijoneaba su vientre como si quisiera atravesar la carne o anduviera acomodándose en su interior? El movimiento era similar al del rabo seccionado de una lagartija. Fuera lo que fuera no parecía humano. Me acerqué aun más llevado por mi curiosidad, trataba de dilucidar su forma y su tamaño o si por azar todo era una ilusión óptica. Se movía. Seguía moviéndose como si nada. Evoqué sus palabras de la noche anterior: «Tengo al demonio dentro de mi.» Tuve hasta la curiosidad de colocar la mano sobre el vientre para sentir la forma de eso que se movía. Tal vez tuviera una explicación lógica. Después de todo era un ignorante a cerca de los embarazos. Cuando me hallaba a un metro de ella, aproximándome con todo sigilo para no despertarla, observé que sobre la mesa baja de café reposaba un frasco de tranquilizantes: los tranquilizantes que le facilitó el médico que la trató la noche de las pastillas. ¿Se los había tomado? Seguro que sí, por eso no percibió mi presencia de lo dormida que estaba. ¿Habría abusado de la dosis? Casi lo deseé. Todo habría sido más fácil. Deseaba que se murieran tanto ella, como el engendro que residía en sus entrañas. Entonces levanté el frasco de la mesa y lo observé con detenimiento leyendo las advertencias y precauciones. Me sobrecogió lo que leí en la etiqueta de las pastillas: «Es peligroso tomar este medicamento durante el embarazo o la lactancia.»

## Capítulo 13. Paradiso

Estaba completamente superado por la situación. Me había regalado otro intento de suicidio y la vi colapsarse con su vientre y quedar inconsciente, y no era capaz de asimilarlo. En el trabajo por aquellos días empezaban los compañeros y los supervisores a regalarme comentarios del tipo «Mauri, ostia, estás empanado. El nudo de la soldadura está llena de poros. ¿Qué coño te pasa?» No era capaz ni de contárselo a nadie, ni de controlar mis emociones. Cuando llamé a Mario se quedó sorprendido. Si yo me molesté con él por una simple paella campestre, él desde luego por mi falta de lealtad como amigo debería por lo menos haber ignorado mi llamada, pues llevaba mucho sin hablar con él; pero no lo hizo.

—¡Hombre, Mauri!

—Mario, te vienes esta noche a tomar una copa. Yo te invito—. Le espeté de inmediato.

—Tío, ¿te pasa algo?

—Estoy muy estresado con todo el asunto del embarazo y necesito una copa.

Me pasé a recogerle por su casa y le propuse que visitáramos el Paradiso, la antigua Tecnostrón.

El Paradiso era un local de música pachanguera, de aquella que es machacona e hiperconocida, no sonaba música de minorías, sino de ritmos fáciles de bailar, para que el cateto de soltara tras un cubata a menear el culo y arrimarse a la más puta de todas, a la supuesta facilona que bailaba en el centro de la pista y demostraba su desinhibición.

Los machos betas u omega de nómina en ristre, junto a los autónomos más avezados, se intercambiaban codazos, señalaban a las mozas levantando enérgicamente su barbilla, y se frotaban las manos ante las oportunidades y rebajas de última hora, que se les manifestaban ante sus ojos. Sus rostros eran brillantes, los habían pulido aquella misma tarde; era como si les hubiesen untado una fina capa de cera que resaltara su limpieza, que aguzaba el color bermejo o atezado de su piel, y delatará que trabajaban a la intemperie. Las mujeres parecían no mirarles, más bien se hacían las interesantes, pero eran



capaces de distinguir con solo acercarse a ellos y recibir una bocanada de sus alientos obscenos y libidinosos el que compraba perfume de frasco menudo en tienda especializada, del que lo adquiriría de garrafón en el supermercado; y por ende, al vividor que derrochaba, frente al parco mentecato. Muchos de estos últimos, que eran descartados en cuestión de décimas de segundo, en ocasiones se preguntaban por qué no habían servido para nada sus esfuerzos en levantar peso en el gimnasio, ni el haber planchado su ropa, o el haberse descargado horas de *podcast* y tutoriales, que escuchaban con ensimismamiento en sus furgonetas, de todo un plantel de amigas *influencers*, expertas en el *Ars Amatoria* y *Medicamenta Faciei*, que enseñaban a los novicios en amores y los amantes más mal avenidos cómo tratar a una dama, y arreglarse para triunfar.

¡Qué cantidad de pechuga cruda! ¡Cuán derroche de feromonas! ¡Qué oscuridad más inspiradora y demoledora! ¡Qué tímida la testosterona del ambiente de aquellos segundones, que ni entre todos llegarían a los mil seguidores en las redes sociales! ¡Cuánta madre soltera con grandes aspiraciones! ¡Qué ingenuidad tan sonora para aquella aguda perspicacia de hembra escarmentada de sus desafortunadas decisiones de adolescente!

Nada más llegar me coloqué en la barra y pedí una botella de ginebra con todos sus avíos para combinar con tónica; lo cual no pasó desapercibido para más de una. Nos colocamos en un velador apartado a beber, allá en el fondo de los desconocidos. Mi único deseo para aquella noche era la de hablar con mi amigo, y contarle cómo me sentía, pese a que se me planteaba la acción harto difícil ante la restricción de no poder contar sus arrebatos de locura, que me aseguraban un retrato de lo que yo estaba seguro que era: un cobarde.

—Me he equivocado, Mario, nunca debí haber iniciado una relación con esta tía.

—Pues, se os ve muy bien, aunque, hombre, nos dejó a todos un poco descolocado el hecho de que a poco que os conocisteis os fuerais a vivir juntos. Nosotros pensamos que te había dado un atracón de amor, que te iba a pasar, y ahora, encima vas a ser padre. Ya nos queremos pasar todos por tu casa para traerte unos regalos.

—Sí, de eso del embarazo te quería hablar también. Tengo innumerables dudas al respecto. Joder, no sé cómo empezar. Bueno... mira... hace dos días...

En ese momento de revelación, una amiga de Mario se acercó a saludarle interrumpiendo mi discurso. Mario detuvo su atención y fue directa su mirada hacia el escote de aquella morena que lo conocía desde los días del instituto.

—¿Mario Guerrero Franco?

—Ostia, me suena tu cara una barbaridad, pero no acabo de situarte... sí, ¿Barbara? La hermana de Norma.

Aquellas dos chicas se nos acoplaron a beber con nosotros, y a mi se me quitaron las ganas de seguir allí, mientras Mario parecía muy interesado. Se trataba de una novia suya de la adolescencia y que estaba divorciada como él. La amiga y yo no parecíamos muy interesados en intercambiar conversación, y no se me ocurrió otra cosa que separarme del grupo. Agarré mi copa de balón, y observé desde un escalón superior la pista de baile con todo el espectáculo de feromonas danzarinas, carnes trémulas y colgantes a medio descubrir, y elucubraciones de olor a bacalao. Entonces llegó una chica morena con el pelo lacio. Me colocó el brazo sobre el hombro de manera inesperada, y con un acento extranjero me dijo: «Hola. Es la primera vez que te veo por aquí.» Me quedé observándola por unos instantes. Era obvio, por lo atrevido de su acción, que se trataba de una prostituta. Todo lo que me había contado Marfindo era cierto. El ambiente mezclaba a toda clase de perdedores en el juego del amor, tanto a hombres como a mujeres.

Inicié una conversación banal con aquella chica, que era rumana, y cuya osadía al atrapar me con su brazo, y hablarme tan directamente mirándome a la cara, me erotizaba. Después de un rato de hablar me preguntó si quería follar con ella, y le dije que sí.

Me despedí de Mario a la francesa. De todas formas, me parece que no le importó lo más mínimo. Estaba besándose con su amiga. La prostituta rumana me cogió de la mano y me llevó hacia fuera del local. Era mi primera vez, y me temía que no iba a estar a la altura de las circunstancias, tal era el estado mental en el que me encontraba. El alcohol ingerido tan solo me había desinhibido a probar, pero no menoscababa mi libido. Como Marfindo me había revelado, lo de atrás era efectivamente una verdadera «casa de muñecas». A la entrada había un recepcionista que iba cobrando por adelantado por el alquiler del dormitorio, y a cambio te daba una sábana, una llave de hotel y unos condones. Tuvimos que guardar cola. Allí se apretujaban varios pueblerinos, rechonchos y de los del taco, que hacían chistes y se aferraban a sus acompañantes sintiéndose por momentos unos bradomines afortunados, mientras esperaban a recibir un buen servicio. Aquella rumana se movía con total soltura por allí. Tomó la iniciativa al verme abrumado por mi falta de experiencia. A lo mejor se temía que me fuese a echar atrás, o tal vez era una mera cuestión de productividad en su negocio. Pagué al recepcionista y entramos hasta la habitación.

Todo fue muy deprisa. Sin apenas haber tenido tiempo para contemplarla

desnuda ya se obstinaba en prepararme para el coito. Al final se colocó encima mía y fue cuestión de minutos que acabara consumido. «¡Qué rápido eres, campeón! No me importa si nos quedamos un ratito abrazados. Me parece que lo necesitas.» Que una puta me dijera eso, era lo último que me esperaba. Aquella profesional del sexo era una auténtica psicóloga del varón. Permanecimos juntos unos momentos callados. No sacaba fuerzas para hablarle de todo lo que había visto hacía dos días en mi propia casa. Me tomaría por un loco. Entonces volvió a tomar la iniciativa:

—Eres de esos de los que se deja llevar. ¿Acierto si te digo que tienes pareja?  
—asentí con la cabeza. Ella permanecía desnuda mirando hacia arriba mientras yo estaba medio incorporado apoyando el codo izquierdo e inclinándome en mi costado —¿Estás casado?

—Cazado

Soltó una carcajada.

—He visto una gran cantidad de hombres como tú. Estoy seguro que piensas que estás ahí para salvar a las mujeres. Las mujeres detectamos a los hombres así a primera vista, y a muchas les encanta jugar con el corazón de estos hombres. Más de una se siente importante. No te fíes de las mujeres. Somos peores de lo que piensas. Un revolcón que parecía no implicar ningún compromiso acaba convirtiéndose en una pesadilla. No es tu obligación complacer a nadie.

—Conoces a mucha gente así.

—Te quedarías pasmado del tipo de gente que ha pasado por mi cama, y de las cosas que me han contado. Son siempre los mismos problemas. ¿Sabes? Dentro de unos años dejaré esta vida. Mira, se me están cayendo las tetas, y no quiero ponerme unas de plástico. Estudié administración de empresas y estoy pensando escribir un libro con las anécdotas y los secretos que me han confesado. Este es el confesionario de Irina.

—¿Qué es lo más raro que te han contado?

—Bueno, de asuntos sexuales creo que lo he visto todo. Hay mucho loco y depravado ahí fuera. Hubo un hombre que me asustó, y no lo volví a ver más. Declaró delante mía haber matado a más de una mujer. Pero que no tuviera miedo, que le gustaba matar a las mujeres casadas. No sabría decirte si era verdad o se estaba tirando un farol para impresionarme. Muchos hombres se las dan de duro atribuyéndose este tipo de actos. No es la primera vez que me ocurre, pero este por algún motivo extraño, sí me aterró. Hasta estuve tentada de ir a la policía a denunciarlo, pero no me dio detalles de nada y era un hombre que estuvo de paso. Sonaría ridículo. ¿Qué podría decirles?

—¿Crees en el demonio?

La chica miró hacia su reloj, y me advirtió que había pasado la hora. Recogió sus ropas y salimos de allí. Se desencadenó una tormenta nada más salir, así que me dijo adiós. Refugiándose bajo su cazadora, salió corriendo hacia el Paradiso, y desapareció entre la muchedumbre de la entrada.

Me quedé solo. Me asomé a la puerta del local que ahora estaba incluso más repleto que antes. La gente se agolpaba en la puerta para protegerse del aguacero, y al otear al interior, no reconocí la cara de Mario en ninguna parte. Tal vez se hubiera ido con su amiga. Volví a ver a Irina al fondo de la discoteca, y ya estaba hablando entre risas junto a otras dos chicas a un grupo de muchachos jóvenes envalentonados a tener una gran noche. Al observarla tan ajena en tan poco tiempo desde que me despedí de ella, me pareció como si nunca nos hubiésemos acostado juntos, como si todo hubiera sido producto de mi imaginación. El momento de nuestra intimidad se había desvanecido por completo, y ahora ella era una completa desconocida en una discoteca llena de caras poco familiares. En el medio de la pista Olga, aquella rusa con la que estuve saliendo por un tiempo, bailaba junto a un cincuentón medio calvo con ínfulas de divorciado con suerte, y cuando se dio cuenta de que la miraba, posó sus brazos sobre su pareja de baile, lo que agasajó a aquel hombre solitario que la tomó por la cintura. Me fui de allí. Llegué al coche empapado por la brutalidad de aquel chubasco, y la humedad de las relaciones. Aunque no pude contarle a nadie lo que había visto hacía dos días, me sentí algo reconfortado. Casi no me importaba regresar a casa. En el escaso tiempo que me llevó volver desde la antigua Tecnotrón, amainó el temporal. Ya tan solo chispeaba. Cuando subí a mi dormitorio encontré a la chica leyendo sobre la cama. Como despedía cierto olor a puta barata, no quise acercarme lo más mínimo por temor a que supiera como me había gastado el dinero, al que recientemente ella también tenía acceso. Le había sacado una tarjeta de débito y la autoricé en mi cuenta por si tuviera que comprar algo para el bebé cuando naciera.

—¿Que tal te ha ido con Mario?

—Bien—. Quise mantenerme en monosílabos ante el temor de que supiera en qué había acabado la noche de manera inesperada.

Me desnudé y ella dejó el libro en la mesilla de noche y apagó la luz. Me besó en la boca cuando entré en la cama y me tapé con la manta, y yo la correspondí por inercia.

—Hoy te he echado un poquito de menos. Me alegro de que hayas vuelto a casa. ¿Quieres que mañana nos encarguemos de arreglar las cosas del bebé?

Así de inexorables eran mis días. Cuando menos me lo esperaba era la chica más dulce del planeta, y pensar que me había tirado a una prostituta... No lo tomé como una infidelidad. No intercambiamos sentimientos, tan solo me ofreció el desahogo por lo que me ocurrió dos días antes.

## Capítulo 14. De Cómo Fui Despedido

Leí la carta de despido disciplinario con sumo detenimiento, como esperando poder aferrarme a algo que no fuera cierto y pudiera alegar para no perder mi empleo. Las razones eran claras y concisas. La primera vez que llegué tarde en toda mi vida fue la noche en la que ella se tomó las pastillas. No había dormido nada, y por supuesto, olvidé programar el despertador para que me levantara a la hora. No había más que colocado mi cabeza sobre la almohada. Cerré los ojos, y cuando los abrí, la luz penetraba por el ventanal, y los pájaros llevaban un buen rato cantando a raudales. Ella me había colocado el brazo por encima, y me rogó que no me fuera todavía con un rostro lastimero: «Ya llego tarde. Te veo luego.» Se quedó con una mirada rencorosa como la de un niño al que se le niega un juguete. ¿Eso era yo? ¿Un juguete? Al salir con el coche por la general, me encontré la carretera sorprendentemente repleta de vehículos. Los padres que habían dejado a sus hijos en el colegio la estaban embotellando. Era la primera vez que presenciaba algo así. Un hombre sacaba medio cuerpo de la ventanilla e imprecaba a los que delante circulaban por su aparente desgana por avanzar. Todos pitaban. Todos se irritaban. Todos se desesperaban. Yo me estremecía. Me estaba deslizando, sin haberme dado cuenta hasta ese preciso momento, hacia el lado de los empleados díscolos y problemáticos, cuando nunca había sido así.

Llegué al trabajo bien tarde. Fiché y dejé huella de mi falta de disciplina. Al segundo sonó mi nombre por megafonía. El capataz, Alfonso Gutiérrez Quinto, me requería en su puesto. Un excusa. Necesitaba una excusa diferente de la de «mi novia me ha armado un espectáculo esta noche. Apenas he dormido, y como se me olvidó con todo el estrés hasta poner el reloj en hora para que despertara, pues he llegado tarde.» Dicha excusa, pese a ser cierta, era tan ridícula e inverosímil que —estimé— me haría más mal que bien. Si bien todas las excusas apestan por igual, no todas delatan los mismos vicios. En mi caso dejaría ver como me había convertido en un pelele en manos de otra persona.

Iba a paso ligero para no importunar más al capataz hacia el almacén. Entré por la puerta por donde se despachaban los albaranes, y la chica de administración me miró en la cara y sentenció con el rostro circunspecto:

«Alfonso, lleva un rato buscándote y preguntando por ti.»

—Sí, no sé lo que me ha ocurrido. Me he despertado tarde hoy.

Cuando me disponía a subir por la escaleras, me topé con Alfonso de frente que bajaba.

—No subas. Acompáñame.

Me llevó hasta el interior del almacén y me mostró unas baldas que había que soldar. Me pidió que me encargara, que debía de estar listo hacía un rato, pero que teníamos tiempo. Me puse manos a la obra para tirar cordones de soldadura. No me había dicho nada por mi falta de puntualidad de aquella mañana. Justo antes de que comenzara la faena, sonó el móvil. Era ella, así que lo dejé en silencio. Empecé a trabajar ajeno a lo pudiera o no desear la loca esa que me había dado una noche de espanto, de poco sueño; que era capaz de tomarse un paquete de analgésicos; a la que los médicos de anoche le prodigaron un bote entero de tranquilizantes; la que estaba sola en mi casa, con un bote de tranquilizantes; que —como hemos dicho —se comportaba de manera errática; que no temía a la muerte; que era exagerada en sus reacciones, sobre todo si no respondes al teléfono, o la ignoras, o aun peor, la rechazas.

Apagué el soldador: «Mierda, a ver qué cojones quiere ahora.»

Seis llamadas perdidas y varios mensajes:

«Hoy te marchaste casi sin decirme adiós. Ya veo lo que te importo.»

«He pensado tantas veces en lo que nos ha ocurrido. En cómo he podido caer tan bajo contigo. Estoy tocando fondo.»

«Ahora lo sé. No tienes corazón. Te importa un carajo que me haya quedado sin trabajo. Claro, mientras tú estés bien, lo demás, no importa.»

Los siguientes mensajes ni los leí. Proseguí con mi trabajo. Pero eché los peores cordones de la historia. Cuando regresó Alfonso y vio la chapuza que había hecho, recibí una reprimenda aumentada por el hecho de haber llegado tarde. Alfonso no era mal persona, pero quizá no destacaba por su diplomacia. Desplegaba un talante hartos grosero cuando se sentía defraudado por algún subordinado. Le propuse volver a echar los cordones.

—Eso está claro. Esto es un mierda. Las baldas estas deben de soportar suficiente peso y ajeteo. Tú imagínate que de aquí a dos meses hacemos un envío de frascos al laboratorio y se despedaza, y nos cargamos el género. No sabes la que se puede montar. Vamos, por descontado que lo tienes que hacer de nuevo. Pon un poco de atención, que has dormido más que nadie.

—Bueno, esta mañana lo que pasó...

—No te he pedido ninguna excusa por lo de esta mañana. ¿Tú te crees que a

esta altura no sé ya que todas las excusas son falsas? Has llegado tarde, y punto. Me importa un bledo las razones; sé que no me dirás la verdad, aunque te la pida.

Al rato, volvió a sonar mi nombre por megafonía. En esta ocasión debía de personarme en recepción. Cuando llegué allí algo alterado por el día tan extraño que estaba teniendo, Mari Reyes, la recepcionista me anunció que tenía una llamada de mi novia, que era algo urgente. «¿A mi me llama ahora?» Puse cara de extrañeza y me encogí de hombros al tomar el auricular.

—Cariño, ¿no has leído mis mensajes? Estaba preocupada de que te hubiese pasado algo. Saliste muy rápido de casa. ¿Está todo bien?

—Sí, claro. Tengo hoy mucho trabajo, y no me puedo entretener.

—¿Llegaste tarde?

—Sí.

—Bueno, espero que no te hayan echado la bulla.

—No, todo está bien.

En esto que Mari Reyes, me advirtió que la línea de recepción era para las llamadas de clientes, que si no era urgente, que la llamara desde el móvil. Le hice señas como para tranquilizarla y que cortaría en breve.

—¿Quieres que comamos por ahí fuera? No me apetece cocinar.

—No. Necesito una siesta.

Mari Reyes continuaba y se impacientaba, reclamándome que cortara. En esto que bajó el director general y me vio con el teléfono en la mano.

—Mari Reyes, que tenga que bajar para pedirte algo, me parece excesivo. Llevas un rato hablando.

—Mauri, está hablando con su novia.

Entonces corté el teléfono de inmediato dejándola con la palabra en la boca, y como venganza, no volvió a cocinar en casa. Tan solo dispusimos de ahí en adelante comida basura que pedíamos por el móvil: latas, ultracongelados, o fiambre. Antes solía organizarme bastante bien. Los fines de semana preparaba mi comida para toda la semana. Descongelaba los platos caseros un día antes, y a mi vuelta los calentaba al fuego y me los comía. Me encantaban los platos de garbanzos y las lentejas. No sé por qué empecé a ser tan desordenado. Ni ella limpiaba la casa, ni yo tampoco. Cada vez se alteraba más mi programa y mi orden. Para cuando quise darme cuenta vivía en una pocilga y había engordado notoriamente.

Recuerdo que era el primero en llegar al trabajo, iba fresco y despierto. Pero eso paulatinamente fue cambiando hasta que un día, poco después de mi primera



tardanza, reincidí. En esa ocasión, Alfonso no me quiso ni mirar. Únicamente me llamó la directora de recursos humanos y me presentó una carta que no esperaba.

—Mauri, le he pedido que venga a mi despacho por un asunto que le incumbe. Hace unas semanas usted llegó tarde, ¿cierto?

—Sí, bueno... el asunto fue...

Ella sacó su mano y me mostró su palma en clara señal de no desear que me justificara: —Escuche atentamente, por favor. A usted se le pidió aquel día que soldara unas baldas, ¿correcto? Cuénteme.

—Sí, es cierto, y lo hice.

—De acuerdo. Tengo entendido por parte del señor Gutiérrez que dicha soldadura presentaba poros, y que se le notificó del peligro que suponía para el género dejar las baldas en dicho estado. ¿Cierto?

—Sí, es verdad. —Ahora empezaba a caer en la cuenta. Había olvidado por completo arreglarlas. ¿Cómo se me pudo pasar? —Bueno, no lo hice, pero ahora mismo me encargo.

—No es necesario que lo haga. Hoy mismo se han desplomado por el peso, y el cliente nos ha realizado una reclamación. Nos hemos tenido que deshacer de las baldas. En esta carta que le muestro, le notificamos de su falta de disciplina al desoír el consejo de su superior. Si vuelve a ocurrir algo semejante, nos veremos obligados a prescindir de usted. Firme aquí.

Cinco años sin ninguna reprimenda, y ahora en menos de un mes ya llevaba dos, y una carta de advertencia. Ese mismo día me encontré con el Canijo, aquel amigo de Mario que trabajaba en la discoteca Giro, que perdió su empleo por ser descubierto acostándose con una muchacha de dieciséis años en el almacén de la discoteca.

—Mauri, venía a despedirme de ti. He conseguido un curro mejor, y dejo la empresa.

—Me alegro por ti. ¿A dónde te vas?

—Empiezo a trabajar como instalador eléctrico en una empresa de paneles solares.

—¡Qué bueno!

—Sí, no quería dejar de pasar esta oportunidad de agradecerte que me ayudaras a que me aceptaran a trabajar aquí. Y sobre todo, porque no me conocías de nada. Lo dejo porque esto de la seguridad no es lo mío. Yo lo que estudié era electricidad, y ahora creo que voy a estar mejor. Pagan más. En fin, gracias, por haberme ayudado. Si un día, necesitas algo, tienes mi teléfono.

Todo lo que aquel chaval me estaba reconociendo era cierto. El Canijo lo pasó

muy mal. No tenía ni trabajo ni un duro. Mario me lo presentó un día y, bueno, me sentí un poco obligado para ayudarlo. No me arrepentí, porque creo que el Canijo había aprendido la lección. Empezó a trabajar de ordenanza en la puerta. No cobraba mucho, pero le daba para ir tirando. Lógicamente, cuando se le presentó una oportunidad mejor, apostó por ella. El Canijo se hizo un gran amigo mío, y de hecho, si no lo hubiera ayudado, y él no fuera un hombre de talante agradecido, ahora mismo no estaría contando mi historia. Llegaría el día en el que me devolviera el favor, y todavía hoy le estoy agradecido.

Finalmente, el motivo de mi despido definitivo de la empresa llegó. La chica salió de cuentas, y dio a luz. Dio a luz en casa. Algo sorprendente. En esos instantes creí que se había vuelto loca por haber parido de esa forma y totalmente sola. Por lo que leí en mi libro sobre embarazos, muchas mujeres tienden a caer en depresión tras parir. En este caso, lo extraño de aquel raro ser viviente que albergaba en sus entrañas, me hizo creer que agravaría su carácter. De hecho, toda parte final del embarazo fue un cúmulo de sobresaltos. Por las noches me despertaban sus alaridos que sentía desde mi habitación. Entonces me incorporaba e iba hacia su cuarto para saber qué le ocurría. Muchas veces no podía acceder a la pieza porque había corrido el pestillo. Aquellos gritos tan intensos eran como los de un cerdo cuando está siendo sacrificado. Me llenaba de alteración el pensar que pudiera estar muriéndose allí sin que yo pudiera evitarlo. Ella no me respondía cuando le gritaba qué le ocurría, mientras tiraba del pomo o buscaba la forma de forzar la puerta. Era como si tan solo existiese la atroz realidad de aquel dolor agudo. Eso tardaba unos instantes, luego paraba, y como escuchaba su intensa respiración, entendía que aquello solo había sido transitorio. Ella nunca me respondió. A la mañana siguiente cuando le preguntaba por lo sucedido me confirmaba que sufría unos dolores extremos en unas ocasiones, pero que en otras tan solo estaba poseída de unas pesadillas y terrores que tras desvelarse no recordaba. Los gritos de todas las noches siempre me estremecían de pavor. Nunca me llegué a acostumbrar. Yo le rogaba que fuera al ginecólogo y ella insistía que para eso le habían dado las pastillas; que ya había estado allí. Para mi todo aquello se llenaba de incoherencia, porque esas pastillas, según rezaba su advertencia, no eran compatibles para una mujer embarazada, pero no me atreví a comentárselo, porque ya sabía que iría en mi contra todo aquel argumento. No quería verla otra vez armando un escándalo. Ya me podía dar por satisfecho por no haber acabado en el calabozo.

En una ocasión dejó la puerta abierta en pleno arrebatos de dolor, y pude presenciar qué ocurría allí adentro durante sus coléricos arrebatos. Nada más

entrar, se quedó inmóvil y callada. Sus ojos estaban ampliamente abiertos, y reflejaban una mirada como poseída por algún demonio interior. El color blanco de los ojos se habían tornado amarillento, como del color que deja la nicotina al pasar por un pañuelo, y se le marcaban las venitas rojas. Le pasé la mano por ver si parpadeaba, pero no reaccionó. No se percataba de mi presencia, como si estuviera sumida en una profunda ensoñación o trance. De pronto, arqueó la espalda, apretó los dientes y soltó un ruido como el de que quiere expulsar algo de su vientre. Del susto me caí de espaldas. Estaba observándola en cuclillas junto a la cama.

Por las mañanas estaba siempre somnoliento y deprimido. Me creía ser presa de su mismo espantoso destino. Todos esos sobresaltos me estaban afectando el carácter. El corazón me palpitaba más de la cuenta cada vez que paraba a descansar en el trabajo, y finalmente, terminé por colapsar por completo. Había ido a tomar un café de la máquina dispensadora. A las once se nos permitía a ciertos empleados realizar una parada para tomar un cafetito. Todos nos reuníamos en una sala alrededor de unos veladores. Algunos compraban de los dispensadores algún dulce también. Yo solo tomaba café. Ese era el momento para realizar una conversación de diez minutos escasos, socializar, y volver al tajo. Entonces, en mitad de unas risas de un compañero que nos contó que su coche se le quedó hundido en la playa, y no podía sacarlo, sentí una fuerte presión sobre mi corazón. Me estaba quedando sin respiración, y las rodillas empezaron a temblarme. Estuve a punto de desmallarme. Una de las asistentes del departamento de exportación se percató de mi estado:

—Mauri, ¿estás bien?

—Creo que no. No puedo respirar—. Mascullaba mientras me estaba sofocando.

—¡Llama al ATS!

Me colocaron en el sofá del recibidor. El ATS atestiguó que mi corazón sufría graves arritmias. Llamaron a una ambulancia y un compañero me acompañó al centro de salud más cercano. Allí me dispensaron una inyección que me tranquilizó. Creo que estuve por media hora tumbado en la camilla. Cuando regresamos, me recibió el Director General para interesarse por mi salud.

—Mauri. Nos ha dejado usted bastante preocupados. Cuénteme, tiene usted algún problema. Hay algo en lo que le podamos ayudar. Sea sincero, que estamos para ayudarle

—No muchas gracias, señor Ramírez. No sé cómo me ha podido pasar esto.

—Bueno, recupérese, y no dude en tomarse unos días libres si lo necesita.

Un par de días más tarde me requirió de nuevo la Directora de Recursos Humanos.

—Mauri, su estado de salud ha suscitado muchas dudas, y lo que ha podido motivarlo. Le voy a realizar una pregunta muy directa, y espero que me responda con toda franqueza: ¿Usted toma sustancias estupefacientes?

—¿Yo? ¿drogas? No, claro que no.

Entonces sacó una probeta del cajón de su mesa y añadió: —Le tengo que pedir que nos deje una muestra de orina. Espero que no tenga ningún inconveniente.

Aunque la prueba de sustancias salió negativa, no dejé de estar en el punto de mira. Yo creía que había despejado definitivamente todas las dudas acerca de mi respetabilidad, pero no era así. Mi irritabilidad comenzaba a difundirse por toda la fábrica de Embotellados Martínez Sociedad Anónima, EMBOMARSA.

El día que dio a luz, me dispuse a pedir mi permiso de paternidad. Quería estar con ella. No me atrevía a dejarla sola de ningún modo. La situación se enrareció más aun a raíz del inusitado alumbramiento de la criatura. La directora se alegró por mi: —Ah, ahora me queda todo claro. Bueno, cuente con esos días, pero no se olvide de remitirnos la documentación del natalicio cuando regrese para tramitarle el permiso.

Sin embargo, a mi vuelta me encontré con una actitud distinta. Delante mía había una carta de despido.

—Usted, tiene problemas, pero desde luego, no podemos ayudarle aquí. Ha traicionado nuestra confianza. Si esto no es cierto, demuéstrelo, y le reincorporaremos a plantilla. Ah, y llévese eso. —la directora señaló a una bandeja con todo tipo de regalos para un recién nacido: cremitas, champú hipoalérgico, ropita unisex y demás. —Prefiero no revelar a sus compañeros los motivos finales por los que se le despide. Váyase. Aquí tiene su finiquito. Es más de lo que le toca por ley, así que espero que no nos reclame nada.

No me sentí con fuerzas ni para defenderme. No me quedaban argumentos. Al llegar a casa, todo estaba patas arriba, y de la parte alta rezumaba un hedor a podredumbre insoportable. «Mierda. No sé cómo resolver este asunto.»

## Capítulo 15. Tras la puerta.

La primera vez que me entraron ganas de cruzar la puerta fue durante mi baja de paternidad. Ya cuando habilitamos mi antiguo cuarto de trabajo en habitación para el bebé, me había reservado una llave por si acaso la pudiera necesitar. Todo me había parecido muy extraño, no solo el hecho de que el embarazo hubiera transcurrido de forma tan violenta, con extrañas convulsiones y desmayos repentinos y grandes dolores que ella paliaba con un medicamento que se suponía no se le podía administrar a una mujer embarazada; sino también por todo lo que nos había rodeado en la relación, aquellas peleas con la llamada a la policía, el lado oscuro de Marfindo que seguía preocupándome, sobre todo desde que lo sorprendí llamando a la madre sin razón aparente.

Por otra parte, el embarazo había alterado su condición física. Siempre oí que las mujeres ganan peso durante la gestación, ella por el contrario lo había perdido: su rostro era exangüe y se le acentuaban los pómulos y unas ojeras que parecían como una sombra de ceniza que cubriera la cuenca de sus ojos. Ciertamente, aquella mujer había perdido su encanto sexual en pocos meses.

El día del parto fue realmente lo más irreal del mundo. Acababa de llegar del trabajo. Ya había salido de cuentas, y cuando abrí la puerta, me la encontré sentada frente al televisor. Me llamó la atención el hecho de que ya no tuviera barriga. Entonces se levantó y me anunció que el bebé había nacido al mediodía.

—¿Por qué no me llamaste para avisarme? ¿Puedo ir a verlo?

—No. Está durmiendo ahora. —La casa me parecía demasiado en calma. Lo único que me exasperaba era la omnipresencia de platos sucios en el fregadero.

—Pero, ¿cómo fuiste al hospital?

—Simplemente salió del cuerpo.

—Pero, así no son los partos.

—¡Te he dicho que salió!

No quise subir. Ahora lo entendía. Efectivamente, el embarazo pudo haber sido simulado. Había visto en *internet* que algo así le sucedía a algunas mujeres. Era cuestión de tiempo que se derrumbara, ¿por qué entonces gastar esfuerzos? Tal vez hubiera una explicación médica a aquello que vi en más de una ocasión

moverse en su tripa, o tal vez lo había imaginado presa de la inquietud a la que me había visto sometido. Era el estrés. Había pasado unos momentos difíciles allí.

—Vale. Simplemente, ya me dirás cuando puedo subir a ver al bebé. Acuérdate que lo tenemos que registrar—. Me ignoró por completo.

Si bien, me tranquilizó todo por momentos, pues pensé que todo volvería a su cauce, y ya vería la forma de zafarme de una vez por todas de ella; me dejó intranquilo verla salir con su coche para comprar cosas y regresar con un conejo que había comprado de una tienda de mascotas.

—¿Ahora vas a criar una mascota?— empecé a reír.

—No. Esta es la cena. ¿Lo matas tú o lo mato yo?

—¿Qué estás hablando? Yo no quiero comer conejo.

Entonces sacó el cebollero y se lo clavó al animalito delante mía. Le temblaron las piernas durante un instante hasta que expiró y un latiguillo de sangre saltó a su rostro.

—¿Tú crees que Káiser querrá un poco? —mientras decía esto despellejaba al conejo y le sacaba las entrañas —¡Vamos! No pongas esa cara de asco. Esto es lo más normal del mundo.

Cuando hubo despiezado uno de los cuartos traseros del conejo, lo colocó en un plato y salió por la puerta de atrás para ofrecérselo al perro. Este nada más verla empezó a ladrarle y mostrarle los incisivos y colmillos con ira. No se había acostumbrado lo más mínimo a su presencia desde la primera vez que pisó la casa. Para el perro, la chica seguía siendo una invasora. Ella le dirigió unas palabras de cariño en su idioma, pero el perro hasta se alteró más e incrementó el volumen de sus ladridos. Daba brincos como para quererse liberar de la cadena y atacarla. Ella le echó el pedazo de conejo crudo que lo olió, y tras esto, no se quiso ni acercar. A la tarde, fui a traerle la comida y lo vi sosegado por completo. Me lamió la mano y se comió la comida que le ofrecí. En cuanto al trozo de conejo, aun estaba allí asaltado por una panda de hormigas rojas feroces. Lo tiré a la basura con algo de grima por los recuerdos que me evocaba, y esa misma noche lo llevé al contenedor. Cuando regresé a casa, me encontré a la chica en la puerta.

—Voy a salir a dar una vuelta. El bebé ha comido y está durmiendo. No lo molestes.

Entonces se me pasó algo por la cabeza. ¿Adónde iría? Estaba tomando la senda hacia La Higuera. ¿Iba a verse con Marfindo? Decidí entonces seguirla desde lejos. Andaba muy segura por aquel camino. Cuando desapareció de mi

vista, salí tras ella con sigilo. Al principio no se percataba de mi presencia, pero en una ocasión el ruido de mis pasos que hicieron crujir el rastrojo seco del suelo, la hizo detenerse y mirar hacia atrás. Me escondí tras una enorme pita y no me vio. Como sospechaba que podría darse la vuelta otra vez y descubrirme, la dejé que avanzara más de la cuenta sin moverme de la pita. Había tomado el camino hacia la casa de Marfindo. Lo sabía. Era una prostituta e iba a realizar un servicio a domicilio. ¡Malditos sean los dos que me engañaron! Sin embargo, ella pasó por delante de la casa de Marfindo sin entrar. La luz de su salón estaba encendida. No se iban a encontrar, al menos no en esa noche. Tal vez mis dudas sobre si ella había ejercido de prostituta como aquella mujer rumana con la que me acosté, eran infundadas después de todo. Sí, todo el estrés me estaba haciendo ver las cosas de otro modo. Me estaba obsesionando. Estaba lleno de incertidumbres, y no sabía con quién compartir mis inquietudes por ser tan escabrosas como delatadoras y vergonzantes de mi frágil personalidad.

La vi descender por el paso a nivel del tren de cercanías. Se estaba alejando demasiado. Creí en ese momento que había sacado las cosas de quicio. Tan solo estaba dando una vuelta. En ese momento, cruzó una carretera y miró hacia ambos lados para cerciorarse de que nadie la miraba. En el suelo yacía el cadáver de un gato. Se puso a observarlo con detenimiento, y acercó el rostro como para olerlo. Entonces sacó de su bolsillo una bolsa de basura, y sin usar guantes ni nada agarró el gato muerto por sus dos patas traseras y lo colocó dentro de la bolsa negra. ¡Qué repugnante! Me pregunto qué excusa habría dado a este hecho. Aquí si la hubiera sorprendido no me podría argüir algo similar a la naturalidad de matar un conejo para alimentarse. Eso era realmente macabro. De todas formas, se habría salido por la tangente y me habría dicho que el único loco era yo por haberla seguido a hurtadillas. Ella era así. No había forma de ganarle una discusión, por lo que abandoné el interés por discutir.

Regresé corriendo a casa y me fui a dormir de inmediato para disimular cuando llegara. A la media hora escuché el gozne de la puerta. Sentí la tentación de bajar y sorprenderla con un gato muerto en una bolsa de basura negra. Me levanté y descendí por las escaleras. Ella estaba sentada en el sofá.

—Acabas de llegar, y... —casi me da por preguntarle que dónde había metido el cuerpo del gato muerto.

—¿Te pasa algo? —me dispuse a mirar por todos lados para ver dónde encontraba la bolsa negra. Si la hallaba la conminaría a abrirla y mostrarme su interior—. Cada vez estás más loco—. Se reía.

Puede parecer raro, pero no encontré la bolsa de basura por más que miré por

todas partes. Me despedí de ella y me fui a la cama.

—Eso, vete a la cama y descansa, que te hace falta.

Tumbado en la cama, trataba de figurarme qué habría hecho con ese gato. Lo recogió del suelo con sus manos.

Al día siguiente en el trabajo uno de mis compañeros me preguntó por el embarazo de mi novia en nuestro momento de cafelito. Allí estaban todos. No había dicho nada a nadie, porque ni yo mismo confiaba que el embarazo fuera cierto. Tan solo sabían de él mis amigos más íntimos. Este se enteró a través de Richi, que lo conocía de su barrio.

—Mauri, no nos habías contado nada—. Comentó Mari Reyes.

—Sí, bueno, son cosas personales. Mi novia dio a luz la semana pasada

—Ah, ahora te entiendo —añadió la Directora de Recursos Humanos en tono condescendiente—. ¿Sabes tienes derecho a tu permiso de paternidad? ¿Has pensado cuándo tomártelo?

En ese momento creí que esa sería una opción para por fin descubrir lo que se estaba cocinando en mi casa en mi ausencia.

—No había pensado en nada.

—Súbete a mi despacho, y lo vemos juntos.

Después de encajar horarios y horas de trabajo acordamos que la mejor fecha era el día siguiente. Estaba seguro de que desentrañaría toda la verdad en este tiempo de lo que llevaba ocurriendo en mi casa durante casi un año. Tan obsesionado estaba, que no reparé en la documentación que debía aportar *a posteriori* para justificar mis días libres, lo que me llevaría a ser despedido más tarde. La dirección, ante mi falta de interés por facilitar los documentos por *email* como habíamos acordado, realizó sus propias pesquisas. Ahora que he recapitado un poco, ¿en qué estado de desequilibrio me había encontrado por aquel entonces para atreverme a tal osadía? ¿Es que pensaba que una profesional tan meticulosa como aquella se iba a olvidar del asunto de buenas a primeras?

De todas formas, permanecer en casa tan solo acrecentó mi obsesión, y no ayudó a resolver ninguna de las dudas que me acuciaban. Cuando le anuncié a la chica que me había tomado unos días de permiso para estar junto a ella, no pareció preocuparse. Casi ni le importó. «Bien. Vale. Así limpias la casa un poco, que le hace falta.»

La casa cada vez se asemejaba más a una pocilga. La chica solía bajar de vez en cuando a la habitación del pánico y sacar de allí alguno de los platos precocinados que introduje en el congelador con la justificación que si no los cocinábamos se pudrirían. Una mañana bajé a la habitación del pánico a reponer



productos ultracongelados por lo que pudiera ocurrir, y me encontré el congelador cerrado por un candado. Entonces, algo alarmado y, como no, enfadado fui a pedirle cuentas a la chica.

—¿Por qué has puesto un candado en el congelador? —proseguí con sorna — ¿Ahora te piensas que te voy a dejar sin comida?

Ella puso una cara de asombro, y permaneció boquiabierta por unos instantes. Sí, parecía que la había dejado sin palabras. Finalmente, replicó de esta manera:

—Debes de estas volviéndote loco de remate—. La interrumpí con interjecciones, y ella levantó la voz para acallarme—. No... escucha tú. ¿Te has olvidado? Fuiste tú el que puso ahí ese puto candado—. Gritó—. Estás obsesionado. No me dejas contribuir en nada en esta casa. Me estaba encargando de que no caducaran los alimentos. ¡Mira! —me enseñó un pollo congelado con una etiqueta en papel donde ella había escrito una fecha que destacaba —¿Lo ves? Me estoy encargando de poner fechas visibles para administrar mejor esta casa, mientras tú estás trabajando. ¿Sabes que yo no trabajo? Necesito sentirme realizada con algo, y no paras de entrometerte en todo. Eres un majareta, hasta le pusiste un candado al congelador de abajo. Porque si yo no he sido... ¿Ya no te acuerdas? Ojalá acabe ya tu permiso de paternidad, y regreses a la fábrica de una puta vez. Me vas a volver loca a mi también.

Era cierto que me estaba comportando de manera peculiar. Lo acepto, pero, de verdad, ¿tan enajenado estaba como para olvidar semejante cosa? Entonces brotó en mi mente el recuerdo de las baldas que se cayeron porque olvidé retocarlas con la soldadura. Si había olvidado esa tarea tan básica, ¿podía haber hecho algo de lo que no me acordara? Ya no confiaba ni en mi mismo. La había visto recoger un gato muerto del suelo que después no encontré por ninguna parte, y ahora había colocado un candado en el congelador de la habitación del pánico y no era consciente.

La siguiente anormalidad que experimenté por aquellos días fue la de las voces. Como he comentado anteriormente, y en otras ocasiones durante esta narración, la chica, después de haber parido ficticiamente, salía por la noches. Ya venía saliendo por la noche sola desde los primeros días de su embarazo. Ahora, en cambio, podría sentirse más segura con su espray. Cuando salía, yo directamente me iba a dormir, ya estaba escarmentado tras haber presenciado aquel espectáculo macabro con el gato. Sin embargo, en más de una ocasión escuché un cuchicheo en la parte de abajo de la casa. Era como si ella no estuviera sola, o tal vez, no fuera ella la que estuviera allí. Al menos en dos ocasiones, me desvelaron los cuchicheos y hasta risitas que llegaron a mis oídos

mientras descansaba en la cama. Me levanté, y saqué los pies para colocarme las babuchas. La madera crujió y cesaron los susurros y las risas. Fui descendiendo muy precavido. ¿Habría entrado alguien en casa? De ser así, ¿cómo es que Káiser no lo había advertido? Barruntaba que tal vez pudiera ser Marfindo el Loco, o tal vez el perro estuviese muerto. El Negro había envenenado a los perros de aquellos dos ancianos a los que molió a palos en su propia casa usando un par de salchichas impregnadas de matarratas. El Negro todavía andaba suelto, la policía aun no había dado con su paradero desde que su hermano el esquizofrénico se arrojara presa de sus delirios por la ventana del dormitorio y clavara sus sesos en el suelo. Fui bajando las escaleras y encendí la luz del salón. Todo estaba a oscuras y en quietud. ¿Habría soñado? Habría jurado que no. La chica aun no estaba en casa y eran las tres y treinta y tres de la mañana. Lo vi en el reloj digital de la cocina.

A la mañana siguiente compartí lo sucedido con la chica y esta se asustó. «No sé lo que haría si me encontrara a un delincuente en casa. Me muero.» Seguidamente, me contó que sabía a través de una vecina de muchachos jóvenes que allanaban las casas por diversión, ya que muchas de las viviendas de las dos urbanizaciones estaban deshabitadas la mayor parte del tiempo y los chavales entraban para hacer fiestas, o acostarse con chicas, o incluso habían realizado pequeños hurtos y actos vandálicos de cierta repercusión.

La segunda vez que sentí las voces y las risas, también escuché el siseo de alguien cuando crujió de nuevo la madera. En esta ocasión iba a averiguar lo que estaba sucediendo. Seguro que encontraba a unos adolescentes escondidos por alguna parte. Agarré la linterna. Si pillaba a alguno lo iba a dejar tieso. Estaba bien enfurecido por esa falta de respeto a la propiedad privada, y por haber acrecentado toda la paranoia que me atoraba la mente para pensar de manera clara como siempre había sido. Encendí las luces de toda la casa, y me dispuse a buscar por todos los rincones. Tal vez se hubieran escondido tras las puertas de los muebles de cocina. Los fui abriendo uno a uno, pero no hallé a nadie allí. Después fui a ver la puerta que conectaba con el jardín; estaba cerrada por dentro; luego, si habían entrado, aun estaban allí. En cualquier caso, para quedarme tranquilo, abrí la puerta y alumbré con mi linterna. Tan solo apareció Káiser que salió de su casita tan pancho para saludarme. Escuchaba ladridos de perros en la lejanía. Esto era muy común. En todas las urbanizaciones siempre hay algún ruido que altera a algún perro en algún momento. Ya está. Voy a mirar en el sótano, en la habitación del pánico. Cuando abrí la puerta que conectaba con la habitación del pánico, me sorprendió que estuviese abierta. ¿Habían dado

con la llave y se habían metido allí? Descendí por aquellos peldaños sin hacer ruido. Los tenía que sorprender. Tal vez los dejara allí dentro y avisaría a la policía para que tratara con sus familias. Eso me pareció lo más justo dadas las circunstancias. La luz estaba encendida y creo que alguien efectivamente estaba dentro. Empujé la puerta y allí estaba.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí abajo leyendo una revista, ¿por qué?

—¿También te estás tomando un güisqui?

—Sí, ¿te importa mucho? Me ayuda a descansar bien por las noches. De hecho, ya me iba a la cama.

Apagamos las luces y cerramos con llave la habitación del pánico. Cuando subíamos le conté que había vuelto a sentir las voces, y que por eso bajé.

—Vamos, Mauri, entiendo que ha habido algo de delincuencia en la zona, pero me parece que te estás obsesionando. ¿No lo habrás soñado? Empiezo a preocuparme por ti. Tal vez a partir de mañana dejes de sentir voces. Puede que sea la falta de actividad. Mañana te incorporas al trabajo, ¿no? Eso te hará bien. Yo también sufro en ocasiones de pesadillas. Muchas veces sueño con que me comen una bandada de insectos. Es un sueño recurrente, y me despierto empapada en sudores. Pero no le doy mayor importancia. Son solo sueños.

Pudiera ser que fuera por todo lo que había ocurrido durante esos días, aquella noche Marfindo el Loco apareció diáfano en mis sueños. Me encontraba dormitando en mi cama cuando de repente sonaron unos golpes. Alguien estaba aporreando la puerta del jardín. Me sobresalté por la violencia que suponía a los golpes. Casi creía que la puerta iba a ceder de un momento a otro por los golpes aquellos. Entonces fui hacia abajo de nuevo, como iba haciendo en las dos noches perturbadoras en las que había escuchado las risitas y los cuchicheos. Desde la escalera vislumbré la puerta del jardín. Fuera nevaba terriblemente y en la puerta, como una aparición fantasmagórica que resplandecía por sí mismo, apareció Marfindo. Este me hacía señas para que le dejara pasar mientras tiraba del pomo de la puerta en un vano intento por que cediera el pestillo. Yo me quedé paralizado de puro miedo mirándole. Entonces me hizo señas como que me quería cortar el cuello. Como no reaccionaba antes sus amenazas y coacciones, me reprendió para que le abriera la puerta.

—¡Ábreme! ¡Ábreme, Mauri! Ha sido la puta de tu mujer la que me ha traído y me ha dejado aquí. Hace mucho frío. Ábreme, que me muero. ¡Putas! ¡Ábreme!

Sonó el despertador y me levanté para ir al trabajo. Era la pesadilla más

desazonante que había experimentado en toda mi vida. Al ir al aseo para orinar me restregó la cara unos efluvios que provenían de la habitación donde se suponía dormía un bebé que nunca lloraba, que no gastaba pañales, que no lactaba, que nunca molestaba a la hora de dormir, que nunca preocupaba a la madre, y que yo no era capaz de contradecir por no enfrentarme con la agresividad de ella. Pergeñé una idea escabrosa: la madre efectivamente estaba embarazada de algo; ese algo pudo haberse sentido afectado por el hecho de que la madre consumiera tranquilizantes muy fuertes durante todo el embarazo. En mi mente imaginaba un feto deforme que se debatía por vivir y que se movía agonizante por la irresponsabilidad de la madre. Aquel día en el que regresé del trabajo, la madre habría sufrido un aborto. Había, como ella mismo expresó, expulsado el feto, pero muerto, y después de varios días, fuera lo que fuera lo que expulsó de su vientre, se estaba pudriendo en aquella habitación al cabo de varios días. «Muchas mujeres que sufren de abortos naturales, enloquecen por el efecto de sentirse culpables de no haber albergado vida en su interior, y llegan en ocasiones a pensar que sus hijos viven», recordé haber leído en internet. Casi sentí lástima por esa chica que había llevado una vida miserable desde que fuera víctima de un pogromo en su país de origen; que, seguramente, había sido forzada a ejercer la prostitución por su antiguo novio, el Indio, un drogadicto pendenciero al que la policía le había incautado un alijo de cocaína y lo habían metido en el trullo. Era una pena que alguien hubiera sufrido así en vida. De todas formas, esos indicios había que comprobarlos. Debía enfrentarla a su realidad, y por último, pasaría página. Ya no había nada que me atara a la vida de esa mujer. Podría incluso dejarle la mitad de mis ahorros para que se emancipara y rehiciera su vida. Yo empezaría de nuevo también. Tenía ganas de volver a recuperar mi espacio. El primer fin de semana que estuviera solo pensaba dedicarlo a limpiar la casa a fondo. Estaba hecha un asco. No lo sé. Ella no limpiaba y yo no... lo hacía tampoco. ¿Cómo me había vuelto tan pusilánime? Tampoco había ido a correr en mucho tiempo. Ya hasta me colgaba un poco la barriga, como cuando era un adolescente. ¿Y Káiser? También habría libertad para él. Eso de tener que atarlo y desatarlo cada vez que ella saliera era engorroso como nada. En algún arrebato de rabia por alcanzarla y atacarla había saltado como un poseso por zafarse de la cadena que le ataba al cuello. Hasta le provocaron úlceras que tuve que sanar. No se le infectaron de milagro. Todo aquello iba a llegar a su fin. Iba a recuperar mi vida.

Salí de noche como cada mañana, pero algo más motivado que en las últimas ocasiones y además, con fuerzas renovadas para reincorporarme al trabajo por

fin. Puse la radio y sonó una canción que conocía de memoria y me dispuse a cantarla en voz alta lleno de alegría. Llegué al trabajo, y saludé al nuevo ordenanza que había sustituido al Canijo. Fiché y recibí la notificación de que me dirigiera al despacho de la Directora. Me sorprendió que ya estuviera allí, porque yo era siempre de los primeros en incorporarme al puesto. De golpe y porrazo se desvaneció todo mi optimismo: me habían despedido, y con toda razón. Era algo con lo que no había contado, pero ya era demasiado tarde para lamentarse.

Al volver a casa, ya rayaba el anaranjado alba en el horizonte. La casa estaba en orden. Quise compadecerme, así que fui a ver a mi perro. No estaba. Alguien lo había desatado. ¿Lo habrían sustraído? Entré en la casa de momento, y por allí apareció ella en pijamas y bostezando.

—¿Qué te pasa? ¿No tenías que estar en el trabajo?

—El perro... no está.

—¿Cómo que no está? Mira bien. Llámalo, seguro que acude. Vamos, yo desde luego no me he acercado a él. Ya sabes lo celoso que era conmigo.

Era la segunda noticia negativa del día. Salí de la casa y recorrí toda la urbanización en un vano esfuerzo por encontrarme con él. ¿Lo habrían cogido unos gamberros? No. Imposible. Eso lo suelen hacer con los cachorros. Recuerdo que me contó Marfindo que unos chavales se saltaron a una casa a mangar unos cachorrillos, y fueron atacados por el resto de la manada que los dejó allí desangrados e inertes. Si algún extraño se hubiera acercado a Káiser, este les habrían desgarrado el cuello a mordiscos. Káiser se habría defendido. No creo que nadie en su sano juicio se hubiese atrevido a semejante estupidez. Cuando recorrí todas las calles de las urbanizaciones con la esperanza de que diera Káiser y este me recibiera con el júbilo que acostumbraba, decidí regresar a casa. Era la hora de comer.

Entré por la puerta de la casa con lágrimas en mis ojos. Al verme salió a mi encuentro y me abrazó para consolarme.

—No te preocupes. Compraremos otro.

No pude. De hecho, el duelo todavía a fecha de hoy me dura, y mucho más se acrecentó cuando finalmente supe lo que fue de él.

Durante el almuerzo revelé a la chica lo del despido, y me sorprendió que no se molestara, sino que se mostrara compasiva conmigo. Luego, le mencioné lo del olor que despedía el cuarto del bebé, pero ella aseguraba que no era de allí, sino de las cañerías. «Tal vez una rata se haya muerto allí y haya atorado alguna cañería del desagüe. No es la primera vez que te encuentras con alguna, ¿no?»

Seguidamente, me hizo saber que el bebé estaba bien, que muy pronto lo iba a sacar para que fuéramos los tres a pasear.

Ya me había hartado. Iba a abrir la puerta o echarla abajo cuando saliera de la casa. Todavía guardaba una copia de la llave en mi mesilla de noche. Esa misma noche, cuando ella se dispuso a salir, a sabiendas de que tardaría, subí a mi cuarto a por la llave decidido a desentrañar los secretos tras esa maldita puerta. No obstante, al abrir el cajón descubrí que la llave había desaparecido. «Y una mierda. Voy a echar la puerta abajo». Fui al cuartillo del jardín a por un cincel y un martillo. Iba a retomar las riendas de mi vida, pese a los dos infortunios de aquel día.

## Capítulo 16. Mis Raras Alucinaciones

Sonó la campana. Era de noche. Me sorprendió el hecho porque si ya de por sí mi vecindario era solitario por el día, lo era aun más por la noche. Si era el viejo Marfindo, lo ignoraría. Conforme fui acercándome a la puerta percibí el rugir de un ciclomotor. Podría ser Gonzalo. ¿Qué querría a esas horas? Efectivamente, era él. Seguramente, me daría una nota rápida, porque no había apagado el motor. Entonces, sin esperar a que me acercara profirió levantando la voz desde la cancela:

—Disculpa por las horas. Te iba a dejar un mensaje en el móvil pero me he quedado sin batería. Mañana no me puedo acercar a tu casa. Ya te advertí en su día que la mejor opción era vivir en el pueblo. En fin, ya hablamos—. Y tras despedirse salió de allí sin que pudiera preguntarle a qué venía todo aquello.

¿Insinuaba que quería vender la casa? Gonzalo había desaparecido tras hacerme llegar su mensaje y me había insinuado algo que me tomó por sorpresa, por lo que no tuve ocasión de réplica alguna por mi parte. Además, ya estaba ocupado en derribar esa puerta, y darle a entender a la chica que sus mentiras tenían las patas muy cortas. Subí a la planta alta y me coloqué frente a ella con un martillo y un cincel para hacer saltar el pestillo. Entonces hubo algo que me detuvo de mi propósito. Cuando iba a colocar el cincel sobre la cerradura para reventarla, sentí un ligero escalofrío. Una jauría de perros empezaron a ladrar enfurecidamente; el ruido provenía del patio trasero, y percibí un suave movimiento en el interior de la habitación. Era como esa sensación incómoda cuando presientes que alguien te observa a tus espaldas. Allí dentro había algo con vida, hasta me llegaban sus pensamientos, y me provocaban algo de zozobra. No era humano, pero sí un ser viviente. Me sentí algo inseguro sobre si mejoraría mi vida si cruzaba el umbral de aquella habitación tan callada, pero con alma propia. Estaba escuchando el silencio de su interior, los latidos de las sombras que la habitaban. Coloqué la palma abierta de mi mano derecha sobre la superficie plana de la puerta como el que la coloca sobre el pecho de alguien tendido para asegurarse de que late su corazón. Estaba helada. Los perros proseguían ladrando con ímpetu e inquietud, y alguno incluso aullaba de puro

espanto. Entonces, pude percibir aquel sonido seco que me aparto de inmediato de la puerta unos centímetros. Fue justo cuando iba a apoyar mi pabellón auditivo sobre aquella superficie fría, plana y desolada. El ruido fue seco. Dos tablas de madera que chocaban. Me recordaron el crotorar de las cigüeñas que oí la misma noche que acabé paseando por la ruinas del viejo convento donde se habían perpetrado presuntamente tantos infanticidios. La memoria de las emociones que me provocó dicho sonido nocturno volvió a turbarme. Después de todo, si abría la puerta y no hubiera nada en su interior, ¿acaso no la induciría a otro ataque de locura aun más agudo todavía que los dos anteriores? En el último casi acabo en el calabozo. Tal vez me estaba dejando llevar por las emociones negativas de ese día. Acababa de ser despedido y mi perro había desaparecido. Creo que estaba llenando ese hueco originado por las circunstancias adversas con ira ciega, que de seguro me iba a acarrear problemas aun mayores de los que ya experimentaba.

Acabó por desterrar mi idea de abrir la puerta, la llegada repentina de la chica. Entraba por la puerta de abajo hablando desenfadadamente con alguien. Era la voz de una mujer algo cavernosa y ronca como la de la gente que fuma con frecuencia. Esa voz me sonaba familiar, pero no fue hasta que me di de frente con aquella mujer que pude reconocerla. Se llamaba Rosario Fuensanta. Rosario Fuensanta era repartidora autónoma. No la conocía en persona, pero sabía de ella por oídas. Las baldas que se desmoronaron por no haber echado bien los cordones de mi soldadura fueron colocadas en su furgón. Cuando me mostraron los desperfectos que mi olvido produjo sobre la mercancía, ella estaba allí de pie con las llaves de su vehículo en la mano esperando cobrar su cheque por el porte. Corrían por la fábrica rumores acerca de ella, los cuales pude corroborar más tarde, ya que entraría a escena como un torrente nuevo de desgracias por si ya me había acomodado a mi perenne y torticera realidad. El Canijo no pudo calificarla de manera más plausible que esta: «Es una tortillera con muy mala uva.» Justificaba esta aseveración en lo tortuosa que se habían vuelto sus relaciones con otras chicas, las cuales le habían granjeado la fama de malcarada y pendenciera. Rosario Fuensanta tendría unos treinta años por aquella época. Era una mujer de mediana estatura, y de espalda ancha y musculosa. Tanto el pelo, que lo llevaba bien corto, como los ojos, eran negros; sin embargo, la cara estaba algo enrojecida e irritada por los innumerables barrillos que le estropeaban la piel. Tantos eran, que la llamaban durante la adolescencia en el colegio la «Carapizza», mote que la irritaba y provocaba en ella ataques coléricos premeditados. Según contó el Canijo, le partió un diente a un



muchacho del instituto que se metió con ella de esta forma. Al chaval lo tomó por sorpresa, ya que lo asaltó sin que este lo esperara días más tarde de que la llamara así; le atacó en un callejón con un puño americano, que nadie sabe de dónde adquirió, pero que le servirían desde ese momento en adelante para amedrentar a la gente que no comulgara con ella. Por esto, supongo que Rosario la Carapizza era de esas personas que se guardan en lo más hondo de su ser las ofensas, y que no dejaba sin cobrarse nada de lo que los demás le adeudasen, y mucho menos los cheques por los portes, aunque no hubiese podido entregar la mercancía.

Nunca acabó el bachillerato. De hecho, fue una verdadera fracasada en sus estudios. Repitió tantas veces que si ya de por sí su musculatura era intimidante para las otras chicas, su diferencia de edad y la reputación que fue acumulando con los años acrecentó el miedo que le profesaban los demás. A ella no parecía importarle mucho lo de no acabar sus estudios, porque parecía divertirse el respeto que infundaba en las chicas. Cada año elegía a una como pareja, y si presionaba más o se jactaba de sus nudillos y fechorías, ganaba a alguna amante extra en el curso escolar. Estas relaciones eran secretos a voces. Oficialmente, nadie se había enrollado con ella o había sucumbido a sus propuestas sáficas, pero en los mentideros del recreo y corrillos en los cuartos de baño del instituto la información que circulaba era muy distinta. Finalmente, su padre optó por comprarle un furgón para que viviese de ello, y con el tiempo tan solo quedó el recuerdo áspero para los que la soportaron.

¿Qué hacía esa mujer allí en mi casa? Había escondido el cincel y el martillo en el cajón de la mesilla de noche, y salí al encuentro de las dos mujeres. Entonces la chica me anunció el motivo de la visita de Rosario con un tono demasiado suave como para ser sincero; casi rayaba la sumisión.

—Hola, cari. Esta es Rosario me va a comprar el coche.

—No sabía que querías deshacerte de él—. Repliqué sorprendido

Ella puso voz de mujer apocada, casi llega a convencerme: —¿No te parece bien que lo venda, cari?

Rosario resoplaba de impaciencia, viendo que su trato estaba en riesgo.

—¿Por cuánto lo vas a vender? —inquirí

—Dos mil euros.

—¿Nada más? —mi sorpresa fue mayúscula, porque su coche bien podría valer más del doble.

Rosario nos interrumpió: —Perdonad, yo me marchó. Creo que no tenéis claro lo de la venta—. Miró hacía la chica y sentenció en firme—, yo más de dos mil

euros no te doy. El coche era para mi hermano. Si te viene bien, me llamas, y te lo compro—. Con este parlamento, salió cerrando la puerta.

La chica miró hacia mi con rabia: —Mira lo que has hecho, me estropeaste la venta.

—¿Tú estás chalada? Se lo ibas a regalar.

—Y a ti que te importa. Métete en tus asuntos. No cojo el coche nunca y no es apropiado para vivir aquí; antes de cargármelo, prefiero venderlo por lo que sea —. Gesticuló mostrando frustración y subió para su habitación —No sé para qué dejo que te entrometas en mis asuntos, cuando no eres ni capaz de mantener un trabajo en el momento en el que más lo necesitamos.

Aquella noche decidí que iba a ocupar todas las mañana en buscar trabajo. Empezaría actualizando mi currículum. Hacía años que no lo hacía, porque nada más acabar la racha de la construcción, me enteré del puesto en EMBOMARSA y, gracias a la recomendación de mi anterior jefe, no necesité ni redactarlo. Me di cuenta de que la tinta de la impresora se había secado cuando fui a imprimir mi primer currículum, así que me dirigí hacia el cuartillo para sacar un cartucho de tinta nuevo. Al llegar allí, me llamó la atención encontrar un cartel de «Se Vende». Era obvio que aquel cartel era nuevo, porque no se encontraba gastado por los elementos ni decolorado por el sol. No le presté mayor atención.

Estuve toda la semana visitando mañana y tarde a empresas que conocía y dejando mi currículum. Un viernes al llegar a casa a la hora de cenar, la chica me había preparado una sorpresa muy agradable. La casa estaba limpia y no quedaba ningún cacharro sobre el fregadero. Hacía mucho que no olía tan bien. Había colocado varios quemadores de esencias al limón que conferían una atmósfera cálida a la casa. Además, había apagado las luces y encendido velas cuya cimbreada llama me relajó. No entendía esa actitud tan acogedora. Fue la única vez, en todo el tiempo que estuvimos juntos, que preparaba un recibimiento como este. En la mesa reposaban un par de platos, y vino, y ella me invitó a sentarme para cenar juntos. Cuando sirvió el primer plato, me animó a que me aseara un poco.

—No. Tengamos un momento auténtico de intimidad. Anda, aséate un poco.

Obedecí sus órdenes como un corderito al que el perro pastor casi sin esfuerzo guía al derrotero que más le conviene.

Casi me complacía tanto ese cambio de actitud repentina que me sentí con fuerzas y confianza para tratar todas las dudas que me acuciaban. Ella motivó la cena romántica en la venta del coche: «Ya me he deshecho del coche, y quería compartir contigo mi alegría. Estoy segura que a partir de ahora nos van a ir

mejor las cosas.»

Yo compartí con ella todo lo que estaba haciendo para encontrar un empleo cuanto antes queriendo encontrar la aquiescencia por parte de ella. Ella a cada iniciativa que detallaba, siempre añadía un «tienes que», «pero debes también», y un «no te olvides tampoco»; que de no haber estado tan embelesado por las velas, el aroma y la comida, me habrían irritado y habría tomado esas matizaciones puntillosas como ataques personales.

Le saqué el tema de Gonzalo, y le pregunté si ella había traído el cartel de «Se Vende» al cuartillo.

—¿Yo? ¿Por qué haría algo así?

Me quedé sin palabras. La verdad es, que yo sepa, los carteles no andan ni se cuelan en los trasteros, alguien los tiene que adquirir y ponerlos allí, pero, por otra parte, el único que podía firmar la venta de la casa era yo.

—¿No lo comprarías tú en otro momento y ya te has olvidado? Con la cabeza que tienes... quién sabe.

—Gonzalo se presentó en casa hace unos días y mencionó algo de vender la casa.

—¿Estás pensando vender la casa? ¿Ahora que ninguno de los dos trabajamos?

—No. En absoluto.

Luego, le conté todo lo que el Canijo sabía del pasado de Rosario. Le resultó gracioso todo aquello. «Pero, ¡qué pandilla de deslenguados sois los tíos cuando os lo proponéis! A mi me pareció una mujer algo hombruna pero buena gente.» En ese instante sonó su móvil con aquella melodía triste dedicada de los amores contrariados, y ella aceptó la llamada. Era Rosario. Como el demonio, al cual se le mienta y aparece, había marcado su número, y mi pareja parecía muy contenta por hablar con ella y cortar nuestro momento de intimidad, el único que habíamos compartido desde hacía meses. Después de la cena me preparó un *gintonic*, y nos besamos en el sofá. Entonces, sentí un leve mareo. La bebida me había achispado, atribuí el vahído al tiempo que llevaba sin beber desde que no me encontraba con mis amigos. Ella me tomó por la mano y me levantó de la mesa. Me sugería que era el momento para que nos acostáramos juntos, que se moría de ganas. Me colocó sus manos sobre los senos y la cintura. Yo me dejaba llevar y la seguí por las escalera hasta el dormitorio. Me tumbó en la cama, y me desnudaba. Yo le levanté un poco el vestido ajustado y sugerente que había elegido para aquella noche. De pronto, dejé de sentir mis manos y mis piernas que quedaron rígidas. «¿Que te pasa, amorcito? No estás listo para una gran

noche?» Balbucía algunas palabras, pero la lengua se me trababa por momentos, y me iba quedando lentamente paralizado por completo. Ella, no obstante, proseguía desnudándose sin que yo pudiera reaccionar a sus caricias. «Ay, amorcito, ¿qué pasó? No estás listo para tu gran noche. ¡Qué lastima! Me voy a quedar con las ganas. Hoy estaba caliente como una gata en celo.» Dejó la luz encendida y salió de la habitación, ya no era capaz de pronunciar ningún sonido articulado pese a que lo intentaba. Me quedé consciente, rígido y completamente desnudo: solo su misericordia podría evitar algo terrible, ya que no me quedaban fuerzas o voluntad alguna. Regresó a los pocos minutos, vestida con su camisón y con varios imperdibles de gran tamaño. Me los mostró acercándose la aguja a los ojos tanto, que me espantaba, ya que intuía que pretendía herirme con ellos. «¿Creías que no me iba a enterar de tu intento de entrar en el dormitorio del bebé?» Mientras me asombraba con esta revelación pasmosa, me empaquetaba en una sábana colocándome los imperdibles para asegurarse de que quedaba totalmente inmóvil; parecía como un pequeño insecto atrapado por una araña y a la que se le había dejado la cara al descubierto para ser testigo de lo que le iba a ocurrir en unos instantes. Me colocó la mano sobre el pecho y me dio un par de palmaditas, mientras me hacía saber que si es que tenía tantas ganas de conocer al bebé, me lo mostraría de inmediato; y volvió a salir.

Cuando se marchaba reparé en que su semblante no era el mismo que yo conocía. Era como si llevara ajustada al rostro una careta de cera inexpresiva. Me asustaba su falta de expresividad. Entonces supuse que se trataba de una terrible alucinación. No podía dar crédito a lo que estaba presenciando. La atmósfera era irreal como la de un sueño. Los tamaños de los objetos a mi alrededor no parecían guardar orden con la realidad. El despertador de la mesilla de noche era inmenso, mientras un cuadro de la pared diminuto. Todo me daba vueltas. Entonces apareció en el vano de la puerta con la manta que me regalaron mis compañeros de trabajo envolviendo algo. Tal vez fuera un muñeco porque se advertía que estaba tieso y tumefacto. Ella le dedicaba ternezas en su idioma a eso que yo no podía ver, y sujetaba entre sus brazos. Lo único que entendí era la palabra «papá», por lo que inferí que le estaba hablando a eso de mi. De repente, aquello cobró vida, y se meneaba de lado a lado como si estuviera cerniendo la cintura, tal y como se movía en su vientre antes de parirlo. Ella lo tranquilizaba siseándole, liándolo de nuevo en la manta para que no se destapara, y musitando más palabras cariñosas incomprensibles. Entonces, lo escuché: lloraba como un bebé. «Ay, le ha entrado hambre. Le voy a dar a tu perro para que se lo coma enterito.»

A la mañana siguiente, me dolía la cabeza. Estaba en calzoncillos. No había signos que indicaran que lo que viví el día anterior en mi dormitorio no fuera otra cosa que una alucinación o una pesadilla. Descendí por la escalera algo aturdido. La chica estaba allí, tomando un café en una taza con magdalenas y viendo un programa de cotilleos. «Buenos días, borrachín, ayer me dejaste con las ganas. Te he preparado café. Lo tienes en la cafetera. Aun debe de estar caliente.»

¿Qué me había ocurrido? Me sentí totalmente deprimido y desorientado, y achaqué todo aquello a la pérdida de mi perro, de mi trabajo, y de mis amigos. Así se lo hice saber. Empecé a lamentarme delante de ella por todo lo que me había sucedido en los últimos meses.

—¡No! No puedes seguir así. Creo que te estoy ayudando y estoy poniendo todo de mi parte. Ayer me esmeré en la cena. Quería que tuviéramos un rato para los dos. Hace mucho tiempo que no tienes detalles conmigo, y cuando yo tengo uno contigo, vas y te emborrachas.

—Lo siento —me disculpé cabizbajo.

—No, Mauri, ¡Estoy harta! Eres un desconsiderado.

Ya no tenía fe en nada. Ni en mí mismo. Desde aquella noche resonaron las palabras de Marfindo quien imputaba su locura al resoplar del viento de levante en sus orejas. Tal vez era eso. Me estaba volviendo loco como él, o como el resto de gente rara de las urbanizaciones. ¿Acaso no afirmó Marfindo haber visto el fantasma de la «mujer errante»? ¿Y muchos otros tras él? Solo me quedaba perpetrar un crimen o bromear de haberlo cometido, o convertirme en un perverso acosador de los que espían a las mujeres cuando se desnudan, y les roban prendas íntimas. Quizá me volvería como el hermano del Negro, que asaltaba las casas sin vigilancia y mataba a palos a los ancianos indefensos para realizar un sacrificio ritual a Belcebú.

Más tarde descubriría cómo se desarrollaría mi locura personal, cuando se reiteraron los sonidos de las cigüeñas en las noches de luna llena. Tal miedo me infundían, que anhelaba despertarme creyendo que se trataba de una ensoñación. Aquella experiencia lúgubre estaba derritiendo mi cerebro, reblandeciéndolo como un membrillo puesto a cocer. No quedaría ahí la cosa. Pronto escuché los llantos de un bebé, como aquellos que muchos afirmaban haber oído entre los muros del viejo convento. Así de loco me estaba volviendo. ¿Me terminaría suicidando como alguna de aquellas monjas? A las noches le rogaba a la chica que no saliera, porque no quería quedarme solo. Podía cometer una estupidez, ya que mi propio juicio me había abandonado. En ocasiones llegué a pensar que lo

mejor que me podía ocurrir era morirme. En las siguientes semanas no me sentí con ganas de buscar trabajo. Estaba apático y a la vez engordando a pasos agigantados, ya que el único solaz lo encontraba cuando comía lo más asqueroso que encontraba. Gastaba la mayor parte del dinero en comida basura y bollería. Entonces, una mañana me miré al espejo y no era yo quien estaba allí, era Consuelo, su antigua compañera de piso. Mis ojos estaban igual de apagados y circundados por un anillo gris; mi semblante, enfermizo y macilento; el talle, descuidado; el pelo y la barba eran montaraces, y por comodidad o desidia, no me apetecía vestir nada más que una camiseta ancha y unos pantalones cortos que no iban a juego. Por otra parte, la mayoría de la ropa no me entraba, y mi abulia y falta de dinero no me inspiraban a comprar nada nuevo. Por otra parte, los ingresos seguían mermando. La chica gastaba como si eso de la falta de empleo no fuera con ella, pero me encontraba tan desanimado, que no hice el menor esfuerzo por reprenderla por su actitud tan desprendida.

Muchas veces he tratado de dar respuesta a esa falta de valor que tuve para enfrentar la situación. Repasando mi historia desde la lejanía, tanto espacial como temporal, parezco un verdadero imbécil, pero luego me acuerdo de las personas que acaban muertas por sus parejas después de haber sido vilipendiadas durante mucho tiempo, y aunque no soy capaz de justificar esa actitud pasiva, llego a la conclusión de que algo tenemos en común, que nos paraliza para tomar la decisión correcta. En una ocasión leí en *internet* la parábola de la rana en agua hirviendo. Al parecer si colocas a una rana en un recipiente con agua tibia, esta se queda allí pese a que coloque el recipiente sobre una leve llama. El agua comienza a hervir y la rana no hace nada al respecto. Se queda allí confiando que se aclimatará, hasta que acaba cocida por el bullir del agua. Todo empezó con una ligero vaivén. Con varias peleas y algún intercambio de cariño, y yo pensaba que me aclimataría, y que mi suerte cambiaría, pero, en cambio, todo estaba convirtiéndose en miseria, y cada día me hundía más en un lodazal.

Como ya empezaba a tocar fondo, decidí visitar el médico de cabecera para que me desviara a la consulta del psiquiatra. Esperaba que me recetara algo para que sobrelleva el calvario. La mañana que me presenté en la consulta, le narré los problemas más grandes omitiendo la basura de relación en la que me encontraba y las alucinaciones. La doctora del centro de salud, a la cual no había visitado ni una sola vez en los tres años que llevaba empadronado en el municipio, tan solo me recomendó una cosa:

—Mire, usted. El psiquiatra no es para casos como el suyo. Es para problemas mentales graves en los que la persona si no se trata, va a cometer una barbaridad.

Por lo que usted me ha contado, lo que se siente es deprimido.

—Sí, en una ocasión me dio un ataque de ansiedad en el trabajo y me recetaron esto—, interrumpí y le mostré una caja vacía de ansiolíticos, y ella se colocó sus gafas para leer el prospecto.

—Déjeme ver. Ah... sí... ya veo. Usted sufrió un ataque muy fuerte, supongo —me escrutó con la mirada por encima de sus gafas, y yo asentí—, entonces le recetaron estas pastillas, pero yo no se las recomiendo en absoluto. Estas pastillas están para casos extremos, no para tomar a su antojo. Además, puede ocurrir algo que no le va a venir muy bien: podría engancharse al fármaco, y que este no surtiera los efectos deseados. Entienda algo: usted tiene problemas y los medicamentos no resuelven problemas, tan solo te aturden. Enfréntese a ellos, y saque su vida adelante.

Tenía razón después de todo. Esa misma semana retomé la búsqueda de empleo con renovadas fuerzas, pero no sería sino un antiguo compañero de trabajo, el cual me debía algún favor del pasado el que me fuera a salvar de mi desgracia opresiva.

## Capítulo 17. Problemas En El Vecindario.

Era fin de semana. De eso estoy seguro. La chica dormía en su habitación y yo trataba de arreglar la casa un poco. La noche anterior habíamos recibido la visita de Rosario, o mejor dicho, ella había recibido su visita, y la casa había quedado hecho un desastre, así que me dediqué a recoger las colillas y las latas de cerveza vacías y espachurradas, y meterlas en una bolsa de basura. Yo no había aguantado la compañía de esa mujer y me había ido a la cama antes que ellas. Creo que estuvieron hasta muy tarde, porque las sentí reír a carcajadas desde mi dormitorio.

Desde el patio de atrás se escuchaba el rugir de un motor de coche y cómo se acercaba hasta la casa. Presentí que ese coche venía de visita. Me dirigí a la parte delantera de la casa para llevar la basura al contenedor más cercano y me topé de frente con un vehículo de la policía. De allí salieron una mujer muy atlética y atractiva vestida de paisana, y un agente con uniforme. Me encontraron justo cuando me disponía a salir por la cancela. Entonces, la mujer se identificó con su placa como agente y pronunció mi nombre:

—¿En qué puedo ayudarles? —Mi voz sonó temblorosa y carraspeante. Ya había experimentado un episodio con la policía, y sospechaba que esta iba a ser la segunda parte. Ambos policías se miraron e intuyeron mi preocupación, mientras trataba de regresar mi respiración a la cadencia de un hombre sosegado, y parar de parpadear de manera irregular.

—Conoce usted al señor Gonzalo Zambruno—, inquirió la detective.

—Claro, es el intermediario que me ayudó a encontrar este terreno.

—¿Está aquí en su casa? —Añadió el acompañante.

—No, claro que no. ¿Quieren pasar?—, hice un ademán para que entraran en la casa. Ambos se excusaron, luego la detective continuó preguntándome.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Pues, ahora que lo dice, hace un par de semanas o así. Me resultó algo extraño. Llegó por la noche. Iba a pasar unos días o algo así, y luego me dijo que iba a pasarse por mi casa por no sé qué asunto. A mi me parece que creía que quería vender la casa o algo así.



Entonces el policía se apresuró a añadir: —Pero, usted, ¿no quería vender la casa?

—¿Yo? ¿por qué iba a hacer tal cosa?

Los dos agentes permanecieron callados por unos instantes y se cruzaron las miradas como si se estuvieran intercambiando mensajes telepáticos. Yo presenciaba aquello con algo de zozobra. No sé por qué me transmitían sus actitudes una sensación de estar metiéndome en aprietos con la justicia sin ni siquiera atisbar la razón. Entonces les pregunté abiertamente:

—¿Pasa algo?

—¿No se ha enterado usted de que Gonzalo Zambruno ha desaparecido? Lleva al menos un par de semanas que no se conoce su paradero y sabemos que vino a verle. ¿Está seguro de que no sabe nada más al respecto?

En ese momento apareció la chica que no se atrevía a acercarse y nos miraba de soslayo.

—Esa chica, ¿quién es?

—Es mi novia.

—¿Ella no sabría nada? Creo entender que han tenido algún problema últimamente, ¿no es cierto?

—No. Mire —volviendo a carraspear y parpadear con rapidez musité con cierto nerviosismo y medio en secreto para que no llegaran mis palabras hasta ella—, está pasando por un mal momento...

El caso fue que la llamaron, ya conocían su nombre, y me sugirieron que la dejara sola con ellos. Desde la parte de atrás trataba de desentrañar lo que estarían hablando. Cuando regresó la chica, una vez se marcharon los policías, parecía complacida por lo que les había contado.

—¿De qué habéis hablado?

—Ah, nada de importancia. Me preguntaron si sabía si queríamos vender nuestra casa, y le conté lo de pedir una tasación.

—¿Qué? ¿De qué tasación estás hablando?

—Pero, ¿ya no te acuerdas? Dijiste que ibas a hablar con él porque estabas harto de la intromisión de Marfindo.

Efectivamente, estaba seguro haberle comentado a la chica algo de la intromisión de Marfindo precisamente el mismo día de mis alucinaciones durante la cena, pero no recordaba haberle mencionado nada de vender la casa. En cualquier caso, ¿qué debía temer? A lo mejor Gonzalo estaba por alguna parte con vida. Tan solo llevaba desaparecido unas semanas, y había pasado unos días por aquí porque aparentemente iría hacia alguna parte. Si hubiese

desaparecido ¿qué me involucraba con la desaparición? ¿una visita? Gonzalo se pasaba todo el día de arriba para abajo con su moto. Él mismo bromeaba a veces sobre sí mismo al respecto: «Cuando camino por la calle dejo las piernas abiertas como si todavía tuviera la moto entre ellas.» Me figuraba que aunque ella hubiera contradicho mis palabras, no era más que su palabra contra la mía, lo cual no me colocaba como sospechoso ante la ley, sin embargo, un par de días más tarde, cuando el Canijo me envió por mensaje de texto una información muy útil para encontrar trabajo, me percaté de que, ciertamente, sí existía algo que me vinculaba con el desaparecido, que sin lugar a duda corroboraba lo que la chica le había contado a la policía, y me colocaba a mi como un mentiroso. Días antes de mi encuentro fugaz con Gonzalo desde la cancela, había enviado supuestamente un mensaje en el que le invitaba a que viniera por mi casa a realizar una tasación del inmueble. Me estremecí de angustia. Otra vez estaba haciendo cosas que luego no recordaba. Otra vez mis acciones me desconcertaban. ¿Acaso hacía o decía cosas de las que no era consciente tiempo después? Todo aquello junto a las alucinaciones y las voces de bebé que escuchaba me acongojaban. Puede que la policía no supiera qué es lo que le había ocurrido a Gonzalo, pero ahora sabía a ciencia cierta que yo era un mentiroso, lo que me destacaba sobre el resto de personas como un posible sospechoso de su desaparición. Además, existía un atestado policial, motivado por una llamada de mi pareja, denunciando mi uso de la violencia contra ella, y claramente, aquellos policías que me visitaron lo sabían. Si la policía me dejó tranquilo es porque no existía ninguna razón para que yo lo hiciese desaparecer. No había móvil, y más importante aun, tampoco había indicios de que hubiera muerto.

Marfindo también había desaparecido. En uno de mis paseos por la urbanización La Higuera buscando con vana esperanza a Káiser, me había encontrado a su hija, quien me hizo saber que su padre no estaba en casa y su móvil llevaba apagado desde hacía días. Pude saber más tarde que logró entrar en la casa, y que todo permanecía intacto. Las colillas de los infames cigarrillos mentolados desbordando el cenicero. Los cacharros puestos a escurrir sobre el fregadero. Su ropa descansando sobre un galán como a la espera de que las volviera vestir en breve; y sus babuchas, sobre la alfombrilla de la cama como deseando que llegara la noche. Las chicas de la parte de arriba ya hacía algo de tiempo que habían abandonado su apartamento. Ya estaban hartas de la intromisión de aquel viejo mequetrefe en sus vidas y habían decidido cambiar de apartamento. La hija de Marfindo Calatrava las había llamado para preguntarles

si sabían algo de él, y ellas no parecían muy interesadas en responder ni colaborar, como el que ya ha pasado un catarro y pronto se olvida. Los demás vecinos no conocían nada de él, a decir verdad lo evitaban. Solía aparecer por las puertas de las casas para convencerlos de que se adhirieran a su cruzada particular contra el ayuntamiento por su falta de seso al desproveer su calle de alumbrado. A mi trató de liarme en una ocasión, y me mostraba multitud de recortes de periódicos que eran pruebas fehacientes e inefables tanto de la correlación de crímenes cometidos contra ancianos que vivían solos por escasez de iluminación pública, como de ejemplos en los que los vecinos de una localidad habían salido victoriosos en sus movilizaciones para obtener mejoras en el equipamiento urbano. Hablaba con tal charlatanería que pasados unos instantes dejaba de prestarle atención, y mi mente divagaba en mis asuntos personales. Omitiendo esto último y mis paranoias acerca de su sospechosa relación con mi pareja y su acoso en la noche, es lo que, en definitiva, conté a su hija cuando ella me abordó. No sé por qué razón la policía no indagó en profundidad sobre el tema, como sí lo hizo en el caso de Gonzalo Zambruno. Puede ser que no hallaran ningún signo de violencia ni de robo en su casa, porque hasta encontraron un sobre con dinero que había sacado hacía pocos días de la sucursal del banco en el centro del pueblo; puede ser que creyeran, a raíz de los comentarios de sus vecinos e inquilinos, que no existía móvil para que nadie liquidara a un viejo sin recursos, y al que todos evitaban con evasivas. Simplemente se esfumó dejando desconcertados a los pocos a los que le importaba algo el asunto, quienes llegarían a creer a pies juntillas que el viejo pudo volverse senil y se desorientó. Nadie vinculó su desaparición con la de Gonzalo a primeras de cambio, pero luego se filtró a los periódicos locales una extraña tesis que barajaba la policía de que ambos hubiesen sido víctimas de un asesino desordenado, que pudiera ser un vagabundo como los que se guarecían por el apeadero del tren de cercanías, y que los hubiese interceptado por mera casualidad, como si ambos hubiesen estado en el lugar erróneo en el momento decisivo para tropezar y caer de bruces hacia una fosa abisal. No faltaban, desde luego, lugares en la comarca donde ocultar un cadáver. Desde pozos ciegos a ruinas, páramos desiertos o simplemente fondos de acequias y canales por los que rara vez alguien pasaba, y por cuya razón nunca fue hallado el cadáver de «la mujer errante» por más batidas que organizaran y hubieran trascurrido más de tres décadas desde el suceso.

Me encontraba en la superficie del aparcamiento del supermercado pensando en todas estas cosas justo antes de entrar en el restaurante de comida rápida para

almorzar, cuando alguien, que me sonaba familiar, pronunció mi nombre. Había decidido comer fuera porque sabía que iba a estar por casa aquella aviesa mujer, Rosario, que desde que le compró el coche a la chica ambas se habían vuelto íntimas amigas.

Torcí la cabeza hacia atrás y vi de frente al Canijo andando hacia mi para saludarme.

—Mauri, si no es porque te veo salir del coche ni te reconozco. Tío, ¿cómo estás?

—Bien

—Bueno, ¿cómo va todo por el trabajo? ¿y el niño?

—No ya no trabajo allí. Estoy buscando empleo. El niño no llegó a nacer.

—Vaya, lo siento de veras —se detuvo unos instantes como para darme a entender que le dedicaba un breve de silencio de honor al nonato, y después añadió—. Si estás buscando trabajo, mi empresa ha conseguido un par de proyectos en el extranjero y necesitan a gente preparada como tú. ¿Por qué no me das tu currículum y se lo hago llegar al departamento de personal?

—Mira, precisamente tengo unos cuantos ejemplares en mi coche, te los puedo pasar ahora si quieres.

El Canijo los tomó y yo se los di sin mucha esperanza. Había estado insistentemente buscando empleo sin ningún resultado. En ocasiones, titubeaba cuando me preguntaban «¿Por qué dejó su anterior empleo?» o cuando me requerían que les diera alguna referencia de mi anterior puesto de trabajo. Nunca me llamaron. En definitiva, parecía como una crisálida atrapada en su capullo, como aquella fantasía aterradora de hacía varios días, en la que quedaba inmóvil dentro de una sábana y a merced de la bondad de la madre de la criatura.

Me alegró saber días más tarde que el Canijo había hecho llegar mis papeles, porque me llamaron del trabajo. El trabajo en sí consistía en instalar paneles solares, para lo que se requería una gran cantidad de habilidades que yo poseía. Me llenó de ilusión que el puesto no fuera por la zona, sino en Chile. Esa iba a ser mi escapada. Huiría, ya que era incapaz de luchar. Cuando regresase ya me encargaría de vender la casa, o si ella aun estuviera allí, de sacarla por medios legales. Desde luego, el comenzar a trabajar me estaba llenando de ilusión, lo cual contrastaba con la realidad que estaba viviendo en mi propia casa. La tal Rosario se había inmiscuido como un tercero en discordia y acrecentado mi pesar. Cada día entraba y salía de la casa como si fuera suya y hasta en ocasiones se quedaba a dormir allí. Yo dejaba pasar todo aquello confiado como estaba de que pronto me fueran a llamar del empleo, y me fuera a vivir lejos de la maldita

urbanización de una vez por todas. Por fin iba a escapar de todas aquellas inmundicias. Por otra parte, mantenía en secreto todos mis movimientos, pues ya era más que consciente de quién era en realidad mi enemigo.

Por las noche seguía oyendo los ruidos de cigüeñas y hasta el llorar de algún bebé, pero decidí no prestarle atención, a sabiendas que todo aquello era tan solo fruto de mi retorcida imaginación y, como sugirió el desaparecido Marfindo, «provocado por el viento seco de levante» que me había terminado por afectar a mi también secándome la mollera como a un tasajo de carne. Llegó el momento que casi dejé de atormentarme por aquel fenómeno tan extraño. Así de determinado estaba de seguir con mi vida y dejar todo aquello atrás. Soportaría lo indecible con tal de mantenerme a salvo. A tal llegó mi obsesión, en vista de la crueldad conjunta y animosa de las dos aliadas, que instalé un pestillo en mi dormitorio por mi seguridad. Algo en mi interior sospechaba que ambas mujeres porfiaban por acabar conmigo y quedarse juntas con la casa; esa fue mi nueva paranoia, así que empecé a evitarlas.

Ellas vivían en la noche y dejaban la casa patas arriba, y yo me iba a dormir muy temprano para no cruzarme con Rosario, que nada más acabar su jornada a las ocho de la tarde visitaba a la chica y la mayoría de las veces se quedaba allí a dormir como he indicado más arriba. Todo amanecía repleto de latas de cervezas y colillas de cigarros. La casa ahora estaba más asquerosa que la de Consuelo. Sin embargo, me sumí en la más profunda depresión cuando recibí un *email* de doña Clara Bermúdez, del departamento de recursos humanos de Instalaciones Hermanos Mateo con la noticia que se había cerrado el proceso de selección de personal y que mi candidatura no había sido aceptada. Era un viernes. Lo recuerdo bastante bien, porque aquella misma noche estuve apunto de ser asesinado a manos de aquellas dos aviesas mujeres.

Efectivamente, habían urdido un plan, lo que me llevó a salir de la casa urgentemente con la intención de no regresar nunca más. Estaba casi en la bancarrota. Era muy probable que en los próximos meses no fuera capaz de hacer frente a los pagos del teléfono, ni de la luz, ni mucho menos de mantener mi vehículo, que desde aquella noche se convertiría en mi nuevo hogar. Ni siquiera a través de la recomendación de mi amigo el Canijo había sido capaz de conseguir un empleo que de seguro no habría tanta gente interesada en obtener, por las implicaciones familiares que conlleva expatriarse. Ahora sí que iba en camino de convertirme en un loco más. En uno de esos vagabundos que pululan por el apeadero del tren de cercanías más allá de la urbanización La Higuera. Uno de esos tarados de vida desordenada que terminan trastornados y que en

ocasiones comenten crímenes atroces de los que rara vez acaban rindiendo cuentas. Había tantas cosas de las que me arrepentía en aquellos momentos, que prefería no enumerarlas porque la final me dirigían a la conclusión de que toda mi existencia había sido un fracaso, y que no merecía la pena seguir viviendo más; que tal vez había que sucumbir ante la realidad abrumadora y apremiante.

La mañana de mi salida de la casa, sin embargo, desperté asombrado. Recibí una llamada de teléfono que no tuve tiempo de responder. Mi vehículo estaba al borde de uno de los tantos canales que surten de agua a toda la comarca. No tenía ni idea de cómo había parado justo en el momento antes —afortunadamente— de que mi coche se precipitara al fondo de aquel canal conmigo dentro. El contemplar aquella escena nada más despertarme por el sonido del teléfono me dejó perplejo. Las dos ruedas delanteras pendían en el aire, y las traseras evitaban que el coche rodara al fondo del canal. La noche anterior había sufrido una terrible alucinación y yo no recordaba nada en absoluto de lo que había ocurrido para que hubiera acabado al borde de ese canal. El vértigo y el espanto ocasionados por aquella repentina visión motivó que me aferrara a la vida. Después de todo, no deseaba morir tanto como había llegado a pensar. Di marcha atrás. Una vez me puse a salvo, devolví la llamada a aquel número irreconocible.

Al marcar el teléfono y tomar línea, una mujer respondió y me llamaba por mi nombre:

—Sí, dígame, soy yo.

—Soy Clara Bermúdez. Le llamaba de Instalaciones Hermanos Mateo. Discúlpame que te llame en sábado; era urgente y en referencia al currículum que nos envió hace unas semanas.

—Sí, sé cuál es.

—Mire, una de las personas que contratamos ha causado baja por motivos de salud y necesitamos a un sustituto inminentemente. ¿Usted podría incorporarse de manera inmediata?

—Claro que sí.

—A ver, ¿recuerda usted el puesto para el que optó?

—Sí, supervisor.

—Exacto. Necesitamos que se presente a lo largo de la mañana por aquí para firmar el contrato y le sacaremos un billete para Chile. No se preocupe porque las oficinas sí están abiertas hoy. Recuerda usted que el puesto trabajo es para nuestras instalaciones en el desierto de Atacama, ¿verdad?

—Sí señora.

—Pues, venga en cuanto pueda.

No lo podía creer. Mi perspectiva había cambiado: de haber acabado en el fondo de un canal ahogado y carecer de toda esperanza, a conseguir el trabajo que anhelaba. Lo primero que hice fue recuperar mi pasaporte. Lo guardaba en el cajón de mi dormitorio, lo cual implicaba regresar a por él a la casa. Como era aun temprano supuse que ambas mujeres estaría acostadas aun después de haberse atiborrado de cervezas. Efectivamente, al abrir la puerta con sumo cuidado para que se sintiera lo más mínimo percibí una calma total. Andaba de puntillas y apoyando los pies de manera gradual para que los crujidos de la tarima no las alertara de mi presencia. Cuando llegué a mi dormitorio, pude oír los ronquidos de Rosario. Abrí el cajón y allí estaba mi documento, fresco al tacto. Ni me paré a recoger nada más por no tentar mi suerte.

Una vez en el vehículo, reparé en que mi aspecto producía grima. Así que fui a la estación de servicio. Allí compré unas maquinillas desechables y algo de jabón. Me aseo como pude y me afeité en los baños. Luego, me cambié: había adquirido también algo de ropa barata pero decente con el poco dinero que me quedaba, que saqué de un cajero tiempo atrás, y guardaba en un sobre en la guantera del coche. Hacía mucho que no me arreglaba. A las dos horas de la llamada, me encontraba en el despacho de la directora de recursos humanos de la empresa. La mujer soltó una exclamación de sorpresa al verme: —¿Es usted? No le recordaba así.

Claramente, me había acicalado más que en la vez anterior, y pese a mi rostro cansado por el mal dormir y mis fantasmas, había mejorado sustancialmente. Por otra parte, al afeitarme aquella mañana percibí que me habían aflorado algunas canas por las patillas, y que de mis ojos colgaban unas bolsas violáceas enfermizas. La mujer se quedó aparte sorprendida cuando a su pregunta de cuándo era la fecha más próxima en la que podía viajar le respondí «esta tarde mismo».

— Vaya, es usted una persona decidida. Voy a ver si hay vuelo, pero lo dudo —. La mujer realizó unas consultas en su ordenador tratando de elegir alguna combinación acertada. Al rato añadió: — pues me temo que hasta dentro de tres semanas no hay nada a un precio razonable. Le voy a reservar ya su vuelo para que se marche de aquí con su contrato y su billete. Así lo dejamos todo zanjado. Bienvenido—. Entonces, me extendió la mano para estrecharla con la mía.

Estuve varias noches durmiendo en el coche esperando con ansias que fuera el día de mi salida. No estoy seguro de cuántas. A veces se me pasaba por la cabeza llamar a mis amigos más cercanos, pero estaba tan avergonzado, que no tuve el

valor de contarles el desenlace de mi aventura. Ya de todas formas había omitido tantos detalles de mi vida azarosa, que no me quedaba otra opción que seguir callando de nuevo; por otra parte, hacía meses que no sabía nada de ellos. ¿Qué iba a decirles ahora? «Lo siento mucho. Creo que os he tenido olvidado, pero ahora estoy aquí porque os necesito.» Yo no soy un parásito. ¿Qué iba a hacer? ¿Colgarme en sus casas? ¿Después de mi defección hacia ellos?

Casi todas las noches soñaba o alucinaba con «la mujer errante»; no distinguía entre una u otra cosa. La veía acercarse a mi coche y dar vueltas. En ocasiones aparecía en el parabrisas mirándome fijamente, o notaba su presencia y la veía reflejada por el retrovisor, pero en ningún momento me sentía acechado por ella ni mucho menos. Creo que en el fondo su presencia se justificaba en su compasión hacia mi soledad. Me observaba a través de la luneta del coche con su rostro hierático, gris y abotagado, y sus ojos negros y profundos, llenos de tristeza, como si estuviera prediciendo el final de mis días, como si muy pronto me fuera a unir a ella en otra de las historias infelices de la desoladora comarca rural.

Por las noches arreciaba el frío, y eran tantos y tan seguidos los crujidos de la maleza, como los supuestos pasos de personas, e incluso sombras que me desvelaban, que pasaba las mañanas adormilado y hasta soñaba despierto o mi mente me embelecaba proyectando imágenes retorcidas e irreales de transeúntes que me hablaban, mientras sentado en el coche comía cualquier cosa que hubiese adquirido en el supermercado. A veces pasaba el Negro con una estaca preguntando por Marfindo, y asegurando que «ese viejo iba a encontrar su final», que se lo merecía por lo que me había hecho con mi mujer. Lo imaginaba alto, con el pelo mi corto como lo suelen llevar las personas a las que se les ensortija el cabello demasiado, y con un cuello grueso por donde se entreveía el tatuaje de una tela de araña. Yo animaba a encontrarlo, pero le advertía que estaba en paradero desconocido; que su hija me lo había contado. Entonces, me pedía que si pasaba por allí, que lo avisara, que estaba cobijándose en La Monjía. Otras veces, en cambio, llegaba su hermano con el cráneo abierto vociferando que la chica había parido al mismísimo Belcebú, que había llegado el Día de la Bestia. «No vuelvas a la casa. Belcebú te quiere muerto.» El Indio también era otra de mis fantasías recurrentes. En mis visiones, se compadecía por mí: «Mauri, ¡qué lástima de das! Mírate. Verás cuando todos sepan lo que ha sido de ti. Eso te pasa porque no sabes tratar con las mujeres. A mi una tía no me chulea así. Te ha echado de tu propia casa, ¡so imbécil!» Yo me justificaba y le contaba lo que me ocurrió con sus intentos de suicidios y con la policía. «Pero,



¡Qué tonto eres! ¡Qué tonto eres!», y sentenciando de esta forma se alejaba de mí dando carcajadas y sintiéndome inferior a él.

Para que no se me agotara todo el dinero tan solo hacía una comida al día. Me dirigía hacía la estación de servicio y allí compraba lo necesario. Solo en contadas ocasiones, cuando no podía más, iba al restaurante de comida rápida y pedía un succulento menú. Aquella comida me parecía la mejor de todas. Una tarde, de esas en las que me encontraba viendo fantasmas y personas irreales que conversaban conmigo y a las que les contaba los problemas que me habían llevado a vivir en la intemperie, fui a comprar un menú para llevar. Como salí del coche tan ensimismado, olvidé cerrar la puerta poco antes de sacar de la guantera algo de dinero para pagar la comida en el restaurante. Al regresar me llevé una sorpresa angustiosa. El sobre con el dinero había desaparecido. Alguien me lo había robado. Tan solo me quedaban unos cuantos billetes en mi cartera y por si fuera poco al regresar al punto apartado en aquel camino pedregoso rodeado por un campo extenso en barbecho en el que solía aparcar mi coche para pasar la noche, justo antes de que anoheciera, se me encendió la luz de reserva de la gasolina. ¿Sería capaz de sobrevivir hasta que tomara el vuelo? Ya no podía sacar más dinero de mi cuenta. Por suerte, tan solo me habían robado el sobre con el dinero. Mi documentación estaba intacta así como el billete de avión. Creo que el listo que se hizo con el botín me había visto sacar los billetes y se aprovechó de mi descuido; pero al encontrarse el vehículo estacionado en una zona pública no se demoró en rebuscar por miedo a ser descubierto y denunciado, tan solo abrió la puerta cuando me vio entrar en el restaurante, escudriñó la guantera y se llevó el sobre rápidamente dejándome en la estacada. Siempre me he preguntado si ese tipo de personas que roban son capaces de entender, o cuanto menos cuestionarse, el impacto que causan en los demás actos tan nimios como arrebatar un simple sobre con dinero. En mi caso pudo suponer mi muerte.

No obstante, al amanecer eché un ojo a mi móvil y encontré un mensaje de la chica en el que me preguntaba a dónde me había ido, que se había peleado con Rosario, y que por favor regresara, que me echaba de menos. Estaba tan desesperado por lo que me había ocurrido el día anterior, y había languidecido tanto por el agotamiento, que regresé; y entonces, solo entonces, conocería toda la verdad: todo el aciago secreto que encerraba desde un principio la chica del pogromo en sus entrañas desde el mismo instante en el que me paré a recogerla en aquella carretera fría y brumosa más allá de la antigua discoteca Tecnotrón. Aun a fecha de hoy me resulta complicado digerir la verdad. A la vez, algo me

decía en mi interior que si volvía a poner los pies en aquella casa, no saldría de allí con vida.

## Capítulo 18. Carapizza.

Conforme me acercaba a la casa después de tantos días fuera y con un fuerte dolor de espalda, vislumbraba un hilo ascendente de humo tan negro, que no podía tratarse de una barbacoa. Algo estaba ardiendo allí dentro. La chica estaba en la parte trasera de la casa. Había sacado uno de los bidones vacíos, que en el pasado los albañiles habían usado como contenedor de agua, y había colocado dentro algo, que entendí eran trapos viejos. Ella usaba un palo para darles vueltas a fin de conseguir que se consumieran todos ellos por completo en el fuego.

—¿Qué estás quemando? —inquirí.

La chica me abrazó simulando que me había echado de menos durante todo este tiempo. Me percaté de que su mejilla estaba amoratada. —No te vuelvas a ir de mi lado, por favor—. Yo la abracé por inercia, pero sin mucho convencimiento. Ya era lo suficientemente consciente de que ella era el verdadero enemigo, y no la víctima de nada ni nadie. Me reveló que Rosario había sido muy violenta con ella y la había agredido, y que se había marchado para siempre después de una trifulca. Yo la compadecí falsamente pese que que no era tan buen actor como ella. Después de todo, supongo que el hecho de que me sojuzgara tanto, hizo bajar su guardia y no sospechó lo más mínimo la falta de convencimiento en mis palabras, como tampoco se habría imaginado que estaba planeando marcharme de allí para siempre y no volver hasta estar seguro de poder iniciar gestiones con algún abogado, que me pudiera permitir expulsarla de la casa legalmente, como si se tratara de una *okupa* o una precarista. El plan que había tramado era sin duda el menos lesivo y el que evitaría cualquier arrojito violento o drama por su parte. Existen personas para las que se han hecho las leyes y no el entendimiento, y ella era un ejemplo. Eso lo he aprendido. Al menos yo no tendría que presenciar su marcha, porque me encontraría lejos de ella; y es que de todo esto, otra de las enseñanzas que también he sacado en claro es que a determinadas personas solo se les vence con la distancia, y no con el enfrentamiento, porque ellos cuentan siempre con menos escrúpulos y pergeñan sus planes con suficiente tiempo y tan subrepticamente

como para que uno no los pueda prever, y que sea tomado por sorpresa. Ese fue sin duda mi caso, y para cuando reaccioné, ya era demasiado tarde. Sería complicado salir de ahí a menos que guardara la calma para pensar fríamente en un plan. En cualquier caso, gracias a ese encuentro fortuito con el Canijo, iba a despegar de una vez por todas.

Esa misma tarde, mientras la chica dormía su siesta de dos horas para salir por la noche, fui a vaciar el interior del bidón en donde aquella mañana la había visto quemar lo que parecían trapos viejos. Me llamó la atención el hecho de que al verter el contenido a la bolsa de basura, algo pesado cayó en el fondo e hizo que la bolsa se me deslizara de los dedos y acabara estrellándose contra el suelo. Al hacer esto, oí un sonido metálico. Dentro estaba el puño americano con el que Rosario intimidaba a las mujeres. Tal vez se le habría olvidado y la chica lo tiró al bidón. Me imaginaba que más tarde o más temprano, cuando se percatara que lo olvidó en la casa, volvería a por él. No era mi problema, que se las aviara ella, y apechugara con el litigio que había creado. Arrojé sus nudillos al contenedor. Ciertamente, no volvería a ver a Rosario hasta unos días antes de que saliera de la casa, y su presencia sería más perturbadora que antes.

Rosario se coló allí dentro porque ella la invitó. Me imagino que la conocería en el Paradiso, y allí mantendrían conversaciones. Ella era muy viva para percibir la lascivia en la mirada de los demás, y avezada por descontado para aprovecharse de tales circunstancias de deseo desmedido. Segura que la engatuso para que le comprara el coche para su hermano. Cuando la vi, ella me reconoció; nos habíamos visto días antes por motivos de las baldas que se descolgaron en su vehículo de transporte provocando un estropicio. La chica me hacía saber, cada vez que salía, que iba a verse con ella. A mi me ya hacía tiempo que no me importaba su actitud; es más, casi lo veía como una posibilidad de que se apartaría de mi y se iría a vivir con ella. Ni por asomo pude intuir que sería al contrario, que Rosario se inmiscuiría en el hogar como la tercera en discordia.

La primera noche que se quedó, llegaron ambas borrachas. Daban risotadas y encendieron las luces de abajo sin ningún respeto. Hasta arriba llegó el olor a marihuana. Estaba fumando en casa, con todo lo que ella sabía lo que me irritaba. Entonces bajé las escaleras e hice acto de presencia. Estaban sentadas en la cocina, alrededor de la mesita en la que muchas veces desayunábamos. Ambas estaban muy colocadas. Se estaban bebiendo unas cervezas y comiendo patatas fritas.

—Mauri, ¿qué haces despierto tan tarde? —me dijo casi sin aguantar la risa.

Ella añadió con sorna: —Sí, vete a dormir y déjanos solas, que mañana tienes que levantarte temprano a buscar trabajo. Aunque como seas tan desastre como con el trabajo anterior, te van a echar en dos minutos. No vas a durar nada—. Soltó una carcajada exagerada y pretenciosa.

—¿No me digas? ¿Qué hizo? —preguntó la chica.

—¿No te lo ha contado? ¿Se cargó un pedido entero de botes para laboratorios? Con la pasta que cuestan. Eres un desastre, Mauri.

—Sí, es verdad lo que dice mi amiguita Rosario —se acercó a ella en todo cariñoso—. Eres un puto desastre. Mira cómo tienes la casa.

—Iros a la mierda. Y apagar el porro.

Entonces Rosario sacó sus nudillos de la cazadora, y me ignoró por completo. Se lo mostró a la chica y le aseguró remedando una voz hombruna que ningún hombre le iba a hacer daño nunca más, mientras ella estuviese cerca, que sería su amiga del alma.

Me fui de allí irritado. Después de todo eran dos tías colocadas, y ya tenía yo bastante con la búsqueda de trabajo. A la mañana siguiente me volvieron a despertar los lloros de un bebé. Sin embargo, cuando abrí los ojos todo estaba en calma. Ese día fue cuando la policía nos interrogó sobre la desaparición de Gonzalo, lo cual me dejó muy intrigado. No solo por el hecho de que él hubiera aparecido días antes por la casa, sino porque la policía me cuestionaba como si yo hubiera tenido algo que ver. Cuando hablé con la chica al respecto, ella me aseguró que le había comentado en alguna ocasión que quería vender la casa.

—¿No te acuerdas? ¡Qué cabeza tienes, Mauri! Estoy segura que por esa razón él te hizo una visita. ¿Vamos a estar equivocados los dos?

El caso fue que días más tarde, Rosario vino a almorzar a casa y yo decidí salir a comer a fuera para no cruzarme con esa aviesa mujer. Al día siguiente, recibí un mensaje del Canijo confirmándome que había entregado mi currículum en recursos humanos. Hacía mucho tiempo que ni enviaba ni recibía mensajes de nadie por lo que no revisaba con mucha frecuencia esta aplicación. Me quedé con la boca abierta cuando leí un mensaje de texto que yo mismo sin ser consciente había enviado al desaparecido Gonzalo, pidiéndole que se pasara por casa a realizar una rápida tasación del inmueble, pues estaba barajando la posibilidad de vender la casa. Es cierto que en algún momento se me había pasado por la cabeza, pero de verdad, ¿le había enviado aquel mensaje de manera inconsciente? No confiaba en absoluto en mi mismo, y la presencia de aquellas dos mujeres no ayudaba lo más mínimo.

Me estaba arrinconando cada vez más en mi propia casa hasta tal punto que ya

se me estaba vetado no solo entrar en su dormitorio en la parte de arriba, sino que la chica custodiaba la llave de la habitación del pánico. Un tarde me encontraba en el jardín y me llamó la atención la tapa del venero. Era obvio que alguien la había abierto y cerrado recientemente. Se veían las marcas de arrastrar la pesada arqueta redonda de piedra que la sellaba para evitar un accidente. Imaginé que alguna de estas dos habrían estado haciendo estupideces y podrían haber hecho algún estropicio, así que con la misma curiosidad que un gato, me dispuse a abrir la arqueta para ver si habían hecho alguna estupidez. Me asomé por el hueco, pero todo estaba muy oscuro, y parecía estar en orden. Aquella noche, sin embargo, Rosario volvió a venir a casa de madrugada. Las dos mujeres estaban muy colocadas como de costumbre, y empezaron a llamarme desde abajo. No me dejaban dormir tranquilo. Finalmente, decidí bajar.

—Vamos, Mauri, tómate unas cervezas con nosotras.

—No. No me apetece. Gracias.

—Y, ¿este es tu hombre, guapa? Valiente pringado tienes por pareja.

Entonces fue a la nevera y sacó un huevo y me lo tiró, y me dio en el pecho. La chica empezó a reír a mandíbula batiente.

—Le has dado de lleno.

Cogió otro huevo y lo estrelló en la pared. Ambas reían mientras yo permanecía serio y les decía que no tenía ninguna gracia todo aquello, y la llamé por su mote. Entonces, Rosario, la que de pequeños llamaban la «Carapizza» profirió unas palabras que significaban que me la tenía jurada, que no iba a parar de acosarme hasta verme muerto o fuera de allí.

—Hemos tirado tu moto al pozo, pero tú irás detrás el día menos pensado.

Esa noche Rosario se quedó a dormir en casa en el dormitorio de invitados y la chica se fue a la cama con ella. Desde mi dormitorio las oía reír y hablar, y demás. A la mañana siguiente coloqué un pestillo en la puerta de mi dormitorio para mi seguridad. ¿Quién me aseguraba que no iban entrar en la noche mientras dormía a rebanarme el cuello? La casa se estaba volviendo cada vez más agria con la irrupción de Rosario en nuestras vidas. Parecía como si la chica del pogromo estuviera buscando a alguien que me sustituyera, y esa persona no era otra que Rosario.

Me quedé algo intrigado por lo que reveló acerca de una moto que habían arrojado al pozo. ¿A qué se refería? Yo no tenía ninguna moto. En cuanto a lo del pozo recordé lo que vi anteriormente en el agujero del venero. El hueco era de un diámetro tal que por allí bien podrían haber arrojado una moto. Entonces fui a la cocina a por la linterna y volví a destapar aquel agujero del jardín. Cuando

alumbré al interior, estaba allí, tal y como ella había declarado la noche anterior. Era el manillar de un ciclomotor que se encontraba parcialmente hundido en el agua, pero que aun podía apreciarse. ¿De quién era aquella motocicleta en el fondo del pozo? Y ¿por qué razón la arrojaron allí aquellas dos mujeres desquiciadas? Supuse que era una de sus bromas pesadas hacia alguien. Desde luego Rosario pensó que me la estaba gastando a mí, y la chica no reveló a quién pertenecía en realidad. Bien podría ser de alguno de sus amigos del Paradiso. Cualquiera imbecil que hubiera tenido la intención de pasar la noche con ella, y que perdió la moto, o ¿quién sabe? Pudiera haberla robado. Ya no tenía coche, así que la pudo haber tomado de alguien y después arrojado allí con la ayuda de Rosario para que no la encontraran. La chica nunca podría haber levantado sola aquella losa que sellaba el pozo, necesitaba de alguien más. Puede que le contara que la moto era mía para animarla a deshacerse de ella. Era obvio que Rosario se encelaba bastante en mi presencia, a saber lo que le habría contado para inquietarla e incluso obsesionarla conmigo.

Toda esta tensión entre los tres alcanzaría su zenit poco después. Una noche Rosario llegó a casa con comida de un restaurante chino, y me había incluido a mí también en su pedido.

—Mauri, ¿ya sabes que estamos juntas? Espero que no me lo tomes a mal. Yo tampoco tengo nada en contra tuya, por eso quiero que cenemos en paz los tres sin rencor.

Había comprado una botella de tequila de una tienda de alimentación, y quería que los tres bebiéramos. Los primeros chupitos de tequila tras la cena no quise ni probarlos, pero después probé uno, en vista de que el ambiente estaba siendo de lo más cordial. No obstante, al cabo de un rato ellas intercambiaron varias miradas. Era como si supieran algo, y me lo ocultaran. Empezaron a reírse, y noté algo raro en sus rostros, algo que ya había sentido anteriormente en la noche aquella en la que sufrí una alucinación, y quedé paralizado por completo. Intuí en cuestión de unos breves instantes que si por algún casual permanecía allí junto a esas dos mujeres iba a morir esa misma noche, tal vez fuera a acabar en el fondo de aquel pozo como amenazó Rosario días antes. Me levanté algo aturdido, y las chicas me hacían burlas: «Mauri, ¿qué te pasa, mi amor? ¿Se te ha subido el alcohol a la cabeza?» «Míralo, no sabe beber. No tiene aguante.» «Yuhu, Mauri, no te vayas. Quédate con nosotras lo vas a pasar muy bien. Te haremos un huequito en la cama si quieres.» «Pero, ¿qué le pasa a este tío? ¿A dónde vas, pirado? ¡La fiesta es aquí!» Entré en el coche dando tumbos y claudicando, y cerré la puerta con llave. Estaba seguro de que querían detenerme

para que no escapara. Las dos golpeaban los cristales del vehículo. «¡Abre!» «So imbécil, que estás borracho. Te vas a matar si coges el coche»

—Rosario, haz algo para que no se vaya.

Ya había arrancado y estaba dando marcha atrás para zafarme de la presencia de las dos. Aun conservaba algo de cordura y tiento para conducir, aunque me estaban fallando cada vez más los sentidos. Rosario entró en la casa para buscar algo con lo que detenerme, pero no la volví a ver más de cerca. Desaparecí por el cruce que llevaba a las ruinas del viejo convento. En el retrovisor aparecían ambas mujeres que me imprecaban con los brazos en alto, y a la vez me pedían que regresase. Los ojos se me estaban cerrando, y la cabeza me estaba dando vueltas. Casi me era imposible mantener el coche en línea recta. Daba de vez en cuando bandazos y llegué a rayar y abollar la puerta en varias ocasiones al rozarme con árboles y el vallado de alguna parcela en venta. Encendí las luces porque me costaba ver por donde circulaba. Había salido por un camino pedregoso más ancho que el anterior. Entonces al fondo hizo acto de presencia aquella aparición. Era una mujer completamente desnuda que andaba por el camino en dirección opuesta a la mía. Deduje que acababa de salir de algún pozo, porque su cabello negro rizado estaba empapado y su tez era azulada como el de las personas que mueren ahogadas. Al cruzarse en mi camino me miró a los ojos, como queriéndome advertir de lo que iba a encontrar al final de ese camino que había tomado. Llevaba unos pendientes alargados pasados de moda. Es lo único que recuerdo de aquel camino. Tan solo sé que me desperté a la mañana siguiente y mi coche estaba en el borde de un canal. No sé qué fue lo que impidió que cayera al fondo. Desde el encuentro en el camino con la «mujer errante» hasta mi despertar en el borde del precipicio todo era un borrón.

Estuve varios días sin regresar a casa hasta que me quedé sin dinero y tuve que volver. Esto fue lo que ocurrió después...



## Capítulo 19. «Aquello»

Ya en mi primera noche en la casa después de tantos días fuera, volví a sentir el crotorar de la cigüeña y un lánguido llanto de bebé. Los ruidos desde hacía tiempo los había asociado con un ataque de locura de la chica del pogromo, desde mi cuarto la escuchaba rezongar en su idioma, por lo que era de esperar cualquier cosa de ella. No quise tentar mi suerte, pues ya había visto en innumerables ocasiones de lo que podía ser capaz en alguno de ataques de mal carácter, así que decidí echar el pastillo. Intuía que sería más seguro para mi integridad.

Efectivamente, días más tarde, a eso de las cuatro de la madrugada sentí otra vez la misma secuencia de acontecimientos, aunque ahora había corrido el pestillo de la habitación del bebé, y se disponía a salir. ¿A dónde? Ya llevaba varios días sin coincidir conmigo, puesto que yo vivía en la mañana, y ella en la noche en un pacto tácito entre ambos que permitía a los dos seguir con su vida, pese a lo ridículo de la situación. Escuché sus pasos por la segunda planta de la casa, y cómo se acercaba a mi puerta para comprobar que la había cerrado con llave, y que estaba dormido. Prosiguió su camino, y fue a la parte de abajo. Creo que entró en la cocina, porque me pareció oír la nevera abrirse, y las botellas de vidrio al chocar delataron lo que podría estar haciendo. Estaba comiendo algo, y de camino refunfuñaba sobre sabe Dios qué en su idioma, y yo lo interpreté como que algo de lo que allí había visto no era de su agrado. Ciertamente, la cigüeña había presagiado con éxito de nuevo otro ataque de ira de aquella demente.

Yo permanecía quieto en mi dormitorio, pendiente de que se desencadenara una de sus reacciones de un momento a otro. Sin embargo, no fue así. Abrió la puerta del sótano, y bajó a la habitación del pánico. ¿Qué hacía allí a altas horas de la noche? Desde la discusión aquella sobre quién había puesto una cadena al congelador, no había vuelto a bajar allí, y no iba a hacerlo a menos de que fuera de extrema necesidad, porque nos asaltara alguien. ¿Acaso desconocía algo que fuese a suceder? ¿Planeaba cambiar de habitación y mudarse a la habitación del pánico porque se sintiera amenazada? Nada de lo que estaba ocurriendo

guardaba el menor sentido, por lo que una comezón me trepaba por el vientre, y me incitaba a querer saber más ante tanta incertidumbre. En cualquier caso, debía de protegerme. La situación ideal sería espiarla sin que ella lo notara. Creo que ya por aquellos días andaba bastante confiada de que nadie la iba a importunar a no ser que lo hiciera la cigüeña o los supuestos llantos del bebé, los cuales no era yo el único que los escuchaba. Caminaba por la casa a sus anchas, y dejaba todo por el medio sabiendo que a la mañana siguiente yo lo recogería y ella volvería a encontrar lo que necesitara en su sitio.

Corrí el pestillo de mi dormitorio suavemente y abrí la puerta. Si estaba allí abajo, como me figuraba, era imposible, con el blindaje de la puerta, que pudiera darse cuenta de mi atrevimiento al quebrantar el toque de queda. Estaba todo muy oscuro. Era noche cerrada y no había luna o si la había estaba cubierta por las nubes. No sabría decirlo con certeza. Si dejaba la puerta entornada y miraba por el intersticio abierto al separar unos centímetros el quicio de la puerta, tal vez supiera que se traía entre manos. No podía dejar al azar mi destino sabiendo de sus malas artes y de su intento de matarme junto a Rosario. Ya había decidido salir de allí, y abandonarla a su suerte, por lo que mi misión era mantenerme con vida una semana más.

Desde mi puesto de vigilancia advertí de nuevo su presencia en el sótano. Bufaba como si estuviera realizando un esfuerzo descomunal. ¿Qué era lo que arrastraba? Supuse que tan solo iba a hacerse con uno de los muebles de abajo. Sí, eso podía ser. Respiré aliviado. Pero, si tal fuera el caso, ¿no habría sido más sencillo ordenarme a mi que lo hiciera. Cada vez que necesitaba algo lo dejaba escrito en un papel y lo fijaba en un imán sobre la puerta de la nevera para que yo no lo obviara. Eso desde luego no era un hipótesis válida. Me llené de intriga. Había logrado subir las escaleras del sótano, respiraba como si tratara de reponerse del esfuerzo. ¿Qué era aquello que trasportaba y parecía tan rígido, si no era un mueble? Es más, diría que lo estaba arrastrando. ¿Una alfombra? Podía ser. Pero, ¡si yo no guardaba ninguna alfombra allí! «La loca esta está tramando algo, y lo lleva tramando desde hace tiempo a mis espaldas. Es cuestión de vida o muerte que lo averigüe», barruntaba en estos términos.

La cigüeña crotoró de nuevo. La chica del pogromo ascendía por las escaleras de la primera planta con más soltura que antes. Podía descansar cada quince peldaños. ¡Con qué cariño había diseñado mi casa que ahora ella había ocupado! La inclinación no era tan pronunciada como la del sótano por lo que esto habría supuesto que su misteriosa carga fuese menos onerosa. Ya asomaba su cabellera desgredada, por lo que decidí entornar la puerta con cuidado para que no me

notara. Soltó el bulto en el suelo lo que provocó un ruido seco en la tarima. Descansaba y volvía a resollar, resoplar, y tomar aire. Ya le quedaba poco. Iba a asomarme y descubrir lo que tramaba. Si por azar fuera armada me daría tiempo a entrar de nuevo y cerrar el pestillo. Pero, ¿por qué habría de ir armada? Ya se había cerciorado de que estaba dormido. Seguro que lo había hecho para no tener que llevar nada con lo que intimidarme si me cruzaba en su camino. Mientras andaba sumido en estos pensamientos percibí que arrastraba el bulto justo por el frente de mi puerta camino del dormitorio del bebé. Era el momento, iba a ver qué se traía entre manos. Salí por la puerta sin que se diera cuenta de ello. Giré para sacar mi cuerpo por el pasillo. Ya no se encontraba cerca de mí sino que estaba tratando de introducir el bulto en el dormitorio. Encendí la luz del pasillo por sorpresa con lo que quedé expuesto a ella. Lo que vi me paralizó: arrastraba por la pierna el cadáver desnudo y tumefacto del viejo Marfindo, recién sacado del congelador, porque aun se apreciaba algo de blanca escarcha en su cara, que había quedado paralizada por el hielo en un momento de puro espanto al morir. Al ser pillada *in fraganti* solo acertó a pronunciar un —¡Hijo de puta! Te vas a enterar—. Yo me había quedado sin saber qué hacer ante el espeluznante hallazgo que había hecho esa misma noche, y que me desconcertó aun más. Desde luego, pensaba que lo había visto todo ya de aquella desquiciada, pero no era así, pronto se desataría una sucesión de acontecimientos aun más difíciles de digerir que este. Sacó de su bolsillo el spray antivioladores que le regalé y me roció con su contenido en la cara. Me asfixiaba. Jadeaba tratando de respirar, y no podía ver nada porque los ojos me escocían a horrores. Las vías respiratorias debían de estar hinchadas. Aquel spray era tan eficaz como me aseguró Lavi. No me orientaba en la casa pero percibía que había desaparecido dejando el cadáver del vecino ahí tirado. Decidí bajar para llamar a la policía, pero me encontraba totalmente aturdido sin atinar en el rumbo sobrepasado por aquel veneno. Entonces advertí entre borrones y lagrimones que se dirigía a mí con algo en la mano. Salí corriendo pensando en lo peor, pero me tropecé por las escaleras y caí rodando por ellas. Recobré un poco la visión y hasta parecía respirar algo mejor ayudado por el ataque de nerviosismo que me inspiraban sus gritos furibundos. Ella descendía por las escaleras de madera con el cebollero en la mano dispuesta a lastimarme. «No escaparás. Te tengo encerrado en casa.» Algo aturdido aun, traté de abrir la puerta del jardín, pero efectivamente estaba cerrada con llave como me había dicho. La busqué en el aparador palpando en la penumbra dentro del cajón, sin apenas visión me era muy complicado saber cuál de ellas era, y ya estaba casi encima mía. No la podía ver bien, por lo que me colé por la

puerta del sótano y traté de cerrarla, pero ella metió la mano con el cuchillo, que me rasgó la ropa. Volví a caerme, dándome un golpe terrible con el quicio de la puerta de la habitación del pánico, aunque había evitado que me alcanzara. Pude pasar adentro. Menos mal que la dejó abierta. Entonces saqué las llaves de la cerradura y me encerré.

Respiré aliviado. Estuvo cerca. La luz del habitáculo estaba encendida. Traté de evaluar los daños. Me dolía la frente, y al tocarme me di cuenta de que brotaba sangre. Me miré al espejo y tenía una brecha de unos seis centímetros. Entré en el cuarto de baño a limpiármela con una toalla. Con el agua pude restañar algo la sangre. Esa brecha me la había hecho al caer rodando por el sótano y golpearme con el canto de la puerta blindada. Por otra parte, en el omóplato izquierdo había un corte no muy profundo, que habría sido producido cuando me había desgarrado mi camiseta con el cebollero. Tanto por los brazos como por la piernas estaban apareciendo cardenales y moratones por las contusiones recibidas de las dos caídas rodando por las escaleras de la casa. Una vez me hube recuperado, fui a encender los monitores de vídeo infrarrojo, que mostraban tan solo la escalera del sótano y la cocina. No sé por qué escatimaría en gastos de seguridad. Ahora no guardaba control de lo que ocurría en el noventa por ciento de la casa, y peor aun, el móvil se habría salido de mi bolsillo mientras rodaba escaleras abajo, con lo que no podía avisar a nadie. En otras palabras, estaba encerrado y con menos control aun que antes.

Tras sentarme en la cama, traté de reflexionar sobre cuál había sido mi destino: «¿Cómo coño me he metido en este berenjenal?» Yo era un tío feliz. Tenía amigos, un trabajo, un porvenir, aficiones, y ahora me encontraba en una ratonera presa de una mujer desquiciada y homicida que tan solo tenía que asediarme hasta que me rindiera para volverme a soltar el espray que yo mismo le regalé y acabar con mi vida a puñalada limpia. Me entraron ganas de llorar de angustia y desolación. De verdad, ¿ese iba a ser mi final? Todo ese esfuerzo, todos mis logros al construir la casa de mis sueños, mis anhelos por formar una familia y ser feliz, ¿iban a caer en saco roto? En ese momento me sentí decididamente culpable. Culpable porque no había sabido elegir a una pareja correcta. Culpable porque había dejado que la situación con la chica del pogromo se escapara de mis manos; porque cuando la eché de casa la primera vez pude haber desaparecido para siempre y no haberme compadecido de sus lágrimas. Culpable por ser un hombre pusilánime y manipulable con un simple cimbreo de una vagina; porque valoraba más unas tetas y una hendidura estrecha donde eyacular, que una persona que pudiera aportar valor a mi vida. Porque,

seamos sinceros, ya sabía desde un principio que con esa tía no iba a funcionar, todos mis amigos me lo advirtieron, y aun así, me fui metiendo más y más a fondo en la relación y ahora me encontraba en serios aprietos por todo eso.

Sentado en el borde de la cama y con todo mi cuerpo dolorido hasta recé. Llevaba décadas sin hacerlo. Tras la oración y los lamentos proseguí con la evaluación de la situación. Me acerqué al congelador para ver si contenía alguna provisión. Menos mal, la cadena y el candado que lo cerraban no estaban allí, ni por ningún lado de la habitación. De todas formas, no quedarían provisiones, aunque sí albergaba algo que me dejaría aun más perplejo: dentro yacían los cadáveres de dos personas más. La colgada amiga suya, Rosario; y un indigente, el que me asustó una noche tiempo atrás con su presencia inesperada en la cancela. Aquel congelador era una despensa muy macabra. Por el pobre indigente sentí algo de compasión, pero por la tortillera esa, su supuesta amiga o amante, sentía la misma que ella habría tenido ahora por mí, si hubiese acabado yo en el congelador en vez de ella. Empecé entonces a atar cabos de todo lo que había ocurrido en mi propiedad en el último año, sin que yo me lo pudiera figurar: la llamada de Marfindo a su móvil sin venir a cuento y el sueño en el que oía sus gritos quejándose del frío; la desaparición de esa mujer por sorpresa, y su posible pelea, por qué su puño americano acabó en la basura; los trapos a los que prendió fuego debieron de ser las ropas de sus víctimas; la moto que estaba dentro del pozo bien pudiera ser la de Gonzalo, pues había desaparecido, y ahora no me cabía la menor duda que seguro que su cadáver estaría también en la casa, tal vez en el fondo del pozo junto a su moto, quién sabe.

Me tumbé en la cama a descansar. Tal vez mientras dormía se me ocurriera algo. Allí estaba seguro después de todo. Me desveló, sin embargo, cierto movimiento en la planta baja de la casa. Al abrir los ojos caí en la cuenta que había dormido más tiempo de lo que creía: algo de luz se filtraba por el tragaluz, lo que daba a entender que había amanecido ya, y que de hecho, a juzgar por la intensidad de la iluminación, el sol ya se encontraba bien alto. Me asomé al monitor de vídeo por si descubría qué se traía entre manos la asesina. Allí estaba, en la cocina arrastrando una escalera hacia la cámara. Ascendió por la escalera y sacó de su pantalón el cuchillo cebollero con el que me había agredido la noche anterior. Lo mostraba a la cámara jactándose de que iba armada, y luego, sacó del bolsillo el espray. Trataba de revelarme con ademanes cómo pretendía darme caza. Mientras me intimidaba por la cámara sonreía escabrosamente, como si el asunto fuera tan solo un mero juego macabro, una más de sus tantas bromas de mal gusto. Seguidamente, sacó un trapo de cocina y cubrió con él la cámara

dejándome sin saber qué ocurría. Luego, la vi aparecer en la escalera hacia el sótano. También llevaba otro trapo. Cuando se paró frente a la puerta, la golpeo, creo que con el mango del cuchillo. Al volver la vista hacia el monitor después del sobresalto provocado por el golpe, me di cuenta de que también había conseguido tapar la cámara que me advertía de cualquier peligro que anduviera en aquella escalera. Ahora no solamente me faltaban víveres para soportar el asedio, sino que además estaba ciego e incomunicado.

—Corderito, sal de ahí, que tengo que cortarte el cuello —. Mientras profería estas palabras pasaba la hoja del cuchillo por la puerta blindada —. Sabes que tienes que salir tarde o temprano. Te voy a esperar aquí fuera, corderito mío.

Era increíble cómo había cambiado su aspecto desde la primera vez que la vi en su perfil. La mujer que había aparecido en el monitor nada tenía que ver con aquella chica joven y exótica. Ahora su pelo iba desaliñado, a medio recoger o a medio alborotar por su pasador de cuero. La cara estaba hinchada y colgaban bolsas amoratadas de sus ojos. Me había percatado que no lograba cerrarse el pantalón del todo, tan gorda se había puesto. ¿Dónde estaba esa chica bonita sobre la que debía orbitar y colmar de agasajos? ¿Esa guirnalda con la que me iba a sentir ufano? La belleza es siempre efímera, pero la maldad es eterna. Mi elección no había sido la más acertada, y ahora me tocaba lidiar con las consecuencias de mi soberana estupidez, incluso si eso suponía mi extinción de este mundo.

No volví a sentirla cerca en un par de días. Aun así, no me atrevía a salir. Las puertas podían estar cerradas con llave, y claramente, me podía sorprender en cualquier momento, ya que yo no sabía su ubicación y ella, en cambio, sí sabía la mía. Durante estos días al menos bebía agua del grifo del lavabo con lo que no me deshidraté, aunque sentía que me decaían las fuerzas por el hambre que estaba sufriendo. Toda esa manteca que fui acumulando en la barriga en los últimos días iba consumiéndose, y mi aspecto se tornaba algo mortecino, pese a que pudiera al menos asearme un poco.

Allí dentro me figuraba cómo podía haber asesinado una «dulce criatura» a tanta gente, si era tan menuda y delicada, y además salirse con la suya. En ocasiones la muerte posee un rostro hermoso para que las víctimas bajen la guardia. Ahora yo quedaba como el siguiente en la lista, o tal vez no sería así. La policía podría ser mi salvación. Era cuestión de tiempo que dieran con ella. Después de todo era el nexo común con todas las desapariciones. Atarían cabos, si eran capaces de vincular las desapariciones a una persona. Gonzalo habría tomado notas en algún sitio que iba a visitar mi vivienda, por eso se personó la

policía; luego, cuando descubrieran que el móvil de Marfindo hizo una llamada a mi mujer, la interrogarían. Así es como dan con los asesinos en las películas. Por otra parte, en el Paradiso todos sabían que la tortillera se juntaba con ella. Era cuestión de tiempo que la policía se personara en nuestro hogar, entonces sería el momento de salir del agujero. A aquella mala bruja le iba a llegar su fin. Solo esperaba seguir vivo hasta entonces. En el congelador solo había estos cadáveres, pero aparentemente habría acabado con la vida de Gonzalo también. Me figuraba a cuántas personas más que yo desconocía habría asesinado, que podrían implicarla en los crímenes. ¿Algún indigente más? ¿Algún vecino? «Ha tenido que cometer algún error.» Así fui cavilando cómo pudo perpetrar aquellos crímenes por ver si encontraba algún atisbo de esperanza al que asirme ante lo desesperado de mi situación.

Mientras pensaba de esta manera, me di cuenta de que bajaba por las escaleras del sótano.

—Cariño, sal de ahí. Tengo la comida en la mesa, se te va a enfriar... Vamos, churri, te lo puedo explicar todo... El bebé está conmigo y quiere conocer a su papi. Hoy hace un día estupendo, podemos salir los tres.

Ahora que lo pienso, aquella mujer desde luego me tomaba por un verdadero gilipollas para soltar semejante idiotez. Como veía que ni mi inmutaba, replicó tras unos instantes en silencio golpeando con el puño la puerta:

—¡Qué salgas, coño!

A la noche volvió a presentarse allí con un talante más negociador. Sí, ella era consciente de que más tarde o más temprano la iban a descubrir. Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo absurdo de mi actitud al abandonar a mis amigos. Si ya de por sí vivir en aquella zona rural suponía cierta soledad, lo era más aun el quedarme sin amigos. ¡Qué estúpido había sido en aislarme! Ahora mis amigos estarían preguntándose dónde estaba. Me habría hecho alguna visita, o tal vez habrían llamado a la policía. Si los sentía andar por la casa podría salir y desvelar lo ocurrido. Antes de estar con esa mujer, mi amigo Mario solía pasarse por casa a tomar unas cervezas algún día en la semana, o me llamaba para hacer planes juntos. Todos somos prescindibles de algún modo, supongo. El mundo es abundancia para todos menos para los antisociales.

Volvió a golpear la puerta:

—Escúchame. Tan solo quiero los cadáveres. No te necesito para nada a ti. Si me dejas entrar, te puedes marchar.

—Seguro que sí—. Respondí con ironía. A ver, qué podía añadir. Estaba claro que quería negociar y esto me facilitaba algo las cosas. No obstante, eso de salir

se apetecía harto arriesgado. No veía garantías por ninguna parte, además ¿me iba a dejar escapar? ¿Con todo lo que sabía? Estaba claro: era una trampa. De todas formas, por si colaba, le propuse que destapara las cámaras, se alejara, y dejara comida. No me importaba sacar los cadáveres de allí. Me parecía algo tétrico tenerlos por compañeros de habitación. En media hora llegó con un menú de esos de hamburguesas con patatas recién hecho. Se veía que no contaba ella tampoco con comida, luego debía de estar atento por si salía de casa. Tendría que comer o el dinero se le acabaría más tarde o más temprano.

Cuando me cercioré que se hallaba lejos, metí dentro el menú de comida rápida, y dejé los dos cadáveres allí apilados en la escalera. Cuando iba a entrar de nuevo, me di cuenta del error que estaba a punto de cometer y regresé al corredor y metí al vagabundo de nuevo dentro del habitáculo.

Al rato ella apareció y mostró cierto desconcierto:

—¿Dónde está el vagabundo?

—Ese solo vale dos menús.

No pareció importarle demasiado, y así yo ganaba tiempo. ¿Cuánto tiempo más podría sobrevivir allí? ¿Sería suficiente tiempo como para que alguien me rescatara? Debía permanecer en silencio y atento, tratando de dilucidar lo que sucedía arriba.

La comida llenó todo el espacio de un aroma que me pareció el más delicioso del mundo. En los días que llevaba allí metido el aire se estaba viciando. Solía darme jaqueca, y creo que tan solo dormía de dos a tres horas al día, unas veces por la noche y otras a plena mañana. En una ocasión hasta llovió, y al día siguiente el cuarto quedó tomado por un olor a humedad malsano y rancio que levantaron desconchones en las paredes a modo de burbujitas que reventaban nada más tocarlas. Esa no era la primera vez que ocurría esto en mi «búnker privado» (¡Vaya piltrafa de habitación era!), pero siempre atendía a repararlas con suma prontitud. Cada vez que huelo humedad o comida rápida regresan en mi mente aquellos días de angustia y claustrofobia.

A los dos o tres días ella volvió a aparecer por ahí con dos menús, como habíamos acordado, y se llevó el cadáver que faltaba. En esta ocasión me amenazó con apagar la corriente a la casa si me quedaba con el muerto, que este acabaría por podrirse y me tendría a mi también. Estaba tan confundido entre el hambre y el estrés del aciago panorama, que no era capaz de acertar en mis pensamientos después de tantos días sin dormir bien. En cualquier caso, ya no me quedaba más ninguna baza. Creo que estaba echándose un farol, si el habitáculo estaba sellado por dentro y ella solo quería el cadáver, dejarme morir



allí no era una opción para ella. Eso sí, tras entregarle los cuerpos a lo mejor ya no le interesaba que me quedara con vida. No dejaba de ser un testigo de sus crímenes.

Trascurrieron un par de días más y de nuevo, volvió a aparecer por allí. En esta ocasión había cortado el agua del sótano, y creo que llevaba consigo algo bastante contundente, porque empezó a golpear la puerta para derribarla. ¿Un martillo? Sonaba a eso al menos.

—¡Sal de ahí, malnacido!

Golpeaba la puerta como poseída por una fuerza que yo mismo desconocía que dispusiera. Gritaba con tanta rabia como nunca antes había hecho, pero de ningún modo la puerta cedió, ni yo tampoco me asomé por allí, aunque llevara tiempo sin beber agua y presentaba ya algo de síntomas de deshidratación: la lengua estaba seca; los labios agrietados y la piel cuarteada. La escuché llorar. Creo que esta vez fue la única vez que lo hizo de manera sincera. Al rato se marchó.

Aguanté lo que pude sin beber. A la tarde no lo soporté más y me dije: «si es el final, voy a salir a luchar». Me armé de valor, me relié mi camiseta por la cara por si esto me protegía del gas venenoso, y cuando cayó la noche, ascendí por las escaleras. La casa estaba hecha un desastre: con el cebollero había apuñalado los tresillos del salón; se había orinado en el sofá; arrancó el aire acondicionado; y había volcado una estantería al suelo. Toda mi colección de cómics de Betty Boop, que tanto tiempo me había llevado recopilar, estaba desparramada por el suelo y echada a perder o hecha jirones. En cualquier caso, respiraba aliviado de momento. Estas señales, ¿eran claros indicios de que se había marchado finalmente? ¿Había salido de mi vida? Como las llaves reposaban sobre el mueble de la entrada supuse que salió para no volver. Mi perseverancia había resultado provechosa. Cerré la puerta con llave, y la dejé dentro del ojo de la cerradura por si acaso. Algo, en cambio, llamó mi atención. Antes de irse se había despojado de sus ropas, incluyendo la interior, y las había colocado de manera muy ordenada sobre una de las sillas de la mesa del comedor. ¿Qué podía significar aquello? De todas formas, debía de encontrar mi móvil y denunciar lo sucedido a la policía. Por algún lado debían de estar esos cadáveres. Seguro que los habría arrojado por el pozo para ocultarlos. De todas formas, me dirigí a la parte alta de la casa en la penumbra (todavía no las tenía todas conmigo) para ver dónde podría encontrar mi móvil. Curiosamente estaba en mi cuarto, sobre la mesilla de noche y con el cargador; o lo puso allí ella o no lo llevaba encima el día que descubrí cuáles eran sus actividades, y me vi obligado

a esconderme abajo. Me tumbé en la cama y comencé a respirar de nuevo con calma. Casi no me había dado cuenta, pero llevaba días con una opresión sobre mi pecho que me provocaba unos dolores agudos en alguna fibra muscular de por ahí dentro. Al tumbarme en la cama pareció como si todos los nudos que andaban atados allí dentro se desataran. Me entraron ganas de orinar, y cuando me levanté, noté como si la cuna del bebé se hubiera movido en la otra habitación, la que ocupaba ella y tenía vetado entrar. Creo que me había tomado muy a la ligera aquello de que había abandonado la casa por propia iniciativa, sin haber revisado cada una de las estancias de la casa.

Con suma curiosidad salí de mi cuarto y me dirigí al suyo. Pegué la oreja a la puerta que estaba entornada, y lo que oí me dejó de una pieza. Escuchaba o al menos eso me parecía, como si dentro hubiera un bebé que estuviera lactando apaciblemente con su madre. ¿Habían sido reales los llantos que se escuchaban por la casa? Pero, ¿si todo había sido una farsa! Nunca lo llevó al pediatra, no había ni pañales, ni potitos, y ella afirmaba que había parido en casa sin ayuda: ¿me había dicho la verdad y yo la había tomado por loca? O tal vez, ¿yo estaba loco y alucinaba como en muchas ocasiones llegué a pensar? Lleno de intriga, empujé la puerta que se desplazó con un leve chirrido. Llevaba más de un año sin cruzar el umbral de aquella estancia. Era una noche de luna llena, así que la luz que se colaba por el ventanal, me permitía percibir los bultos del dormitorio: el biombo, la cama, el sofá que ella había elegido para darle el pecho a la criatura. El suelo estaba repleto de heces hediondas, y de cercos de orines resecos que habían podrido la tarima; de ahí provendría toda la peste a la que acabé por acostumbrarme. En la pared se marcaba una sombra que interpreté como a la madre sujetando con ternura a su retoño, casi me ablandé pensando en arreglar todo aquel estropicio de la manera menos onerosa para todos. La llamé por su nombre: «¿Bakhit?»

Todo permaneció en silencio, como si se fuera a volver hacia mi para comunicarme algo. Entonces cuando estaba a punto de llegar donde el biombo, encendí la luz y la cigüeña crotoró de nuevo justo allí dentro. Lo aparté para dirigirme a ella y ante mí apareció un espectáculo horrendo: me observaba un insecto colosal como un buitres, algo encorvado y posado sobre la cuna, con un abdomen abombado y del color como el de una cucaracha, y mandíbulas y alas de avispa. Careciendo de cuello, todo su exoesqueleto, su lomo, y su cabeza estaban plagados de cerdas negras muy recias. Batía sus mandíbulas y las chocaba entre sí y sonaba como una cigüeña. El bicho aquel amenazante, se puso en guardia nada más notar mi presencia y mis movimientos. Bajó una de sus

antenas, mientras proseguía su batir de babeantes mandíbulas, y me peinó con ella en la coronilla como para reconocirme. Creo que el descubrir que le era ajeno, lo alteró. Esas antenas y sus protuberantes ojos negros parecían los de un crustáceo. Con sus dos pinzas repletas de pelos puntiagudos sujetaba una pantorrilla humana, que por el color violeta de las uñas, identifiqué como la de la chica del pogromo. La había devorado casi por completo. Entonces brotó en mi mente la palabra *kruptukrú*, parásito engullidor de carroña, a quienes las propias madres incubadoras de larvas se ofrecían por alimento cuando fuera necesario.

Solo se le ocurrió al insecto enorme abrir las mandíbulas ante su asombro por encontrarme a su lado como para intimidarme. Entonces, soltó un espeluznante chillido que mimetizaba el llanto irritante de un bebé hambriento. Me estremecí y temblé de puro pavor. Estaba paralizado del estupor que me ocasionó. El insecto, entonces, inició un incesante revoloteo sobre mi cabeza: un torpe vuelo zumbador, que agitaba mis cabellos por efecto del aire que desplazaban sus alas. Me acechaba, aunque no sabía si lo hacía para atacarme o espantarme. Yo agitaba las manos y me agachaba cada vez que se cernía sobre mi, como el que quiere espantar a una avispa agresiva sobre la comida; muerto de repugnancia y sobrecoimiento, mientras este no cesaba de berrear y se aferraba al trozo de carroña sangrienta con sus peludas pinzas garrafales. Percibí al verlo de cerca que al final de su abdomen sobresalía una protuberancia. ¿Era un ser venenoso? ¿Pretendía agujionearme? Tal vez acabara por matarme y me convirtiera en un almuerzo más. Me encontraba de pronto acorralado por aquello en el rincón de la habitación, donde descansaba una escoba. La agarré con la intención de apartar eso tan asqueroso de mi presencia; pero, como presintiendo que iba a defenderme, se alejó instintivamente. En esto que se posó en el alféizar sobre sus patas traseras. Defecó dejando en la ventana toda la excrecencia que abultaba su vientre, y de un salto, escapó volando al exterior por allí con su comida entre las pinzas.

## Capítulo 20. Epílogo

Nada más saltar aquella maldición por la ventana con lo único que había quedado de la chica del pogromo, cerré toda abertura de la casa pese a que el olor era muy desagradable, y me aseguré de que ni había soslayado la presencia de otro insecto, ni la de otro cadáver o lo que fuera. Ahora sí: estaba solo. En mi rebuscar por las habitaciones, sin embargo, hice otro descubrimiento que me oprimió el alma: el collar de Káiser. Efectivamente, me dijo la verdad aquella noche que estaba teniendo visiones bajo los efectos de alguna droga, lo había sacrificado y presentado como alimento al parásito que cuidaba en aquel dormitorio. Sentí el peso de una culpa muy hueca. Del interior de mi pecho afloró un llanto muy hondo. ¡Cómo pude haberle hecho eso a mi amigo más fiel! Ni siquiera quería pensar que hubiese acabado fagocitado por el engendro que trajo en su seno aquella bruja. Todo ese ánimo vivaracho, que corría tras las palomas y perdices; que ladraba para arredrar a roedores y los perseguía, todo él ahora tan solo era una montañita de estiércol desparramada por la habitación de manera anónima.

Cuando amaneció al cabo de unas horas, me atreví a salir al jardín. La naturaleza con el relucir de las flores y el trinar de los pájaros era inconsciente de todo lo que había sucedido allí en los últimos días, en las últimas horas, como cuando se ignoran a los cuerpos que yacen sin vida y son ocultados el campo y dejan entrever su osamenta tras un matorral de delicadas margaritas; como cayó en un tupido olvido aquella chica, que desapareció décadas atrás en esa cercana discoteca. ¡Cómo el tiempo huye, y restaña sus heridas!

Creo que era lunes, aunque ya daba igual porque mi vida era tan irregular que no era capaz de distinguir entre los días de la semana. Todos los días eran lunes o domingo o miércoles, daba igual. Eso no le importa lo más mínimo a un hombre ocioso. Las mañanas son mañanas a fin de cuentas. Me senté a la mesa del jardín y descansé un poco al fin desde donde retraté aquella escena desenfadada de la fiesta de bienvenida a la casa. No llegué en ningún momento a quedarme dormido, porque si escuchaba el más leve zumbido de un insecto, daba un respingo y me ponía en guardia.

Entré de nuevo en la casa y observé el reloj digital de la cocina. Era el veintiocho de abril. La fecha en la que se suponía debía tomar mi vuelo hacia Chile. Hasta la tarde, recordaba, no salía mi puente aéreo a Madrid. ¿Existía alguna posibilidad de dejar atrás todo eso, o era mejor explicar lo sucedido a la policía y empezar de nuevo? Para salir de allí necesitaba dinero, y un vehículo con el que llegar hasta el aeropuerto de la capital. En mi cartera solo encontré un triste billete de cinco euros. Me puse a rebuscar por los cajones de la casa, por entre los huecos de aquel sofá que quedó en un estado lamentable. Encontré un par de monedas de un euro y varios céntimos. Si la casa estaba ya de por sí echa un asco, yo contribuí aun más en ponerla patas arriba. No quedaba nada en mi mesilla de noche, pero cuando regresé al habitáculo que había ocupado aquel insecto parásito durante tanto tiempo, encontré un sobre con varios billetes de cincuenta euros. Juntos sumaban un total de trescientos euros. Estaba salvado. Salí de la casa y arranqué el coche. Conduciría hacia el aeropuerto. Aunque el depósito estaba vacío daba para llegar. Incluso aunque se encontrara en reserva en ese preciso instante, era suficiente. Sin embargo, todavía me quedaban algunas cosas más que hacer. La motocicleta de Gonzalo aun reposaba en el fondo de aquel pozo. Con la chica y su aparente mejor amiga desaparecida, con un vecino desaparecido, y con la motocicleta del corredor inmobiliario desaparecido que pretendía volver a vender mi casa en el fondo de mi pozo, ¿acaso no apuntaba a que era yo un asesino? Mi coartada era tan inverosímil que antes me tomarían por loco que dejarme libre. Después de todo incluso existía una llamada a la policía por un posible caso de violencia doméstica por mi parte. Claro, el estiércol sería mi coartada si lo analizaran en un laboratorio. A juzgar por las pesquisas que había realizado la policía, todo aquel divagar de mi cabeza era la fantasía de alguien que ve muchas películas. Las cosas no son así de fáciles en realidad. Yo ya me veía sentenciado por un jurado popular y crucificado por la prensa pese a que nunca iban a aparecer los cadáveres, y mucho menos el insecto.

Entré en el cuartillo y tomé varias sacas de gravilla y arena de los que sobraron cuando los albañiles estuvieron trabajando en la casa. Los arrojé por el venero para sellarlo y, de paso, cubrir la motocicleta del pobre Gonzalo. No paré hasta que los vacié todos, pese a que sabía que ya no podía apreciarse el vehículo si por casualidad alguien se asomaba por ahí. De todas formas, sellé su abertura con silicona, y arrojé arena del jardín para cubrir la arqueta.

Me duché. Conforme caía el agua sobre mi cabeza y cara, me complació la idea de que al menos no me hubiera convertido en un demente. Todos esos

llantos de bebé no habían sido fruto de un trastorno mental provocado por el viento de levante, como yo atribuí en un principio, sino que aquel artrópodo usaba ese método, remedar el sollozo de un recién nacido, para controlar a su huésped y madre; a la que al final había devorado como hace la horripilante pero inofensiva araña pollito con la frágil pero letal araña del rincón.

¿Y la mujer errante? Eso no había sido sino el fruto del mal dormir y de las drogas que me había administrado esa mujer sin yo ser consciente de ello. Junto al sobre del dinero vi un puñado de pastillas extrañas de colores y los malditos tranquilizantes con los que me había dejado inmovilizado.

Preparé mis maletas y esperé hasta el mediodía para salir de allí camino del aeropuerto. Entonces saqué todo el disolvente y las pinturas y cualquier sustancia inflamable que encontré por la casa, incluyendo el espray antiviolador, y las coloqué en la habitación de arriba, donde había vivido el parásito con su huésped. Teñí las infantiles cortinas con pegamento para que prendieran rápidamente, y desperdigué los aerosoles. Los restos de mis cómics de Betty Boop actuarían de catalizadores. Al final hice un cartucho con uno de ellos, lo embadurné en pegamento y le prendí fuego. Sería una fuego purificador. Me quedé por unos instantes contemplando el crepitante fragor de las llamas, y casi sentí la execrable tentación de arrojarme a ellas para fundirme en un abrazo suicida. Sin embargo, tan solo lancé mi móvil. Cuando volví a recuperar la cordura, las lenguas de fuego alcanzaban ya más de dos metros de altura, y ya se había propagado a la segunda planta. Por el ambiente flotaban pedazos de ceniza ardiente que, al caer en diferentes lugares de la casa, prendían otros rincones de la vivienda devorando y consumiendo por igual muebles que cortinas. Escuché como deflagraban arriba los aerosoles, y me imaginaba la conmovedora escena del collar de Káiser que se estaría retorciendo ardiendo entre las brasas y soltando un humo muy blanco. Aquellas llamas, en cuestión de minutos, se habían vuelto tan amenazantes, que nada podía ya revertir mi terminante decisión. Me tuve que cubrir la cara para evitar desmayarme por tragar aquel humo malsano. La casa estaba destinada a consumirse por completo. Mi recuerdo se añadiría a la lista de leyendas malditas de personas enloquecidas en la comarca, como una más de esas tantas víctimas de la soledad, sin que nadie a ciencia cierta atisbara la más mínima razón que hubiera motivado una resolución tan extrema como aquella. Entonces, cerré la casa de un portazo, y la abandoné a su suerte, con todos los agrios recuerdos de la triste chica del pogromo que allí se amontonaban.

